

HARLEQUIN®

Tiempo para ti™

BIANCA®

Compromiso roto

Sharon Kendrick

Compromiso roto

Cuando Shelley se marchó a trabajar a Italia, Drew, su prometido, pensó que era su rico jefe lo que ella ansiaba obtener.

Tres años después, Drew todavía estaba convencido de que aquella era la realidad de lo ocurrido. A pesar de la patente atracción que seguía existiendo entre ellos, Shelley no estaba dispuesta a dejarse llevar. Pero el amor era más fuerte que la razón y Shelley acabó por perder su entereza.

Sin embargo, Drew se resistía a aceptar que sus sentimientos fueran sinceros. Ella decidió demostrarle que no era un hombre fácil de olvidar, pero su prometida noche de pasión acabaría por cambiar sus vidas para siempre...

Capítulo 1

EN CUANTO oyó el modo en que la llamaba, se dio cuenta de que algo andaba mal, muy mal.

—¡Shelley!

Shelley miró al intercomunicador con el ceño fruncido.

—Dime, Marco.

—¿Estás muy ocupada? —las palabras que fluían de su boca sonaban siempre a poesía. Tenía una voz sensual, profunda y lírica. Sí, ese tipo de voz que vuelve locas a las mujeres, hecho que Shelley no le había pasado desapercibido.

Las camareras tartamudeaban en cuanto les hacía el pedido, las cajeras del banco agitaban las pestañas, ya las mujeres de mediana edad y ricas les fascinaba aquel macho italiano. Sin duda les habría complacido plenamente tenerlo en su cama... incluso fuera de ella.

Shelley se preguntó si alguna de esas féminas desaforadas estaba tratando de clavar sus garras en él y por eso la llamaba. La única forma de librarse del acoso era con el cartel de «No disponible».

—No, no estoy demasiado ocupada —miró al catálogo que tenía eptre las manos y lo cerró. Marco le había rogado que lo revisara. Su jefe era uno de los corredores de arte más importantes en el circuito internacional—. Enseguida voy.

—De acuerdo —apenas si había terminado de decir eso, cuando apareció en la puerta.

Shelley lo miró intrigada. Había algo diferente en su mirada.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Marco dudó un segundo.

—No sé muy bien qué responder.

Lo observó unos instantes. Parecía distraído, distante. Se acercó a la ventana y miró al lago.

Se volvió hacia ella, como tantas veces lo había hecho. Le gustaba mirarlo. Era como una estatua perfecta, con sus facciones armónicas. ¡Cuánta gente la envidiaba por tener un trabajo perfecto y un jefe aún más perfecto!

—¿Quieres un café? —le preguntó.

—No, gracias —respondió él.

Se sentó justo enfrente de ella. Tenía unas muy poco habituales ojeras.

—Te ocurre algo malo, ¿verdad?

—No, no es malo. Sencillamente, es diferente. —No me hables en clave, por favor —le rogó—. ¡No soporto el suspense!

—No sé cómo decirte esto…

—Has conocido a alguien.

—Sí —respondió él.

—y te has enamorado.

—Sí.

—y va en serio.

—Bueno… sí, creo que sí —admitió él—o La verdad es que va muy en serio.

—¿ Tan serio como para decirme que ya habéis compartido el desayuno en la cama?

—¡Shelley! ¿Cómo me preguntas eso?

—Porque soy una mujer y siento una tremenda curiosidad. ¿O esperabas que me sintiera herida?

—Creo que sí… Bueno, quizás no herida, pero sí extraña. Es una situación difícil.

—¿Por qué? Porque viví tres años contigo y todas las mujeres que se cruzaban en nuestras vidas habrían deseado arrancarme los ojos.

—¡Shelley! Sabes que, si pudiera hacer que las cosas cambiaran, lo haría.

—¿Te desenamorarías?

—¡No! —dijo él—o Me refiera a eso de reescribir la historia.

—Pero no puedes —dijo ella secamente—o Nadie puede hacerlo.

—Sin embargo, yo te robé, te alejé de Drew. Drew.

Había pensado en él muchas veces, especialmente al principio, cuando todo parecía tan complicado y tan doloroso. Pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que aquel nombre había surgido entre Marco y ella.

Shelley trató de desembarazarse de la imagen inalcanzable de Drew: su pelo oscuro, con reflejos de color miel, sus ojos azules como dos zafiros, un cuerpo robusto con un rostro de ángel.

—¡No digas eso, por amor de Dios! ¡No se te ocurra volver a decir que me robaste, porque me siento como si fuera una

mercancía!

—Pero eso fue lo que ocurrió —protestó él.

—¡No, me niego a admitir esa barbaridad! ¡Eso sería admitir también que yo le pertenecía! Nadie pertenece a nadie, por mucho que el otro se empeñe en pensar que sí.

—Sin embargo, estabas comprometida, ¿no?

—Sencillamente llevaba un anillo en el dedo. Eso es todo lo que hace falta para que un hombre se crea con todos los derechos. Es mía y puedo hacer lo que quiera con ella porque lleva mi anillo.

Las lágrimas inundaron sus ojos. ¡Hacía tanto que no pensaba en todo aquello!

Sólo quedaba hacer lo correcto, desaparecer tan pronto como le fuera posible. Ése había sido el trato.

—¿Podrías hacerme una reserva en el primer vuelo de la mañana, Marco?

—¿A dónde irás? —preguntó él.

—De vuelta a Milmouth. ¿Dónde si no?

—Va a ser muy doloroso —dijo él.

—Seguramente —afIrmó ella—o También va a ser difícil. Pero no deja de ser mi hogar, y, no lo olvides, tengo una casa allí, en la que podré vivir mientras decido qué voy a hacer con mi vida a partir de ahora.

—¿ Vas a vivir allí?

—¿Te parece tan extraño? —preguntó ella—o ¿Por qué? Antes de vivir contigo en mansiones era mi hogar.

—Creo que te va a resultar difícil volver a adaptarte.

—Ya lo veremos.

—Pero lo más difícil es que Drew seguirá viviendo allí, ¿no?

—No tengo la menor idea. No sé absolutamente nada de Drew. Lo que, supongo, no es de extrañar, ¿verdad, Marco? Rompí todos mis vínculos con Milmouth hace tiempo y, desde que mi madre murió, nadie me ha mantenido al día sobre lo que ocurre por allí. Sigo siendo la oveja negra yeso signifIca que nadie quiere saber nada de mí.

Marco dudó un segundo.

—Te daré un tiempo de respiro, un mes o así, antes de hacer el anuncio ofIcial.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Vas a hacer un anuncio público?
—Sí. No pienso seguir viviendo una mentira.
—Yo tampoco —afIrmó ella. Hubo un breve silencio.
—Shelley…
—¿Sí?
—Te voy a echar de menos —le dijo él con esa voz irresistible que tantas veces la había poseído en el pasado.
Pero el presente era otra cosa. Había dejado de ser una niña, había crecido y se había convertido en toda una mujer. Sonrió.
—Yo también.
Y tras decir esto, agarró sus cosas y se dirigió hacia la puerta y hacia su nueva vida.

Capítulo 2

SHELLEY detuvo el coche en un lateral de la carretera para observar el mar.

Siempre había estado allí, siempre amigable y acogedor, le daba la bienvenida cada vez que recorría ese camino. Desde siempre.

¡Era tan hermoso!

Arrancó de nuevo el vehículo y se puso en marcha.

El coche le resultaba extraño, desconocido, como la carretera y como aquel hábito de conducir por un lado distinto al de Italia. No había vuelto allí desde el funeral de su madre, hacía dos años.

Dos años. Las cosas habrían cambiado, lo sabía.

Había una señal hacia Milmouth que indicaba a la derecha. Pero para llegar a la modesta casa que llamaba «hogar» tendría que seguir recto. Así llegaría a aquel barrio de pequeños adosados que durante años habían sido el refugio de los obreros mal pagados de la zona.

Sí, lo suyo habría sido ir primero a la casa. Necesitaba darse una ducha, cambiarse de ropa y poner en orden un lugar que llevaba dos años cerrado.

Pero no lo hizo. Puso el intermitente y se fue a la derecha. La casa podía esperar, ella no. Necesitaba respirar el aire salino del mar que hacía que uno se sintiera vivo, ver la ciudad en la que había crecido.

En tres años ella había cambiado mucho. ¿Y la ciudad? ¿Habría cambiado tanto?

El sol dibujaba manchas doradas sobre la hierba fresca, dándole al lugar un curioso aire de reposo y paz.

Aparcó el coche junto al monumento a los caídos en la guerra.

No había apenas nadie en la calle. Era lo normal un domingo a mediodía.

Salió del coche y cerró con llave.

En ese momento, un padre pasaba con su pequeño de la mano. El niño se quedó mirándola.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó el hijo.

—No lo sé y no mires así a la gente, que es de mala educación —respondió el padre.

¿Tanto llamaba la atención? Sí, seguramente sí. Llevaba un traje de hilo y unas botas altas, un estilo sofisticado más adecuado para una ciudad como Milán que para un pueblo costero.

Era un luminoso día de otoño. La brisa agitaba su cabello corto y su abrigo largo.

Paseó, observando con avidez las pequeñas casas tan bien cuidadas, con sus jardines impecables y sus fachadas limpias.

Una ráfaga de viento le anunció la playa. Pronto apareció ante ella el mar extrañamente calmado y el olor a sal.

A lo lejos, pequeñas manchas blancas salpicaban las aguas y se alternaban con los colores de las embarcaciones pesqueras que se perdían a lo lejos. Y, justo enfrente, estaba la isla de Wight. Aunque estaba a cuatro millas de allí, la perspectiva hacía que pareciera mucho más cercana. Shelley había pasado una gran parte de su niñez en aquella playa, lanzando pequeñas piedras al agua con la esperanza de llegar a crear un camino por el que pudiera acceder a la isla.

Durante la adolescencia, fueron las fiestas a la luz de la luna las que la llevaron hasta allí... Y Drew...

Drew había sido el primero en tomarla en sus brazos y besarla.

Shelley se quedó pensativa, inmersa en sus recuerdos lejanos y con la mirada fija en las olas.

Pero algo captó su atención. Era la figura de un hombre, alto, grande, que paseaba lentamente, pero se acercaba poco a poco a donde ella estaba. Un perro daba saltos a su alrededor.

Los miró con más detenimiento. El perro entraba y salía del agua, ladraba a las olas como si éstas actuaran con voluntad propia. Se acercaba una y otra vez al hombre, tratando de captar su atención. Pero éste estaba ensimismado y pensativo.

Shelley los miró una y otra vez, incrédula. El corazón le dio un vuelco al comprobar que, efectivamente, eran quienes parecía.

¡Drew!

Estaban cada vez más cerca y ya no le cabía duda de que se trataba de él. Drew no había reparado en su presencia, pero el perro sí.

—¡Fletcher! —gritó ella.

El perro levantó las orejas y la miró un segundo, pero luego siguió ladrando y correteando. —¡Fletcher! —insistió Shelley.

El perro, entonces, corrió hacia ella, se abalanzó como un rayo y Shelley dio con su trasero en las piedras. Continuó la hazaña con varios chupetones que le humedecieron las mejillas.

—¡Duke! —gritó el propietario con furia—o ¡Apárta te de ella!

¡Duke!

Shelley los miró confusa mientras se desembarazaba del perro.

¿Duke?

—¿Shelley Tumer? —preguntó una incrédula voz. —Sí —respondió Shelley.

—¿y cómo has caído por aquí? ¿Tu hada madrina te dejó caer desde el cielo?

—No, más bien ha sido un coche.

—¿y qué estás haciendo aquí?

—¿Te refieres a este instante preciso? Pues estoy sentada encima de una montón de piedras húmedas y me estoy mojando el trasero.

Él mantuvo su gesto inalterable, pero le ofreció una mano.

—Agárrate —le dijo.

—Gracias —respondió ella mientras se levantaba. Pero no la soltó inmediatamente. Durante unos segundos, se limitó a mirarla de arriba a abajo.

No la había visto desde el día del funeral de su madre. Drew se había quedado oculto entre las sombras, vestido con un traje que se había comprado especialmente para la ocasión. Seguramente era la primera vez que alguien veía a Drew vestido de traje. Lo cierto era que a Shelley la había conmovido el gesto.

Pero apenas si habían hablado. Shelley se había limitado a darle las gracias por haber ido a la iglesia y él se había limitado a responder que sabía cuánto quería a su madre. Sin duda, se había quedado con las ganas de decirle algo desagradable. Pero no era el momento ni el lugar.

Después, le había enviado un ramo de margaritas malvas, que eran las favoritas de su madre, y Shelley no había podido evitar que un río de lágrimas regara sus pétalos. Era la primera vez en dos años que lo veía. El corazón le latía con más fuerza de la que debía.

Drew no dejaba de mirarla, y ella a él tampoco.

Tenía un par de arrugas más profundas de lo que ella recordaba. Pero su pelo seguía siendo abundante, oscuro e iluminado por suaves reflejos de color miel.

Era más alto que Marco. En realidad era el hombre más alto que conocía.

Lo primero que le vino a la cabeza fue pensar que debió de estar loca el día que lo abandonó. Sin embargo, no era un pensamiento inteligente, pues tenía difícil remedio. Su mirada de pocos amigos lo confIrmaba.

—Hola, Drew —dijo ella, en un intento de romper la tensión.

Trató de relajarse. Pero no pudo. Lo intentó de nuevo.

—Gracias por venir a rescatarme.

Drew no se molestó en responder nada amable. Ni siquiera sonrió.

—No me conviertas en un Sir Galahad, porque no lo soy. De entrada, no debería haber saltado sobre ti. Ya le he dicho un millón de veces que no lo haga.

—Ha sido culpa mía —dijo ella y miró al perro de nuevo. Esa vez se dio cuenta de su error. El perro era más delgado que Fletcher —. No es Fletcher, ¿verdad?

—No. ¿Cómo iba a serio, si cuando te marchaste ya era un anciano decrépito? De acuerdo, ya sé que dicen que el aire de esta zona te rejuvenece, pero de ahí a hacer milagros. . .

—Lo siento. No debería haberIo llamado así. —No, no deberías haberIo hecho.

—Es precioso, Drew. ¿Desde cuándo lo tienes? —No es mío. Sólo le estoy dando un paseo.

—¿Es de alguien que conozco? —la pregunta salió de su boca antes de tener tiempo de racionalizar que no debía formularla.

—¿Qué te parecería si te dijera que es el perro de una venerable ancianita?

—Diría que eres un ciudadano modelo.

—¿Sí? —preguntó él provocativamente, mientras la mirada directamente a los ojos.

Shelley se removió. Estaba acostumbrada a que los hombres la miraran fIjamente. En Italia era habitual que lo hicieran abiertamente. Pero, el modo en que la miraba Drew hacía que se sintiera francamente incómoda. Realmente, parecía que no le gustaba lo que veía.

—¿Qué demonios te has hecho? —preguntó él en un tono de voz incrédulo y algo irónico.

Shelley se quedó perpleja ante tal pregunta.

—¿Qué se supone que quieres decirme con esa pregunta?

Drew se encogió de hombros.

—Estás en los huesos —respondió él.

—¿En los huesos? —estaba claro que la expresión tenía toda la intención de ser insultante—. ¿En qué mundo vives, Drew? ¿No sabes que una mujer nunca está demasiado delgada?

Drew no sabía que todas las mujeres de Milán cuidaban su fIgura con obsesión y que por eso eran todas tan esbeltas y elegantes.

—La ropa queda mucho mejor si estás delgada. —Pues yo prefIero a las mujeres desnudas —dijo él

y sonrió con placer al ver el efecto que sus palabras provocaban en ella—o Y te aseguro que, cuando una mujer está desnuda, las curvas le favorecen notablemente. Es mucho mejor que tener delante un montón de huesos.

—¿Un montón de huesos? —repitió ella, horrorizada—o ¿Estás insinuando que soy un montón de huesos?

Él se encogió de hombros.

—Sí. Te aseguro que no tienes buen aspecto... Y la ropa que llevas tampoco te ayuda nada. Además, ¿qué le has hecho a tu pelo?

Shelley no podía creerse lo que estaba oyendo. Durante aquellos años en compañía de Marco, había aprendido a tener un aspecto elegante. De ser una provinciana con aspecto de pueblerina, había pasado a convertirse en una mujer de ciudad, adecuada a la vida social de un hombre de mundo. La gente la consideraba hermosa. Sus caderas eran tan estrechas como las de un muchacho.

Pero Drew no parecía compartir esa opinión general.

—Estoy de acuerdo con que éste no es el tipo de ropa que llevaría normalmente para dar un paseo por la playa. Pero este traje es de uno de los mejores diseñadores de Milán —dijo ella y Draw hizo una mueca de impaciencia—o Muchas mujeres se volverían locas por tener algo así. Y, para tu información, este pelo es obra de un gran peluquero ¿Te haces idea de cuánto cuesta tener este aspecto?

Nada más terminar la frase, se dio cuenta de lo necia que había sonado.

—¡Cómo no! Debería haberme imaginado que la palabra

«dinero» estaba detrás de todo. Así que te hasconvertido en una de esas personas que conocen el precio de cualquier cosa pero ignora el valor de todo.

Parece ser que me libré de una buena.

_ ¿O quizás no te gusta mi ropa, porque indica que soy una mujer independiente?

—¿Independiente? —torció la boca en un gesto de desprecio—. No creo que ser el juguete de un niño rico signifique ser un mujer independiente.

No tenía por qué defenderse, pero iba a hacerlo.

—Para tu información, prácticamente era yo la que llevaba la galería de arte de Milán.

—¿Cómo? ¿Tumbada boca arriba?

Shelley se quedó anonadada ante la rudeza del comentario.

Aquel no era el tipo de encuentro que ella había imaginado. Porque, ¿qué chica no imagina el reencuentro con su ex prometido?

Pero más bien había imaginado una exclamación de admiración, un silbido. Y, en más de una ocasión, había llegado al final feliz con vestido blanco, flores, arroz y confetti. Aunque esa parte sí la consideraba excesiva.

Desde luego, lo último que se había imaginado era aquello.

—Mientras tú has estado aquí, dedicado en cuerpo y alma a dar martillazos, yo he aprendido a hablar italiano ya... —dudó un segundo—. Y he aprendido a vestirme.

—Con bastante mal gusto —dijo él.

—Entonces coincidimos en algo —disparó ella.

—¿Dónde está? —preguntó él, haciendo caso omiso del comentario.

—¿Quién?

—Tu amante, tu mentor, tu semental—Por favor, no lo llames así.

—¿Por qué no? ¿Es que la verdad te ofende? —dijo él con ironía —o No lo veo por aquí. Supongo que estará en algún cálido y confortable, con un limpiabotas que le saque brillo a sus zapatos hechos a mano.

—¡Eres un ...

Shelley no pudo evitar la tentación de mirar a sus playeras de tela, descoloridas. ¡Ni siquiera llevaba calcetines! Marco se habría

dejado llevar a la cárcel antes de haber salido a la calle sin calcetines.

Pero lo más increíble de aquel hombre era que, a pesar de su ropa deleznable, se las arreglaba para estar increíblemente atractivo y sexy.

—Vas como un mendigo.

Por primera vez, Drew se tensó, pero no dejó que la rabia se apoderara de él.

—Creo que ya nos hemos dicho todos los insultos que nos teníamos reservados para este momento. Pasemos a la conversación normal. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte aquí, Shelley? ¿A qué has venido, a vender la casa de tu madre? Asumo que estás de paso —dijo él.

Shelley no se paró a pensar la respuesta. Tampoco tenía por qué hacerlo.

—¿Por qué iba a estar de paso? Milmouth no está de camino hacia nada. He venido a quedarme, Drew —le dijo sin preámbulos. Drew se quedó helado—. He vuelto a casa.

El graznido de una gaviota llenó el silencio. Después, sólo quedó el leve rugir de las olas.

—¿Has venido a quedarte? —preguntó por fin Drew— ¿Hasta cuándo?

—Todavía no lo sé.

Drew se quedó pensativo.

—¿Dónde vas a vivir? —le preguntó.

—En la casa de mi madre, por supuesto —respondió ella y observó el gesto de soma de su interlocutor—o

¿Es que he dicho algo divertido?

Él soltó una carcajada.

—Irónico, más que divertido.

—No entiendo dónde está la broma. ¿Te importaría explicármelo?

Él se encogió de hombros. Shelley notó la poderosa musculatura que se marcaba bajo la camiseta.

—¡Es que no puedo imaginarme a tu amante encerrado en esas cuatro paredes de papel! —dijo él con sorna—. Todos los vecinos se van a enterar con detalle de vuestra vida íntima. Eso, sin contar el estado de la casa. No creo que pueda soportar tal bajeza.

—¡Marco no es esnob!

—¿No? Entonces eres tú la que tiene un serio problema. ¿Por qué nunca lo trajiste de vuelta a Milmouth? —le preguntó acusatoriamente—. ¡Ni siquiera vino a al funeral de tu madre!

¿Qué debía responder? ¿La verdad? ¿Que su madre odiaba a Marco, que adoraba a Drew y que pensaba que había cometido el mayor error de su vida? Habría sido una falta de respeto haber llevado al hombre al que culpaba de haber destrozado sus sueñós.

Porque según pensaba Verónica Turner, Drew y Shelley habrían seguido eternamente juntos si Marco no hubiera aparecido.

Durante mucho tiempo, Shelley pensó que su madre tenía razón. Pero, en aquel momento, ante la mirada condenatoria de Drew, sólo podía pensar que Marco le había hecho un gran favor.

Shelley había vivido la muerte de su madre con culpabilidad y arrepentimiento. Aparentemente, era una reacción normal en aquellos casos. Y, dadas las circunstancias, había preferido enfrentarse a la pérdida de su adorada madre sin el conflicto añadido de su amante.

—No veo la necesidad de explicarte nada. Además, seguirás creyendo lo que quieras creer. No servirá de nada lo que yo te diga. Sé cuánto me odias.

—¿Odiarte? —la miró sorprendido—. Odiarte implicaría que todavía significas algo para mí. Y no es así. Vamos, Duke.

Sin más, sin un adiós, sin una mirada cálida o fría, se dio media vuelta y se marchó.

Al ver cómo se alejaba, sintió una profunda tristeza en su corazón. Se había desvanecido todo cuanto había habido entre ellos.

Drew se fundió a lo lejos con el azul intenso del mar. Sin saber por qué, Shelley se acordó del modo en que solía hacerla reír, la manera en que la miraba, haciéndola sentir como el regalo más preciado que la vida le había dado.

Habían sido amigos, muy buenos amigos. Y ella había roto aquel vínculo para siempre.

Había tomado una decisión y la había llevado a cabo... voluntariamente. Pero a dónde la había llevado aquella decisión, era un lugar oscuro y lleno de sombras.

Capítulo 3

SHELLEY conocía a Drew Glover desde siempre, seguramente, desde antes de lo que ella recordaba.

Habían crecido juntos, puerta con puerta, en aquellas pequeñas casas de la zona más desfavorecida de Milmouth.

Ella era siete años más joven que él. Tenía la misma edad que su hermana Jennie.

Su madre la había llevado a Milmouth cuando era un bebé. Siempre había sido una niña huidiza e insegura.

Según contaba su madre, Drew solía agarrar los juguetes que tiraba desde la cuna y los volvía a echar dentro cuidadosaplente, con un aire casi solemne.

—Es un chico encantador —le había dicho Verónica el día que le anunciaron su compromiso—. Siempre lo ha sido.

Había sido siempre como un ángel protector para ella, siempre a su lado, defendiéndola de los ataques de los demás niños.

—¿Y por qué no tienes padre, Shelley? —le preguntaron un día, cuando no tenía más que siete años y unas ganas tremendas de ser como todo el mundo, de tener padre y madre, como los demás niños.

Como bajado del cielo, apareció Drew, alto, fuerte y protector.

—Claro qQe tiene padre, como todo el mundo.

—¿ y dónde vive? —preguntó otro.

Shelley miró a Drew y sus ojos profundos, azules y reconfortantes, le dieron todo el valor que necesitaba.

—Vive en Estados Unidos —dijo ella—o Es dentista. Aquella impresionante información dejó a los curiosos lo suficientemente impresionados como para que dejaran de interrogarla durante una temporada.

Pero, a pesar de todo, Shelley seguiría siendo siempre una extraña.

Verónica Turner le había enseñado a mantener la cabeza bien alta ya no amedrentarse ante las dificultades. Jamás invitaba a nadie a casa del que no tuviera la certeza de que era alguien querido y respetuoso. Era mejor mantener las distancias, que ser

vapulado por la opinión de los vecinos. Y Verónica Turner sabía lo que era eso. Había sufrido el rechazo más doloroso y se había visto obligada a rehacer su vida, bajo la sombra de un oscuro secreto. Sólo Drew conocía la historia y Shelley recordaba muy bien el día en que se la había contado.

A Shelley le gustaba sentarse en una pequeña valla que había junto a su casa a contar los coches que pasaban.

Iba agrupándolos por colores e iba anotando el número que le correspondía.

Drew pasó por allí de vuelta de su trabajo en el astillero, a donde iba después de la escuela.

—¿Qué haces? —le preguntó, al veda absorta en su cuaderno, donde anotaba algo indescifrable.

Shelley se encogió de hombros.

—Estoy contando coches.

Él sonrió.

—¿Lo haces con frecuencia?

—Lo hago para mis Matemáticas. Calculo de probabilidades — respondió ella en un tono solemne. Drew se acercó y miró las notas.

—¿Quién gana?

—Azules. He contado once.

Drew le ofreció un poco de la lata que estaba bebiendo.

—¿Quieres?

Shelley dijo que no con la cabeza. En su casa, había mucha escasez económica y su madre le había enseñado a rechazar cualquier cosa que no pudiera pagar.

—No, gracias.

Drew se quedó mirándola fijamente.

—¿Por qué nunca ves a tu padre? —preguntó de repente.

Shelley se encogió de hombros. Si hubiera sido cualquier otra persona, le habría dicho que no era asunto suyo. Pero Drew era Drew.

—Lo vi una vez —dijo ella—o Cuando era un bebé. —¿Sólo una vez?

—Sí. Sólo una vez. Tenía tres semanas.

_ ¿Y nunca ha querido volver a verte?

Shelley bajó la cabeza y se puso a escribir furiosa. —Siete negros.

—Lo siento —dijo Drew inmediatamente—. No era mi intención molestarte.

Shelley alzó la mirada.

—¡Para ti todo es estupendo! Tienes padre y madre y dos hermanas.

Él soltó una carcajada cínica.

—¡Sí, claro! Somos cinco compartiendo una casa del tamaño de una caja de cerillas. Mis padres están todo el día discutiendo y mis hermanas también. ¿Sabes una cosa, Shelley? A v.eces, me gustaría poder salir de ese infierno y no volver nunca más —la miró directamente a los ojos—o ¿De verdad piensas que todos, menos tú, tienen una vida perfecta?

Shelley lo miró sorprendida. ¿Así era como se sentía Drew? Nunca lo habría pensado.

—¡Claro que no pienso eso! —respondió Shelley.

—Prometo no volver a preguntarte sobre tu padre.

Pero, de algún modo, le parecía importante compartir con él su secreto, tal y como él acababa de hacer con ella. Los secretos se pueden llegar a convertir en una carga insoportable si uno no los comparte Con nadie.

—Mi padre era dentista. Mi madre trabajaba para él como enfermera. Tuvieron, bueno, 10 que mi madre creyó que era un gran romance. Mi madre había vivido siempre en un pequeño pueblo escocés y no conocía mucho a los hombres.

Drew asintió, pero no dijo nada.

—Luego, descubrió que estaba embarazada y se lo dijo. Él se puso furioso. Le dijo que todo lo suyo no había sido más que un tremendo error y que no tenía sentido que tratara de atraparlo, puesto que él ya tenía dos hijos y una esposa y que aquéllos eran sus verdaderos hijos.

—¿ y tú madre no lo sabía? —preguntó Drew, interesado.

Shelley se ofendió.

—¡Por supuesto que no! De habedo sabido, jamás habría tenido una relación con él.

—¡No pretendía insultar a tu madre, Shelley! Sólo era un pregunta —le aseguró—. Me enfurece que los hombres traten así a las mujeres. ¿Qué más ocurrió?

Él volvió a América, con su esposa y sus verdaderos hijos, y mi madre se vino a vivir aquí conmigo.

Nunca más volví a vedo.

—¿y por qué Milmouth? —preguntó Drew. Estaba claro que Drew no las juzgaba, ni a ella, ni a su madre, por lo sucedido.

—Quería un lugar pequeño y barato en el que poder refugiarse, y no se atrevía a volver a Escocia con una hija y sin padre. Además, le encantaba el mar.

Drew sonrió.

—A mí también. Espero no tener que irme de aquí nunca.

—Yo pienso lo mismo —respondió Shelley a Drew, su héroe en la vida real.

Después de aquel encuentro, lo vio cada vez menos. Sus vidas se separaron, pues siete años en ciertos momentos de la vida son un abismo generacional.

Shelley se enteró de que había terminado el instituto con muy buenas notas y que sus profesores se habían sentido decepcionados cuando había optado por no ir a la universidad. PrefIrió convertirse en un aprendiz de carpintero.

—Es bueno fabricando cosas con las manos —le explico su madre—o Además, le gusta estar al aire libre. No quiere pasarse toda la vida metido en una ofIcina. Es un chico inteligente y seguro que ha elegido lo mejor.

Shelley se lo había encontrado el día en que recogía su título. Se había acercado a él y, haciendo gala de un coraje del que solía carecer, le dio la enhorabuena.

—Me han dicho que has sacado muy buenas notas, pero que te vas a hacer carpintero.

Drew la miró preocupado.

—¿Qué te pasa, Shelley? ¿No te parece bien?

¿Crees que debería ambicionar más?

Ella se encogió de hombros. Sólo tenía once años, ¿qué podía saber ella?

—No es eso —mintió ella.

—¿No?

—No. Pero pensé que te convertirías en...

—¿Un piloto, un médico?

—Algo así.

—Este es un mundo muy inseguro y la gente siempre necesitará casas.

—Supongo que sí.

A veces, mientras Shelley leía en la cama, lo veía desde la ventana, paseando por su casa, con el torso descubierto.

Su cuerpo era perfecto, musculoso y bronceado como una escultura.

Un día, Shelley y algunas amigas se fueron a tomar el sol a una apartada cala. Estaba tan solitaria, que decidieron quitarse los sujetadores, con tan mala suerte, que Drew pasó por allí corriendo.

Al verla, se puso furioso con ella, y todas sus amigas interpretaron que a Drew le gustaba.

La idea le rondó la cabeza inevitablemente durante unas semanas, hasta que, de pronto, Drew desapareció de sus vidas. Al parecer, se había ido de viaje, a recorrer mundo durante un año. Pero pasó mucho más tiempo.

Shelley lo echaba de menos.

Algunos fmes de semana salían con Jennie, la hermana de Drew. Iban al pub o a bailar, pero nunca se dejaba engatusar por ningún chico, porque a quien realmente buscaba era a Drew.

—¿Tu hermano ha dicho algo sobre cuándo piensa volver? —le pregunto a su hermana en una ocasión.

Jennie sonrió, acostumbrada a que las chicas le preguntaran sobre su hermano.

—No. ¿Quieres que le escriba y le diga que me has preguntado por él?

—Si lo haces, te mato.

Drew volvió justo antes del día de Navidad, tres años después de su partida.

Shelley iba de regreso a casa, desde la tienda de coches en la que trabajaba como recepcionista, cuando se lo encontró.

El corazón le dio un vuelco. Pero contuvo las ganas de lanzarse a su cuello para evitar comportarse como una adolescente necia.

—Hola, Drew —le dijo—. Jennie me dijo que estabas a punto de regresar a casa.

—¿De verdad que eres la misma Shelley Tumer de hace tres años? —le preguntó admirado.

La deliciosa muchachita que había dejado atrás, se había

convertido en una mujer.

Tenía un cuerpo de esos que dejan sin sentido a los hombres, un hermoso cabello color caramelo, unos ojos azules como dos aguamarinas y piel de nácar.

—¡Claro que soy yo! —se rió ella—o ¿Quién si no?

—No lo sé —respondió él, mirándola de arriba abajo con admiración—o ¿Qué haces esta noche?

—Celebro una gran fiesta. Mañana es mi cumpleaños.

Drew no pudo evitar cierta tensión. No sabía si estaba cometiendo el error de confundir a una adolescente con una mujer.

—¡Tu cumpleaños! ¿Cuántos cumples?

Shelley sintió cierta decepción al comprobar que no recordaba su edad, pero se cuidó mucho de hacer lo patente.

—Veinte.

—¡Veinte! Eso es todo un acontecimiento. ¿Me puedo dar por fuvitado?

¿Que si se podía dar por invitado? ¿Y quién mejor que él para celebrar sus veinte años?

—Por supuesto.

Le regaló un recuerdo que había comprado para ella en uno de los lugares que había visitado y se sentó a su lado en el pub. Shelley no quiso hablar con nadie más en toda la noche.

—¿Me has echado de menos, Shelley? —le preguntó él sin demasiada seriedad.

Shelley no sabía fingir.

—Sí —pero algo le dijo que no debía, tampoco, decir más de la cuenta—o Ahora ya soy toda una mujer.

—Ya lo veo —sin esperar más, le apartó un mechón de pelo de la cara y le acarició de la mejilla—. ¿Desde cuando te das rimel?

—No me doy rimel—le aseguró ella.

—¿Siempre has tenido las pestañas tan espesas? Ella se rió.

—Supongo que sí. ¿Acabas de darte cuenta por primera vez?

—Creo que sí —se quedó pensativo. De pronto, rompió la pose, se inclinó sobre ella y la besó tiernamente, delante de todo el mundo.

Y, a partir de aquel momento, se convirtieron en un inseparable dúo: Drew y Shelley, Shelley y Drew.

Drew trabajaba mucho. A diario, iba a un pequeño astillero de la

zona y, además, hacía todo los trabajos esporádicos que le salían. Los trabajadores de su talla estaban muy solicitados.

Una vez a la semana, iba a una escuela y por las noches estudiaba, para conseguir títulos en albañilería y carpintería.

Pero ella no parecía contenta.

—Drew, nunca te veo —le dijo un día, mientras compartían a toda velocidad unos sandwiches a la hora de la comida—o Estás siempre trabajando.

—Necesitamos el dinero para tener un buen futuro junto.

—¡Pero no tenemos tiempo de estar juntos!

—Podrás verme todos los días cuando tengamos una casa propia —le prometió mientras le besaba los dedos—o ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—La vieja casa de la costa está todavía en venta.

—¡Si está casi en ruinas! No me extraña que nadie la quiera. Prácticamente habría que tirarla y volver a construirla entera.

—Pero yo puedo hacerlo. A eso es a lo que me dedico.

—Sí —respondió ella y él posó sus labios sobre los de ella.

Después de un largo y apasionado beso, Drew la miró fijamente a los ojos con una gran sonrisa. —¿Te casarías conmigo?

—¡Sí, claro que sí!

—¿Pronto?

—¿Cómo de pronto?

—Muy pronto.

Drew le pidió a Verónica Turner el consentimiento para casarse con su hija. Shelley no había visto jamás a su madre tan feliz. Al menos, su pequeña tendría la estabilidad familiar y emocional que ella jamás había tenido.

Drew le compró un anillo con un diminuto diamante.

—Es muy pequeño —dijo alguien con no demasiadabuena intención.

—No —respondió ella—o Es perfecto y lo que a ti tepasa es que tienes celos.

Decidieron que se casarían tan pronto como tuvieran dinero suficiente para comprar el viejo caserón de la costa. Prácticamente todo en sus vidas era perfecto.

Pero nunca habían hecho el amor.

Se escondían en la espesura del bosque y se buscaban, ansiosos

de besos y caricias. Se querían hasta lo imposible, pero Drew siempre paraba antes de llegar a lo definitivo.

Shelley no lo entendía. Le molestaba aquella insufrible resistencia de Drew a seguir hasta el final.

Sabía que había conocido a otras mujeres en su viaje. Nunca le había contado nada, pero hay cosas que no se pueden esconder. De vez en cuando, recibía alguna que otra carta que tiraba sin abrir al cubo de la basura. En una ocasión, vio una tarjeta escrita por una tal Angie.

—¿Quién es esa tal Angie? —preguntó Drew, enfadado.

—Una chica que conocí —respondió él, mientras rompía la carta en mil pedazos y la depositaba en el cubo de la basura. Pero Shelley no apreciaba aquel gesto como él habría deseado que lo hiciera. Lo que a ella le importaba era lo que había hecho con todas aquellas chicas y no quería hacer con ella.

—Contigo es diferente —le dijo un día.

—¡Será mejor que te inventes algo convincente!

¡Eso no me lo creo!

—Shelley, le prometí a tu madre que cuidaría de ti. No quiero que te quedes embarazada antes de que nos casemos. Tu madre no lo asimilaría nada bien.

—Pero hay modos de impedir un embarazo.

—y tú sabes que todos entrañan algún peligro. Necesito hacer las cosas bien contigo. Te quiero y me gustaría que pasáramos el resto de nuestras vidas juntos. Confía en mí.

Discutieron y Shelley acabó con un dolor de cabeza y una extraña sensación de vacío.

Al día siguiente, Marco entró en la tienda de coches en la que trabajaba. Había venido desde Italia, en busca de un modelo que, al parecer, le habían dicho podía encontrar en aquel recóndito lugar.

Shelley estaba sentada a la mesa, ordenando algunos papeles, cuando él apareció.

Su presencia física era impactante. Tenía una piel tersa y aceitunada, el pelo fuerte, negro y unos ojos arrebatadores. La miró de arriba abajo, con la seguridad de un hombre habituado a mirar a las mujeres sin que a éstas les importara en absoluto.

—¡Hola! —dijo él con una sonrisa satisfecha.

El corazón de Shelley comenzó a latir a toda prisa, a un ritmo

inusual y casi desesperado. Pero se suponía que a ella no podía estar ocurriéndole aquello. Era una mujer comprometida.

Contuvo la sonrisa que empezaba a aflorar a sus labios.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—En muchas cosas —respondió él mientras la miraba seductoramente.

Shelley se ruborizó.

Jamás había conocido a nadie así en su vida. Tenía algo que la asustaba y que a la vez la atraía. Era sensual, dulce y seductor como el azúcar. Era la manzana que tentó a Eva.

Señaló con el dedo un deportivo plateado, el más caro de la tienda.

—¿Me llevarías a dar una vuelta en él?

—¿ Yo? —preguntó Shelley, confusa—o No, no puedo. Le diré a Geoff que salga. Yo no sé llevar un coche.

—Pero seguro que sabes llevar a los hombres hasta la locura, sólo por tener esos labios.

Shelley volvió a ruborizarse, sin parar de preguntarse qué era lo que le había atraído de ella. Iba sin arreglar y sin maquillar. Tiempo después llegó a la conclusión de que había sido su inocencia lo que lo había cautivado. Igual que a Drew.

Marco persuadió a Geoff para que Shelley lo acompañara. Sin duda, habría podido convencer a cualquiera de cualquier cosa.

Le contó que era tratante de arte y que tenía su propia galería en Milán. Utilizó todo tipo de palabras extravagantes para describir las últimas pinturas que había adquirido y Shelley se quedó fascinada. Le dijo que era tan hermosa como algunos de sus cuadros y que le podría dar un trabajo en el momento que quisiera.

Por supuesto, compró el coche y pagó en efectivo, lo que agradó notablemente a Geoff.

Y, al día siguiente, le mandó el más increíble ramo de flores. Shelley prefIrió dejarlo en la ofIcina para evitar preguntas de Drew o de su madre a las que no sabría qué responder. Cuando regresó por la mañana, se habían marchitado.

Shelley estaba confusa por todo lo que aquel breve y fortuito encuentro le había provocado. Drew no hacía más que trabajar y apenas lo veía y ella iba camino de los veintiuno y su vida parecía completamente planeada ya hasta el fInal.

Por eso, cuando Marco apareció de nuevo por la tienda y la invitó a salir, Shelley dudó.

—No sé.

—¿Tienes novio?

Ella levantó la mano y le mostró el anillo. —Estoy prometida.

—¿Quieres que le pida permiso?

—¡No! —respondió Shelley, alarmada.

Marco se encogió de hombros.

—Vuelvo a Italia la semana próxima —le explicó—.

Te llamaré la próxima vez que vuelva por aquí. ¿Puedes viajar hasta Londres?

Shelley lo miró confusa. ¡Hasta Londres! Seguramente, le habría resultado más fácil viajar hasta la luna.

Si seguía así, no volvería a verlo jamás. Y sentía curiosidad. Drew había viajado por todo el mundo, había conocido gentes distintas... a otras mujeres.

¿Qué habría de malo en tomarse una copa con Marco? Aceptó.

Nunca antes había estado en el hotel Westward. Estaba al otro lado de la ciudad, y sólo los turistas ricos podían permitirse ir allí.

Se sentaron a una mesa con increíbles vistas al mar y el champán se le subió a la cabeza.

Marco la llevó a casa, pero Shelley le rogó que separara antes de llegar a su casa.

Marco se inclinó sobre ella y la besó. Shelley tuvo la sensación de estar viendo una película, de ser otra persona, en otras. circunstancias y en otra vida.

Se dijo a sí misma que no había sido más que curio sidad lo que la había empujado a abrir los labios. Sólo había besado a Drew antes.

Pero el beso fue como cuando comía bombones. No podía comer sólo uno. Necesito toda su fuerza de voluntad para apartarse de él y salir del coche.

Bajó la calle y llegó a su casa, mientras Fletcher ladraba enloquecido y una figura la observaba, oculta entre los árboles.. Los recuerdos se disolvieron con la brisa del mar. Shelley miró una y otra vez en la dirección en que

Drew se había marchado. ¿Realmente había estado allí?

Se dio media vuelta y se dirigió hacia el coche, con una

tremenda sensación de vacío.

Realmente, aquella situación era paradójica. Hasta aquel instante había creído que su estancia en Italia le había servido para cambiar y madurar. Había previsto su vuelta a Milmouth como la de un guerrero vencedor o como la de una hija pródiga. Nada de eso.

Drew. ¿Es que había llegado a creer de verdad que era inmune a él?

O peor, ¿había pensado que, al verla llegar, iba a recibirla tomándola en sus brazos, diciendo que la perdonaba y que la quería de nuevo?

Abrió el coche y se sentó.

Había llegado el momento de volver a casa.

Capítulo 4

LA CASA era más pequeña de lo que ella recordaba. Y estaba en un estado lamentable. La pintura de la fachada. y de las ventanas se estaba descascarillando. Los cristales estaban cubiertos de suciedad. Pero el pequeño jardín de la entrada estaba limpio y bien cuidado. ¿Quién se habría encargado de él?

Sacó las bolsas de comida que había comprado en el supermercado y entró en la casa.

Pasó por encima de un montón de cartas sin abrir que había en el suelo. Hacía mucho frío y olía a humedad.

Atravesó el recibidor y el salón. El papel de las paredes se estaba desprendiendo. Miró de un lado a otro y se. sintió nostálgica. Sobre cada mesa, escritorio o aparador había fotos suyas, desde la infancia hasta la adolescencia.

Pero la foto que observó con más detenimiento fue una de ella con Drew. Debió de ser tomada cuando ya se habían comprometido, pues la actitud era la de dos enamorados que no temen que su amor sea patente para todos. No miraban a la cámara, sino uno al otro, con una sincera sonrisa de felicidad.

Sintió un pinchazo en el estómago, se dio media vuelta y salió a toda prisa del salón. Subió las escaleras y fue a su dormitorio.

Nada había cambiado. La colcha de florecitas seguía allí sobre la pequeña cama. El pequeño regalo que Drew le había dado en su veinte cumpleaños yacía sobre la estantería, junto a la ventana desde la que lo veía ir y venir a trabajar cada día. Incluso conservaba el lazo con que se lo había dado.

Miró, a través del cristal cubierto de polvo, el jardín trasero. Estaba tan bien cuidado como la entrada. Seguía pareciendo aquel pequeño jardÚl que le había dado a su madre tanta felicidad y un lugar donde refugiarse. Durante un segundo, se sintió transportada al pasado.

Agitó la cabeza y se frotó los ojos. Era hora de ponerse en marcha. Si no se tomaba una taza de té, acabaría por desmayarse. No había comido nada decente en horas.

Bajó a la cocina. Era anticuada y estaba muy vieja; nada que ver

con los lugares en los que había vivido con Marco.

Se acercó al fregadero y abrió el grifo: nada.

Shelley se quedó perpleja. Lo volvió a intentar.

Nada. .

De pronto, sintió miedo, consternación. Se acercó a la llave de la luz, pero tampoco funcionaba.

Se quedó en mitad de la cocina en silencio, sin saber qué hacer.

No se dio cuenta de que alguien abría la puerta de la cocina.

Al volverse y ver a Drew se sobresaltó.

La miraba con cara de pocos amigos, pero, dadas las circunstancias, agradecía que fuera alguien a quien conocía.

—Hola, Drew —dijo ella—o No esperaba que fueras mi primer visitante.

Drew hizo una mueca.

—Te aseguro que yo tampoco.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Curiosidad. Aparte de que mi hermana me pidió que viniera.

—¿Qué hermana?

—Jennie.

—j Vaya! —Shelley no pudo evitar bajar la cabeza. Jennie y ella habían sido muy buenas amigas, hasta su ruptura con Drew. Entonces, como era lógico, se había puesto de parte el hermano—. ¿Cómo se ha enterado de que estoy aquí?

—Es vecina tuya. Vive en nuestra vieja casa, puerta con puerta, por si lo has olvidado.

—¿Jennie vive en la casa de alIado? —¿era la misma Jennie que había considerado siempre Milmouth un cementerio de vivos?—. ¿Sigue con tus padres?

—No. Ellos se retiraron hace tiempo y viven en la isla de Wight. Cathy vive en Londres.

—¿Cómo está Jennie? —se atrevió a preguntar.

—Bueno, probablemente más feliz que yo de que hayas vuelto.

—y con la cabeza bien alta —respondió ella, sin tiéndose atacada.

—Nadie ha dicho lo contrario.

—Pero lo has insinuado.

—Si tú lo crees así... —dijo él, con una sonrisa sarcástica.

Shelley cambió de tema.

—Drew…

Él la miró con sorna.

—Shelley…

—¿ Quién se ha estado encargando del jardín.

Hubo una pausa.

Subió las escaleras y fue a su dormitorio.

Nada había cambiado. La colcha de florecitas seguía allí sobre la pequeña cama. El pequeño regalo que Drew le había dado en su veinte cumpleaños yacía sobre la estantería, junto a la ventana desde la que lo veía ir y venir a trabajar cada día. Incluso conservaba el lazo con que se lo había dado.

Miró, a través del cristal cubierto de polvo, el jardín trasero. Estaba tan bien cuidado como la entrada. Seguía pareciendo aquel pequeño jardín que le había dado a su madre tanta felicidad y un lugar donde refugiarse. Durante un segundo, se sintió transportada al pasado.

Agitó la cabeza y se frotó los ojos. Era hora de ponerse en marcha. Si no se tomaba una taza de té, acabaría por desmayarse. No había comido nada decente en horas.

Bajó a la cocina. Era anticuada y estaba muy vieja; nada que ver con los lugares en los que había vivido con Marco.

Se acercó al fregadero y abrió el grifo: nada.

Shelley se quedó perpleja. Lo volvió a intentar.

Nada. .

De pronto, sintió miedo, consternación. Se acercó a la llave de la luz, pero tampoco funcionaba.

Se quedó en mitad de la cocina en silencio, sin saber qué hacer.

No se dio cuenta de que alguien abría la puerta de la cocina.

Al volverse y ver a Drew se sobresaltó.

La miraba con cara de pocos amigos, pero, dadas las circunstancias, agradecía que fuera alguien a quien conocía.

—Hola, Drew —dijo ella—o No esperaba que fueras mi primer visitante Drew hizo una mueca.

—Te aseguro que yo tampoco.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Curiosidad. Aparte de que mi hermana me pidió que viniera.

—¿Qué hermana?

—Jennie.

—j Vaya! —Shelley no pudo evitar bajar la cabeza. Jennie y ella habían sido muy buenas amigas, hasta su ruptura con Drew. Entonces, como era lógico, se había puesto de parte el hermano—. ¿Cómo se ha enterado de que estoy aquí?

—Es vecina tuya. Vive en nuestra vieja casa, puerta con puerta, por si lo has olvidado.

—¿Jennie vive en la casa de alIado? —¿era la misma Jennie que había considerado siempre Milmouth un cementerio de vivos?—. ¿Sigue con tus padres?

—No. Ellos se retiraron hace tiempo y viven en la isla de Wight. Cathy vive en Londres.

—¿Cómo está Jennie? —se atrevió a preguntar.

—Bueno, probablemente más feliz que yo de que hayas vuelto.

—y con la cabeza bien alta —respondió ella, sin tiéndose atacada.

—Nadie ha dicho lo contrario.

—Pero lo has insinuado.

—Si tú lo crees así... —dijo él, con una sonrisa sarcástica.

Shelley cambió de tema.

—Drew...

Él la miró con sorna.

—Shelley...

—¿ Quién se ha estado encargando del jardín.

Hubo una pausa. —Mi hermana.

—¿ Tu hermana? —Shelley frunció el ceño—. Jennie debe de haber cambiado mucho, si ahora se dedica a la jardinería.

Drew se rió.

—Tiene un jardinero que se encarga de su jardín y le pide que mantenga cuidado el tuyo también. —¡Está precioso!

Drew no respondió. Se limitó a mirarla fijamente. —¿ y dónde está tu amante?

—¡Quieres dejar de ponerle nombrecitos! —dijo ella con rabia, seguramente para evitar una respuesta que, tarde o temprano, tendría que dar. Suspiró. No, no tenía ningún sentido tratar de engañar a Drew—.

No ha venido.

—Lo sé. ¿O piensas que habría venido si él estuviera esperándote en la cama de arriba?

—¿ Cómo sabes que no es así?

—Mi hermana me dijo que sólo había una persona en el coche.

—Así es que Jennie no ha podido esperar ni un segundo para extender el cotilleo.

Él la miró con rabia.

—No me estaba contando ningún cotilleo. Vio un coche en la puerta de esta casa y, desde luego, lo último que se le ocurrió pensar era que pudiera ser tu coche...

—¿ y qué era lo que temía? —interrumpió Shelley, furiosa—o ¡Santo cielo! Se me había olvidado lo pronto que vuelan las noticias en este maldito pueblo.

Drew no pareció alterarse ante el comentario.

—Todo depende de cómo se mire. Puedes considerar que esta ciudad es represora o protectora, según cuáles sean tus circunstancias. Si tu percepción es la primera, me pregunto por qué has regresado. Mi hermana Jennie vive sola y... —hizo una pausa—o Vio un coche extraño y prefirió avisarme, por si acaso podía haber algún problema. El coche está totalmente fuera de lugar aquí.

—¿Qué tiene de malo mi coche? —preguntó Shelley.

—Nada. Sólo que es un poco extravagante.

—¡El coche más aerodinámico del mercado es para ti extravagante!

—¡No es más que un juguete para ejecutivos! Una exhibición excesiva y gratuita de riqueza, pero sin sustancia. ¿Qué es, la liquidación por años de servicio?

—Ocúpate de tus asuntos.

—¿Se ha terminado el romance?

Tendría que contarlo antes o después.

—Sí, ha terminado —respondió ella secamente. —¿No vas a regresar?

—No —la palabra salió rotunda, pesada como una piedra.

—¿Qué ocurrió?

Shelley lo miró sorprendida.

—No tengo por qué responder a eso.

—No, claro que no. Pero a lo mejor podrías responderme a esto: ¿qué demonios pensabas hacer en una casa que lleva años abandonada? No hay agua, no hay luz y se cae de humedad. No puedes bañarte, ni tirar de la cadena, ni siquiera calentarte una lata

de sopa —la miró con sorna—o ¿En qué estabas pensando cuando viniste hasta aquí en estas condiciones?

—Me marche de Italia... con cierta prisa.

—Ya —la miró de arriba abajo—. Te dio una patada en el trasero. Shelley se dio media vuelta, indignada, para que no viera las lágrimas que trataban de escapar de sus ojos. Eran lágrimas de cansancio, de desesperación. Con cierta dificultad, logró tragárselas.

—¿A qué has venido, Drew? ¿Sólo para insultarme? Porque te garantizo que, de momento, no lo necesito, así es que, si no te importa...

—Te voy a decir exactamente para qué he venido aquí —le dijo —. Verás, no sólo es domingo sino que, además, estamos en el mes de octubre. Puede que se te haya olvidado cómo son las cosas en el Milmouth, pero no deberías haber obviado que en esta época del año y en esta parte del mundo hace mucho frío. Si te quedaras aquí esta noche, acabarías congelada. Y, como muy pronto, no conseguirás agua ni electricidad antes de mañana.

La lógica de sus intenciones y la frialdad de sus palabras la enervaron aún más, sobre todo porque tenía razón.

—Si lo que buscas es que me ponga de rodillas y te ruegue que me ayudes, lo siento, pero no lo voy a hacer.

Drew la miró con cinismo.

—Ponte de rodillas delante de mí cuando quieras.

No es necesario ni que ruegues.

Shelley se ruborizó ante la insinuación que acababa de hacerIe, pero logró mantener la cabeza bien alta y una mirada desafiante.

—Me alojaré en un hotel.

—¿Tienes reserva?

—¡Por supuesto! He venido hasta aquí con todas mis maletas y un kilo de comida y me he desesperado un rato viendo que nada funcionaba, aun sabiendo que iba a pasar la noche en un cómodo y cálido hotel.

—Te has vuelto muy sarcástica, Shelley. ReaImente, no sé por qué demonios he venido. Debería haber dejado que te las hubieras arreglado sola. Tal vez, lo que tendría que hacer sería largarme ahora mismo.

—¿Y por qué no 10 haces? —lo retó Shelley.

—Porque, a diferencia de ese amante tuyo, tengo principios y,

saber que alguien pude verse en una si

tuación como la tuya me obliga a hacer algo. Incluso si ese alguien eres tú.

—¿No me digas que me estás ofreciendo una cama para esta noche?

Drew dejó que sus labios se abrieran lentamente.

Sus ojos brillaron de un modo inusual.

_¡ Vaya! ¿Va a resultar que eso es 10 que quieres,

Shelley? ¿Necesitas un cuerpo cálido en el que cobijarte esta noche?

—¡Has estado viendo demasiada pornografía últimamente!

—No, no creo que sea eso —le murmuró insinuante.

—¡No me mires así! ¡No me gusta!

—¡Mentirosa! Te encanta...

—¡No!

Sin embargo, su cuerpo contradecía sus palabras.

Aquellos dos zafiros la recorrían con ansia y Séller sentía cómo, poco a poco, sus pezones se endurecían.

—¿No? —su sonrisa era cruel—o Vamos, Shelley, no creo que a estas alturas te valga la pena ser tan hipócrita. ¿No recuerdas quién soy? El mismo que te vio hacer el amor en un coche con un extraño. Si hubiera sabido entonces que estabas tan desesperada por acostarte con alguien, habría sido yo mismo el que te hubiera hecho el servicio.

Shelley lo miró con desprecio.

—¿Cuántas veces tendré que repetirte que no estábamos haciendo el amor? —Tal vez no en el estricto sentido de la palabra, si te refieres a una penetración. Pero hay muchas formas..

—¡Ya está bien! No tengo por qué escuchar todo esto.

—¿ Te molesta la verdad? Por eso te pone tan nerviosa, porque es la verdad.

—La verdad es mucho más compleja, Drew Glover. Y, en cuanto a tu oferta de una cama, antes muerta que cerca de ti.

—No recuerdo haberte ofrecido una cama en ningún momento. Lo único que he hecho ha sido preguntarte si tienes alguna reserva de hotel.

—No, no la tengo. Como ya te he dicho, me vine con ciertas prisas.

—Estamos a finales de temporada, pero no creo que haya habitaciones libres. Sólo queda el Westward?

—¿El Westward?

Era demasiado caro. Aunque había ahorrado todo su sueldo durante el tiempo que había estado viviendo en Italia, eso no significaba que pudiera permitirse pagar un hotel de esa categoría.

—Supongo que te gustará volver allí —dijo él—o Te traerá todo tipo de recuerdos del pasado. ¿No fue allí donde tuviste tu primera cita con el italiano? ¡Pero se me había olvidado! No fue más que una insignifican te copa —le recordó con ironía—. Te vendes muy barata, Shelley.

Aquella fue la gota que colmó el vaso.

—Ya he tenido bastante, Drew —alzó la mano conrabia y la lanzó contra su mejilla. Pero una mano más poderosa la detuvo.

—¡ Vaya carácter! —dijo él cínicamente—o Me gustanlas mujeres con carácter. Sin duda es una parte de nosotros dos que no tuvimos tiempo de explorar. Fue una pena.

Shelley no se contuvo. Trató de lanzar sus puños contra él, pero no pudo.

—¡Calma, pequeña fiera!

—¡Me encantaría partirte la cara! —dijo ella con rabia. Él soltó una carcajada.

—Yo creo que preferirías otra cosa, igualmente física, pero menos violenta. Cada poro de tu cuerpo grita por ello, Shelley Turner. Hueles a sexo. Es muy patente. Por mucho que quieras fingir odio, atentar contra mi integridad física o insultarme, seguirás siendo transparente como un "río cristalino. Y la pregunta es, ¿por qué no te dejas llevar? Tenemos un cómodo suelo. Hagámoslo.

Lo más horrible de aquella situación era que sus palabras, lejos de asustarla, la tentaban. Sus labios se inflamaban ante la idea de hacer el amor allí, en la oscura humedad de aquella vieja ~asa.

—¡Ya esta bien! —le gritó ella.

—Estás caliente, ¿verdad Shelley? —le susurró suavemente—. Muy caliente... Lo dicen tus ojos... y tus pechos duros, y tus mejillas...

—¡No eres mi amante! Y nunca lo fuiste.

—Eso tiene fácil remedio.

—¡No! ¡Nunca! ¡Haz el favor de irte ahora mismo! —¿Seguro?

—Tan seguro como...

—jDrew! ¿Estás ahí?

Desorientada y confusa, Shelley se asustó. —¿Quién es?

—Mi hermana —respondió él con una sonrisa maliciosa. Soltó a Shelley y abrió la puertaShelley se encontró cara a cara con Jennie, a la que no había visto en tres años. Inconscientemente, se preparó para recibir una mala cara.

No la hubo.

Sin embargo, Shelley tuvo que esforzarse mucho para no mostrar su sorpresa. Jennie había cambiado mucho. Aquella muchacha alta y atractiva, muy parecida a su hermano, se había convertido en pocos años en una mujer descuidada. No sólo había engordado, sino que los kilos se habían localizado en las peores zonas. Su habitual cabello fuerte y brillante tenía un aspecto opaco. Llevaba unos vaqueros y una sudadera sucios.

Shelley sintió una profunda nostalgia por un pasado que, de pronto, parecía haberse escapado llevándose lo mejor con él.

—¡Hola, Jennie! —dijo Shelley—. Me alegro mucho de verte otra vez.

—Hola, Shelley —respondió Jennie con una genuina sonrisa—o Seguro que has pensado que soy una cotilla por mandar a mi hermano a husmear...

—Tranquila. Ya me he dado cuenta de que sólo estabas siendo una buena vecina. La verdad es que ha sido un poco temerario por mi parte venirme sin planificar un poco mejor mi vuelta.

—Me preocupaba que pasaras la noche en esta casa, con el frío y la humedad —le explicó Jennie—. No te puedes imaginar lo duro que puede llegar a ser el clima aquí, especialmente después de venir de Italia... Bueno...

Se sintió violenta por su comentario, pero decidió seguir, con un cierto cambio de tema.

—Como Drew instaló la calefacción central en nuestra casa, se está muy— bien Shelley lo miró confusa.

—¿Todavía vives en tu antigua casa, Drew? —exclamó sorprendida y alarmada, pues la idea de tenerlo puerta con puerta, tabique con tabique no resultaba nada tranquilizadora.

Drew soltó una carcajada.

—¡No, claro que no!

—¿Drew viviendo en casa? —por primera vez el rostro de Jennifer pareció recobrar toda la vida de la que había carecido hasta ese momento—. ¡No me lo podría ni imaginar!

—Sin embargo, me parece que Shelley se lo ha imaginado perfectamente... como muchas otras cosas. ¡Es increíble los lugares a los que puede llevarte la imaginación! Y creo que sé a dónde ha llevado a Shelley... Pero no te preocupes, sigo teniendo mi vieja habitación intacta en la vieja casa. Y ya no hay nada que te impida visitarme allí.

Shelley se ruborizó.

—¡Siento haber malinterpretado lo que has dicho!

Venció, con dificultad, el nudo que tenía en la garganta. Se preguntó dónde viviría Drew realmente, pero no estaba dispuesta a interrogarlo al respecto.

Era un placer que no pensaba darle.

—¿Qué tienes pensado hacer, ahora que has vuelto? —le preguntó Jennie—. ¿Te vas a quedar?

No pensaba responder de momento.

—Todavía no tengo pensado qué haré con mi vida. Voy a tomarme un tiempo para poner las cosas en orden.

Jennie miró de un lado a otro.

—Hace muchísimo frío aquí. No te puedes quedar. —Le he sugerido a Shelley que se quede en el

Westward —le dijo Drew—. Es el único hotel en el que quizás pueda encontrar una habitación. Y, a juzgar por el coche que conduce, no tendrá problemas en pagarse unas cuantas noches allí.

—¡Por supuesto que no! —dijo ella con orgullo. Jennie no pareció estar muy de acuerdo con aquella solución.

—A mí me gustaría invitarte a casa. Podrías quedarte un par de días.

Shelley miró primero al hermano y luego a la hermana. ¿Era su imaginación o Drew le había hecho un pequeño gesto de negación con la cabeza a Jennie?

—No creo que sea buena idea —dijo él y la miró de arriba abajo con cierto desprecio, desde la punta de sus carísimas botas de piel, hasta la gargantilla de oro blanco con un diamante que pendía de su cuello y que hacía juego con una pulsera.

—Me da la sensación de que Shelley se ha vuelto demasiado fma para poder estar en una casa como la nuestra.

Shelley se ruborizó de rabia.

—jPor favor, Drew! No sólo das por hecho que me he vuelto una esnob, sino que, además, has insultado a tu hermana. Jennie sonrió.

—No, no es un insulto. En realidad, tiene razón en que la casa no está en buen estado.

A Shelley no le extrañaba, pues no podía olvidar que en el pequeño adosado habían vivido cinco personas.

A pesar de todo, no llegaba a gustarle la idea de quedarse en casa de Drew, y no por las razones que éste aducía.

—Estoy segura de que estás exagerando. De cualquier forma, os recuerdo que he sido vecina vuestra durante muchos años y sé cómo son las casas aquí. De cualquier forma, Drew tiene razón. No quiero ser una carga.

—¿Lo ves, Jennie? —dijo Drew, como si con aquella excusa, acabara de confirmar su teoría—o Lo que sípodrías hacer, Jennie, es ofrecer a la recién llegada una taza de té. Mientras tanto, puedo ir a ver si queda alguna habitación libre en el Westward. Generalmente, está lleno todo el año.

Shelley lo miró a los ojos.

—No tienes por qué hacerlo.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Digamos que en el fondo de mi corazón sigo siendo un caballero.

Shelley sospechó que tramaba algo. .

—No sé si creerte —le dijo.

—Me creas o no, lo que sí es verdad es que aún no tienes una cama para esta noche.

—Se puede llamar por teléfono —murmuró Shelley—. Puedo llamar y preguntar.

Él negó con la cabeza.

—Tú deberías ser la primera en saber que no es lo mismo una conversación a través del frío teléfono, que un encuentro cara a cara. Es mucho más fácil convencer si tienes a la persona delante.

—¿ Y cómo piensas convencerlos? ¿Es que ahora tienes amigos en las altas esferas, Drew?

Un pequeño tic en el labio mostró lo poco que le había gustado aquel comentario.

—Les he hecho algunos trabajos a lo largo de estos años. Les intereso y me tratan bien.

—Iré a poner la tetera al fuego —intervino Jennie—, y podemos tomar un té. ¿Te apetece, Shelley?

—Sí, gracias.

—Espérame, Jennie —le dijo Drew—. Será mejor que dejemos a Shelley un rato a solas. Seguramente, todavía necesita un poco de tiempo para inspeccionar

el estado de la casa.

Así era.

Por algún motivo, tenía la sensación de que la es taban manipulando. Pero estaba demasiado cansada para objetar o protestar.

Se quedó en la ventana, viendo cómo se marchaban por la misma carretera que tantas veces habían recorrido juntos durante su infancia.

Capítulo 5

SHELLEY abrió todas las ventanas de los dormitorios y del baño. Mientras bajaba por la escalera, se vio reflejada en el espejo que había en el primer descansillo.

¡SU aspecto era lamentable!

Seguramente, la misma impresión que ella había tenido de Jennie era la que ésta había tenido de ella.

Estaba pálida, muy pálida. Su pelo, generalmente bien cuidado e inmaculado, estaba desordenado y sucio. Necesitaba urgentemente ir a la peluquería. La pintura de los ojos se le había corrido, formando un oscura sombra que se añadía a las ojeras profundas.

No le extrañaba que Drew la hubiera encontrado patética.

Sacó el neceser, se limpió la cara con crema y se peinó.

Lo que realmente habría necesitado hubiera sido un largo y reconfortante baño de agua caliente, de momento, imposible.

Al menos, una taza de té la ayudaría a seguir adelante.

Salió de la casa y se dirigió a la de Jennie. Antes de que pudiera llamar al"timbre, su amiga le abrió la puerta.

Se había cambiado de ropa, se había peinado y pintado un poco los labios, lo que le daba mejor aspecto. A pesar de todo, seguía habiendo algo triste en sus ojos.

—Pasa —le dij<r. Perdona el caos.

Shelley entró en la casa y se sorprendió de lo que vio.

Aquella no era la misma casa que ella recordaba. Había sido redecorada y tenía radiadores por todas partes.

—¡Qué casa tan agradable tienes! ¡Y me encanta cómo la has decorado!

—¡Muchas gracias! —dijo Jennie—. Pasa. En el salón, se está todavía mejor y he preparado un poco de té.

El salón estaba impecable. Los muebles eran preciosos, había plantas, alfombras y una mesa de centro con una bandeja encima.

En un aparador, reposaba el retrato de un bebé vestido todo de blanco. ¿Sería la hija de Cathy?

—Siéntate, Shelley —le rogó Jennie.

—Gracias. Estoy tan cansada, que no sé si seré capaz de volver a

levantarme —miró de un lado a otro del salón—o ¡Es increíble! Esta habitación parece dos veces más grande que la mía. Te habrás gastado muchísimo dinero.

—Lo hizo todo Drew —le explicó Jennie—. Tuve que pasar algún tiempo en el hospital y, cuando regresé, me encontré esto. Fue una agradable sorpresa. Había redecorado toda la casa.

Shelley se quedó perpleja.

—Ya —dijo, sin querer opinar sobre el generoso gesto.

—Ya lo conoces. Es así.

—Sí, sí lo conozco. Estuve comprometida con él, algo llegué a conocerlo. ¿Y el jardinero? ¿También lo paga él?

—Sí —respondió Jennie.

—Así es que, en realidad, ha sido él el que me lo ha estado cuidando.

—Pero no digas nada. Se estaba deteriorando y lo único que ha hecho es pedirle al jardinero que lo mantenga limpio.

—No, no sólo ha hecho eso. Lo tiene casi tan bien cuidado como cuando mi madre vivía —claro que siempre había sido generoso, y siempre había sabido ganarse a la gente, especialmente a su madre —o Debe de irle muy bien, para haber sido capaz de gastarse todo esto. Cuando yo estaba aquí, el dinero era más bien un problema.

—Fue por eso por lo que lo dejaste, ¿ verdad? Shelley la miró fijamente.

—¿Eso es lo que piensas?

—¿ Qué otra cosa podíamos pensar? Te marchaste con un hombre rico sin apenas conocerlo.

—¿Todo el mundo pensó eso?

—Prácticamente. ¿Té?

—Sí.

Jennie sirvió el brevaje y se lo ofreció a Shelley, con una mirada curiosa.

—Pero has vuelto.

—Sí —respondió Shelley y esperó la inevitable pregunta que se avecinaba.

—¿Por qué?

—La respuesta depende de quién haga la pregunta, ¿tú o tu hermano?

—Supongo que Drew es la única persona realmente interesada

en saber el motivo. Pero mucha gente te va a preguntar, Shelley. Ya sabes cómo es esta ciudad. Claro que lo sabía. Pero también sabía algo más. —Éste es mi hogar. Por eso fue el primer sitio en el que pensé. Jennie la miró intimidatoriamente.

—Según creía, tu hogar era un apartamento en Milán y una finca en el lago Garda.

Sin duda, Jennie conocía muchos más detalles sobre su vida de los que Shelley esperaba.

—¿Quién te contó eso?

—Drew.

—¿Drew? Supongo que mi madre se lo diría. —No lo sé —le aseguró Jennie—. Pero de un modo un otro lo habría averiguado. Drew dice que la información es poder.

—¿Dice eso? —aquel habría sido un comentario más digno de Marco que de Drew—. Jamás me lo habría imaginado diciendo algo así.

—¿No? Bueno... —Jennie pareció repentinamente incómoda—o Ha pasado mucho tiempo.

—Sí —Shelley se recostó sobre el respaldo y vio una caja de juguetes detrás del sofá—o ¿Hay un niño viviendo en la casa?

—Sí, la verdad es que sí. Es mi bebé —Jennie sonrió con orgullo maternal—o Has visto los juguetes, ¿no?

—Sí, además de la foto que hay en el aparador. Pero, la verdad es que he notado algo diferente al entrar en la casa, ese aire de los hogares en los que hay niños. Siempre podía decir qué amigos de Marco tenían niños y cuáles no.

—¿No quería tener niños? —preguntó Jennie. —Conmigo no —respondió Shelley.

—Vaya —Jennie agarró una galleta, pero la dejó inmediatamente en el plato——. He engordado un poco y tengo que cuidarme.

—Bueno, si acabas de tener un bebé...

—Eso no es excusa.

—Supongo que no —Shelley agarró una galleta y se encogió de hombros—o Tu hennano dice que estoy muy flaca.

—Sí, la verdad es que lo estás —dijo Jennie y se quedó mirándola fijamente—o Así es que Marco ha desaparecido de tu vida.

Shelley soltó una carcajada.

—Un cambio radical de tema: de bebés y dietas a asuntos personales. Demasiado para mí.

—Pensé que Marco era el amor de tu vida y que tendríais hijos. ¿Tú no querías hijos?

La pregunta la removió profundamente. No sabía bien qué responder. Sabía que cualquier cosa que dijera iría directamente a parar a oídos de Drew. La verdad podría llegar a tener consecuencias terribles.

—Preferiría no hablar de Marco, si no te importa.

Háblame del bebé.

—Es una niña y tiene ocho meses. Es la criatura más adorable del mundo.

—¿Cómo se llama?

—Ellie. Mira, estas fotos se las hicieron nada más nacer.

—¡Qué guapa! Está dunniendo, ¿verdad?

—No. Está... con su padre.

Shelley abrió el álbum y pasó hoja tras hoja. —No tienes que contanne nada, si no quieres. —No es ningún secreto oscuro y terrible. No me importa ser madre soltera —se defendió Jennie—. Tú conoces al padre. ¿Te acuerdas de Jamie Butler?

Shelley asintió y agarró otra galleta.

—Sí, claro que me acuerdo. Le encantaban los barcos. Era rubio, con rizos y muy guapo.

—Sí, es ése. Ellie lo adora... y yo también.

—Eso es estupendo —dijo Shelley.

—No, no lo es —le aseguró Jennie—. Es un infierno. —¿Por que ya no estáis juntos?

—La verdad es que nunca estuvimos juntos... al menos no oficialmente —dijo Jennie—. Pero él quiere que nos casemos.

—¿Y tú no?

Jennie bajó los ojos.

—Es Drew el que no quiere.

—¿Drew? ¿Y qué derecho tiene él a opinar sobre esto?

—Según él, todo. Se ha erigido en mi guardián moral.

~Eso me suena. Siempre cree saber mejor que nadie 10 que se debe hacer.

—Exactamente —dijo Jennie—. No le gusta Jamie porque, según

él, no me puede dar la vida que, desde su punto de vista, yo merezco.

—Pues tal vez pienses que esto no es asunto mío, pero no me parece bien que se meta en tu vida. Sólo estamos aquí un corto período de tiempo y hay que aprovechar. No puedes permitirle que te obligue a ser infeliz.

—¡Si fuera así de sencillo!

—Las cosas son mucho más simples de lo que las hacemos —dijo Shelley—. Créeme. Si realmente queréis estar juntos, tienes que luchar por ello.

Eso era lo que Shelley debía de haber hecho con Drew y se lo había repetido muchas veces durante su estancia en Italia. Hasta que un día se dio cuenta de que arrepentirse de lo no hecho en el pasado no te lleva a ningún sitio.

—Bueno, será mejor que me vaya —dijo, mientras miraba al reloj—. Si no hay habitaciones en el Westward...

—Puedes volver aquí. Lo digo de todo corazón. —Lo sé —respondió Shelley—. Gracias por el té. —Pero, te veré de nuevo, ¿no? —preguntó Jennie—. EsPero que no se te ocurra desaparecer otra vez.

—No lo sé, Jennie —dijo Shelley sinceramente. Realmente, no sabía lo que sería vivir en Milmouth, especialmente con Drew tan inevitablemente cerca. Sobre todo, si estaba con otra mujer—o ¿Drew tiene novia? Siento hacerte esa pregunta. Supongo que no es muy justo ponerte en la tesitura...

—Creo que no tiene novia —respondió Jennie—. Al menos, nada serio que sepamos. Aunque tampoco habla mucho de su vida privada.

—Pero me imagino que habrá salido con alguien desde que yo me marche. Jennie la miró con cierta exasperación.

—¡Han pasado tres años! Por supuesto que ha salido con otras mujeres desde entonces. ¡Incluso sigue recibiendo cartas de chicas que conoció durante su viaje!

—Por favor, no le digas que te he preguntado —le rogó—. Puede malinterpretar la intención de la pregunta.

Jennie no pareció dispuesta a ocultarle nada a Drew.

—No puedo prometerte eso, no si él me pregunta. Es mi hermano. y lo quiero, y tú le hiciste mucho daño.

—Lo sé —respondió Shelley—. Yo soy la que tiene que vivir con esa culpa y no es fácil.

Muchas veces, llegaba a pensar que era ella la que realmente había sufrido.

—Adiós, Jennie —se despidió con una sonrisa.

Pero, una vez en el coche, ya no tenía que seguir fingiendo, y la sonrisa se desvaneció.

Como un acto reflejo, arrancó el coche y se puso a conducir a toda velocidad por la intrincada carretera que conducía al centro. De pronto, se dio cuenta de que no estaba en Italia, sino en un pacífico pueblo en el que el exceso de velocidad no sería bienvenido.

Estaba atardeciendo y el sol se ocultaba entre las aguas, coloreando el mar de rojo. Desde el acantilado, la pequeña ciudad lucía hermosa y dorada. Frente al mar, se alzaba el hotel Westward.

Las palabras de Drew resonaron en su cabeza. Sí, allí la había llevado Marco, allí se había dejado encandilar con un poco de champán caro y unas cuantas palabras rebuscadas.

A pesar de los recuerdos que aquel lugar le traía, se había dejado llevar por Drew, sin preocuparse por comprobar si había habitaciones en otro sitio.

Quizás podría haber preguntado en algún hostal por el que pasara. Pero, después de todo, un lugar pequeño podía estar regido por alguien conocido, que la reconociera y la interrogara sobre su regreso. No podía soportar ni tan siquiera la idea. Lo mejor, por tanto, era seguir con su plan.

Atravesó las puertas del Westward y condujo en dirección a la solemne mansión. Pero durante el recorrido le sorprendió la belleza del jardín. Recordaba aquél como un lugar hermoso, pero jamás 10 había visto tan esplendoroso. Las flores habían sido cuidadosamente plantadas, formando increíbles juegos de color.

El hotel, que inicialmente había sido construido como una mansión privada a finales del siglo pasado, se alzaba orgulloso cara al mar.

Estaba claro que había sido redecorado reciente mente, pues tenía un aspecto impecable, muy lejos del aire decadente del que adolecía años atrás.

Incluso el personal parecía haber sido reeducado, pues lejos del

cansino y descuidado aire de que habían hecho gala antaño, lucían joviales y dispuestos, ataviados con sus nuevos uniformes y sus sinceras sonrisas.

La recepcionista era una mujer joven, atractiva, con un largo cabello pelirrojo y una cara alegre.

—:—¿En qué puedo ayudarla?

—Mi nombre es Shelley Turner —le dijo, sintiéndo se algo intimidada, sin saber muy bien por qué. Había estado muchas veces en hoteles como aquél. Miró de un lado a otro. Drew no parecía estar por allí—o Creo que alguien ha intentado reservar una habitación a mi nombre.

—Sí, aquí está su reserva, señorita Turner —dijo la mujer sin molestarse en mirar a la lista—o Es la suite Lila. Le diré al botones que la acompañe.

—¿Una suite? —se sorprendió Shelley. Aquello sí que era nuevo. ¿Desde cuándo tenía suites el Westward?—. No quiero una suite. Sólo necesito una habitación para una noche.

—Me temo que no tenemos nada más —dijo la mujer—. Claro que, si hay algún problema, puedo hablar con ...

—No, no se preocupe —habría dado cualquier cosa por tener una lista de precios. Pero no se atrevió a pedirla. Costara 10 que costara, sin duda, tenía dinero para pagarse una noche.

—Llamaré al botones.

—Sí, por favor.

El muchacho agarró las maletas, subieron la escalera y recorrieron el largo pasillo, hasta una puerta de doble hoja.

Al abrir, Shelley no pudo ocultar su sorpresa. —La suite Lila.

Shelley le dio una propina.

—Muchas gracias. ¿Necesita algo más?

—No, de momento no. ¿A qué hora es la cena? —Empezamos a servir a las siete y media —sin más el muchacho se marchó y Shelley no perdió un minuto en ponerse a inspeccionar la habitación.

Aquello no era, en absoluto, lo que habría esperado. La habitación era preciosa y estaba decorada con la mayor sutileza. Era, probablemente, la habitación más hermosa que había visto en su vida y podía jactarse de haber estado en hoteles de la más alta alcurnia. Toda ella estaba tapizada en tonos malva, las alfombras

jugaban con toda la gama de lilas, las colchas, las cortinas, incluso el ropaje que cubría el dosel de la cama. Pero lo más impresionante eran las vistas.

Se asomó al balcón desde el que se veía el Canal de la Mancha. ¿Cómo podía haberse olvidado de la incomparable belleza de la ciudad que la había visto crecer?

El baño contaba con una inmensa bañera, del tamaño de una pequeña piscina. Aquello era, precisamente, lo que necesitaba para recabar fuerzas y poder enfrentarse a cualquier cosa.

Puso el tapón y abrió el agua, a la que le añadió un poco de aceite aromático y espuma.

Una vez llena, no tardó ni un segundo en meterse en la bañera, dejando que el calor del líquido oloroso relajara y reconfortara sus doloridos músculos.

Se lavó el pelo y se quedó un rato reposando por primera vez desde que Marco le había dicho que se había enamorado. Enamorarse... ¡Qué horrible pala bra! ¿Qué diablos significaba? Sólo problemas. Elgv:apor perfumado la ayudaba a sentirse en calma consigo misma. Le pesaban los párpados.

Debió de quedarse medio dormida, pues no oyó la puerta del baño.

Cuando abrió los ojos de nuevo, Drew estaba allí, de pie, delante de ella.

La imagen era tan similar a la de una fantasía erótica que, por un momento, pensó que su cabeza y sus ojos le estaban jugando una mala pasada. Se hundió ligeramente en el agua, para ocultar sus pechos entre la espuma y lo miró. Aquellas piernas envueltas en un viejo pantalón vaquero parecían elevarse hasta el infinito. Llevaba una sencilla camiseta blanca, bajo la cual se intuía un torso fuerte y bien esculpido. Lo miró de arriba abajo, sin reparo.

El vapor y el cansancio no dejaban hueco para pudores hipócritas. Bajo la suave espuma, su cuerpo se humedecía de deseo.

—¡Drew! —susurró ella.

—Hola, Shelley.

Shelley se hundió aún más, para que sus pechos endurecidos, testigos de su hambre, quedaran completamente ocultos entre la espuma.

—¿ Qué estás haciendo aquí?

—¿La verdad? Pues, aparte de estar cada vez más excitado, me preguntaba que es lo que hay realmente debajo de esa capa de espuma. ¿Te das cuenta de que jamás te he visto desnuda? Increíble, ¿verdad?

El deseo se apoderó de ella, capturó sus senos y descendió, como un río de lava caliente hasta su feminidad, humedeciéndola.

—Drew —Shelley quiso que fuera una protesta, pero aquel nombre surgió de sus labios como un ruego.

—Te he visto muchas veces en bañador, eso es cierto —dijo él, con el entusiasmo de una estatua de piedra—o Y una vez, te vi sin sujetador en la playa, ¿recuerdas?

Por supuesto que lo recordaba, ¿cómo podía haberIo olvidado?

—No, no me acuerdo.

—Te voy a refrescar la memoria.

—Drew, por favor...

—Tenías diecisiete años —empezó él, haciendo caso omiso de su protesta—o Era el final del verano y yo me marché de viaje poco después. Hacía calor. Tú y otras dos coicas estabais tendidas en la arena, tomando el sol en una pequeña cala. ¿Te acuerdas?

Ella asintió. La boca se le había secado, a pesar de la humedad del baño.

—Todas os habíais quitado la parte de arriba del bañador, sólo llevabais la parte de abajo. La tuya era de color dorado y se adaptaba a tu cuerpo de tal modo parecía que fuera parte de ti. Te aseguro que no reparé en cómo iban ni quiénes eran las otras. Sólo te vi a ti, sólo vi tus pechos blancos y sedosos...

—¡Drew, por favor! —le rogó ella.

—Yo venía corriendo, y estaba sudoroso y cansa do. De pronto, te vi, tendida y relajada, con los brazos estirados hacia arriba. Me quedé paralizado —había sido la más exquisita y frustrante erección de su vida.

—Drew... —Shelley movió sus caderas bajo el cálido líquido que la cubría.

Él continuó.

—¿ y recuerdas lo que ocurrió después?

—Me gritaste, me tiraste la camiseta y me dijiste que me tapara.

—Sí, así fue —Drew soltó una carcajada, mientras observaba la deliciosa fusión de su blanca piel con el blanco de las burbujas. La

deseaba, con la misma intensidad con que la había deseado entonces. Y por eso, precisamente, se había marchado de Milmouth, coIisciente de su necesidad y temeroso de que su deseo los hubiera llevado a cometer un error.

Durante mucho tiemp<f, se negó a sí mismo aquella atracción irresistible que Shelley le provocaba. Pero en cada rincón del globo en el que veía un bikini dorado, la buscaba esperanzado.

Drew se puso de rodillas junto a la bañera. Sus rostros estaban a la misma altura. Shelley no podía apartar la vista, necesitaba aquella mirada zafiro cautivadora.

—¡Qué estúpido fui, Shelley, por permitir que tu inocencia dictara las reglas! Eso me, obligó a respetarte como si fueras un santuario.

—¡Nada te obliga a ti a hacer nada, Drew!

Drew extendió la mano y deslizó un dedo por su mejilla. Estaba suave como la seda.

—Creo que estás equivocada, Shelley. Precisamente mi conciencia me ha controlado durante demasiado tiempo. Eso me llevó a proteger la inocencia de mi futura esposa, cuando ella no quería que la protegiera. Tenías tantas ganas de hacer el amor, que te daba igual con quien fuera, ¿ verdad, Shelley?

Shelley continuó oculta entre las burbujas, cómo

damente cubierta por al agua cálida y reconfortante.

—No, no fue eso lo que ocurrió —le dijo en un tono suave, casi meloso.

—¡Claro que sí, fue eso!

—Estás muy equivocado. Me pusiste en un pedes tal imposible de alcanzar. Para ti todo era perfecto.

Habías vivido, habías recorrido mundo. Habías disfrutado de la vida y volviste a casa para tomar a tu esposa virgen hasta el altar. Todo a tu medida. Pero, ¿y yo? ¿Alguna vez te preguntaste qué era lo que yo necesitaba, lo que yo sentí, lo que yo quería? No pudiste resistirte a otras mujeres, pero a mí sí.

—¿Estás diciendo que lo que tú hiciste fue todo por mi culpa, Shelley? —Drew se levantó indignado.

Ella lo seguía con la mirada, mientras él deambulaba por la estancia. ¡Cuánto le habría gustado poder viajar atrás en el tiempo, haber podido hacer que todo fuera diferente!

Era imposible y no estaba dispuesta a que la hiriera un hombre que, después de tanto tiempo, sólo sentía por ella una atracción animal. Especialmente, porque lo había amado y mucho.

Drew se detuvo y la miró fijamente. Hubo un silencio cargado de pensamientos oscuros, de planes ocultos.

Shelley se preguntó si Drew sería consciente de cuánto lo deseaba.

—Vete, por favor —le rogó ella.

—No me voy a ningún sitio, sin asegurarme de que no te vas a quedar dormida. ¿Sabes cuánto tiempo llevas ahí?

—¿Qué puede importarte a ti eso? Además, ¿qué haces tú aquí?

—He venido a comprobar que no te habías ahoga do —su mirada era penetrante e intensa.

—Vamos, que pasabas casualmente por aquí. ¿Es que te dedicas a recorrer las habitaciones de todas las mujeres que se hospedan aquí?

—No. Contigo he hecho una excepción, Shelley

—se rió suavemente—o Siempre lo he hecho. Pero no me dirás que no te ha agradado mi visita, porque hace un minuto me hiciste pensar más bien todo lo contrario: que sentías que no me atreviera a ir un poco más lejos.

—No lo habrías hecho en ningún caso. Tus leyes de caballería te impiden seducir a una mujer cuando la situación es demasiado fácil. Lo único malo de ese estilo tuyo es.que, en algunas cosas, estás terriblemente pasado de moda. Sigues siendo un maldito cerdo machista, Drew Glover.

—¡Pero los cerdos son, a veces, animales adorables, Shelley! Lo mejor será que salga:s del agua y duermas un poco antes de que te lleve a cenar.

Shelley se iba a levantar indignada pero, por suerte, descubrió a tiempo dónde estaba.

—¿Te has vuelto loco?

—Seguramente.

—¿De verdad piensas que quiero ir a cenar contigo?

Drew negó con la cabeza.

—Por supúesto que no, al menos, no de un modo racional. Yo tampoco. Pero sé que, si me quedo en casa cenando solo o, si salgo con otra persona, me pasaré toda la noche pensando en ti,

preguntándome cómo ha sido tu vida hasta ahora, y si has logrado tu objetivo.

—¡Me halaga tu interés! —dijo ella con ironía.

—¡No, no te sientas halagada! Es más curiosidad que interés. Como rascarse un grano que te pica desde hace mucho y te ha estado fastidiando. Así que, cenemos juntos, para que cerremos el capítulo final.

—¿Cerrar el capítulo?

—Los dos debemos de tener la misma sensación.

La nuestra es una historia que jamás tuvo un broche apropiado. Tus ojos me dicen que estás tan dispuesta como yo a poner la guinda al pastel. Ya no tenemos que preocupamos de principios morales. El camino ya está abierto. Cena conmigo.

—No tengo hambre, Drew.

—Perdóname, pero ésa es una mentira demasiado evidente — dijo él—o Aunque he de admitir que la sinceridad tampoco fue nunca tu fuerte. Tienes un aspecto lamentable. Parece que te fueras a desmayar de hambre de un momento a otro.

—¿ Y a ti que más te importa que me desmaye o no?

—Importar no me importa nada. Pero sí me gustaría poder atar los cabos sueltos.

—Algo me dice que, cuando hablas de cabos sueltos, te refieres al sexo.

—Desde luego que no me refiero a mirar las estre llas.

—Eres muy duro, Drew.

Shelley esperó una respuesta que no recibió.

Drew era impredecible.

—Sal de la bañera, Shelley —dijo al fin y salió del baño.

Capítulo 6

SHELLEY salió del baño en cuanto Drew desapareció. Metió la mano en el agua jabonosa y abrió el desagüe.

Se cubrió con la toalla y se secó rápidamente. Empezaba a sentir frío. Se puso un albornoz gigantesco que estaba colgado detrás de la puerta. Abrió y asomó la cabeza, para ver si Drew seguía en la habitación.

No había nadie.

Salió, recorrió la suite y miró por todos los rinco

nes, incluso detrás de las cortinas y dentro del armario.

—jDrew!

No obtuvo respuesta. Definitivamente se había marchado.

Pero, lejos de sentirse reconfortada por su ausencia, algo dentro de ella la removía. Estaba furiosa consigo misma pues, desde el instante mismo en que lo había visto en la playa, había sentido un deseo inesperado... y él también.

Pero ya no había trabas morales que le impidiesen seducida.

Y, a pesar de todo, no había seguido hasta el final, cuando, hacía tan sólo unos minutos, habría tenido la oportunidad de habeda hecho suya.

Y, ¿qué habría sucedido entonces? ¿Habría sido capaz de resistir el ataque?

Se secó el pelo con la toalla. ¡Por supuesto que habría sido capaz de resistir! Era capaz de cualquier cosa, si tenía el convencimiento suficiente.

Abrió la cama y se—metió dentro. Estaba agotada, necesitaba dormir, pero la inquietud le hizo temer un inoportuno insomnio. Sin embargo, cerró los ojos y la realidad comenzó a desvanecerse. En su cabeza, comenzaron a fluir sueños en los que Drew era el protagonista. Estaban juntos y ella lucía feliz su ani

llo de compromiso.

De pronto, el timbre del teléfono la despertó. —¿Diga?

—Soy tu despertador.

Shelley bostezó.

—¿Qué hora es?

—Son las nueve.

—¿De la mañana?

—No, de la noche.

Shelley miró al reloj y luego vio por la ventana que, efectivamente, era de noche.

—¿ Tienes hambre?

—Mucha —admitió ella.

—¿ Vas a cenar conmigo?

—¿No es un poco tarde ya?

—No somos tan provincianos, Shelley —le dijo con rudeza.

—¿ y si digo que no?

—Piensa en qué alternativa tienes.

—La de cenar tranquilamente —respondió ella. —En una mesa vacía y un comedor repleto de gente que se pregunta que hace sola una mujer tan hermosa.

—Hace unas horas me dijiste que estaba horrible.

—Estoy segura de que unas horas de sueño y un buen baño pueden hacer milagros —le respondió.

—Puedo pedir algo al servicio de habitaciones.

—y te pasarás toda la noche arrepintiéndote por ello, admítelo.

Habría querido decide que no tenía ni idea de lo que ella quería realmente, pero estaba todavía adormilada y no se sentía capaz de luchar.

Además, al fin y al cabo, él tenía razón.

La lujosa vida social que había disfrutado con Marco estaba a punto de llegar a su fin. Aquella era su única noche en el Westward y tenía que aprovechar. Después, vendrían muchos años de cenas solitarias delante del televisor.

Además, aquella era su oportunidad de decirle a Drew que los cabos sueltos sólo se atarían si ella estaba dispuesta. Después de tres años en Milán, había aprendido a resistirse a hombres que quitaban la respiración.

—Estaré lista en media hora.

—Te espero aquí abajo —le dijo y colgó el teléfono.

Se vistió, no provocativamente, pero sí elegante y sensual. Iba a demostrarle quién era la mujer a la que Marco Nero paseaba por las fiestas más elegantes de Italia.

Se maquilló, con discreción y elegancia, destacando lo mejor de su rostro. Se cepilló el pelo, que lucía brillante, y seleccionó

cuidadosamente su ropa interior. Se puso un juego lila que con juntaba con el liguero, ¡y con la habitación!

Escogió unos modernos zapatos de tacón y sepuso el vestido.

Se miró por última vez al espejo. Estaba perfecta.

Agarró el bolso y se dirigió al encuentro de Drew.

En la recepción, la pelirroja había sido reemplazada por una bonita rubia.

—Señorita Turner —dijo.

Shelley se volvió extrañada.

~¿Conoce a todos los huéspedes por su nombre?

—Por supuesto. Sólo tenemos doce habitaciones—respondió ella —o El señor Glover la espera en el restaurante.

—Gracias —respondió Shelley, extrañada por el tono reverencial con que le había anunciado al señor Glover.

Pero, en cuanto lo vio, sentado a la mesa que había junto a la ventana, entendió la actitud de la empleada. Drew estaba imponente. Tanto era así, que le llevó unos segundos reconocerlo.

A juzgar por la expresión de su rostro, el sentimiento era mutuo.

Drew se puso en pie para invitarla a la mesa. La sorpresa fue aún mayor, pues, no era que estuviera guapo, sino que, además, estaba elegante.

—Hola, Shelley —murmuró, mientras la miraba de arriba abajo —. ¿De qué vas disfrazada hoy?

—Creo que al diseñador no le agradaría en exceso ese comentario —dijo ella—o Tú también te has cambiado.

—¡No pensabas que iba a venir a un lugar como éste en vaqueros!

Un camarero, surgido de ninguna parte, le retiró la silla de la mesa, la ayudó a sentarse y le ofreció el menú.

Pero Shelley continuó con la mirada fija en el hombre que tenía enfrente.

—Simplemente, no estoy acostumbrada a verte así—dijo ella.

—Es que hace dos años que no nos vemos —le recordó—. Todavía no me has dicho si te gusta o no.

¿Si le gustaba? Era mucho más que eso. Cortaba la respiración, con aquel traje azul, que tenía un corte excepcional y que destacaba, aún más, la largura de sus piernas y la anchura de sus hombros. Estaba claro que Drew ya no se compraba la ropa en las

rebajas.

—Estás muy elegante —se limitó a decir ella. —¿Sólo eso? —preguntó él.

—¿Es que necesitas que te estén adulando todo el día?

Se miraron directamente a los ojos.

—Necesito más otras cosas.

Shelley se ruborizó.

—Vamos a dejar una cosa clara: puede que necesite una buena cena, pero, te aseguro que, si no dejas de hablar de sexo, me conformaré con una tostada con mantequilla en mi habitación.

—¿Quién ha hablado de sexo? Estábamos hablando de mi necesidad de adulación.

—Que es inmensa.

Drew se rió.

—¿Tan grande?

—Ya está bien, Drew.

Él se recostó cómodamente sobre el respaldo de la silla y la observó.

—Tenía razón —dijo—. El baño ha hecho milagros.

—Estás muy guapa.

—Gracias ——contestó ella.

—y dejando el flirteo a un lado, ¿de qué podríamos hablar? —preguntó él.

Shelley enarcó las cejas.

—¿Se supone que estábamos flirteando? Una versión muy poco sofisticada, entonces.

—Apelo a tu juicio para catalogarlo a tu gusto.

Eres la que más experiencia tiene.

En ese instante, apareció el camarero.

—¿Han elegido ya, señor Glover?

—No. Necesitamos unos minutos más.

Shelley agarró la carta.

—¿ Cómo es que todos te conocen por tu nombre aquí? No me digas que vienes con frecuencia. —¿Tanto te sorprendería?

—Para serte sincera, sí.

—¿Por qué?

—Porque asumo que es un sitio muy caro. Debe deirte bien el trabajo, pero, a pesar de todo... —su comentario hizo que se sintiera

incómoda.
—Vamos, que no soy Bill Gates.
Ella se encogió de hombros.
—Exacto.
Drew sonrió.
—Como ya te he dicho, he trabajado aquí durante estos años. Me hacen descuento.
—Ya.
Shelley miró el resto de la sala. Estaba lleno, lo que era bastante excepcional un domingo por la noche en el mes de octubre.
Además, no reconocía ninguna cara. Todos los comensales parecían de fuera y vestían ropa cara. Parecía más el restaurante de una gran ciudad, que el de una pequeña villa costera.
—No veo a nadie de Milmouth.
—Es que todo el mundo es de fuera. La gente hace kilómetros por venir a comer aquí.
Shelley sintió cierta desazón. No sabía por qué, pero intuía que aquel encuentro iba a ser más difícil de lo que había previsto.
—Se nota que has trabajado aquí ~ijo ella. Él enarcó las cejas en un gesto de sorpresa. —¿Deverdad?
—Es evidente que este sitio ha sido remodelado y tú siempre fuiste un buen trabajador. Alguien ha tratado este hotel con mucho cariño. Tal vez, podrían contratarte aquí para trabajar todo el día, ¿no lo crees?
Drew se batía entre el ataque de ira y el ataque de risa.
—¿ Tienes idea de lo patemalista que suenas ha
ciendo comentarios como esos?
Shelley se quedó perpleja ante el comentario.
—¿ Qué quieres decir? No entiendo por qué me dices eso.
—Da lo mismo. ¿Qué quieres comer?
Shelley se quedó algo confusa, pero optó por mirar la carta y olvidar el comentario. Notó que le habían dado un menú sin precios.
—Está muy bien, al menos en apariencia.
—¿Qué esperabas, marisco congelado? —le preguntó Drew en un tono claramente irónico.
—Estás a la defensiva, Drew.
—Me pregunto por qué será —le hizo una seña al camarero, que

se acercó rápidamente—o Yo quiero sopa, bacalao asado y patatas, por favor. ¿Y tú?

—Una ensalada del chef y un lenguado a la plancha —respondió ella.

—Borre eso, por favor —le ordenó a camarero—.

Cenará lo mismo que yo.

—Sí, señor Glover —el camarero sonrió al Drew conspiratoriamente.

Sólo un básico principio de buena educación evitó que Shelley montara una escena delante del empleado. Pero, en cuanto se marchó, reprendió a su acompañante

—No me puedo creer que hayas hecho lo que has hecho.

—No hagas una escena, por favor —le rogó él calmadamente.

—Tú empezaste.

—Confía en mí —le pidió—. ¿Cuándo comiste por última vez?

Shelley se quedó pensativa.

—A la hora del desayuno.

—¿ Qué?

—Lo de siempre: yogur y fruta.

—Ahí lo tienes. Desde que te tomaste un yogur y un poco de fruta, has conducido desde Londres hasta aquí, te has reencontrado con la casa de tu madre, has venido hasta el hotel...

—¿Has seguido paso a paso todos mis movimientos? Drew obvió el comentario.

—Tu cuerpo no puede funcionar bien si no le das lo que necesita.

—¿Qué tiene de malo mi cuerpo?

—Ya te lo he dicho. Estás demasiado delgada. Toma un poco de esto —le sirvió una copa de vino tinto. ShelIey dio un sorbo.

—¿Mejor?

El líquido bajó desde la garganta al estómago y produjo en su interior un calor reconfortante.

—Sí, mejor —la había ayudado a relajarse un poco. —A ver, ¿por dónde empezamos? —dijo él, con un tono incisivo.

—Has cambiado de aspecto —dijo ella con doble intención.

—Pero no te sorprendería que sorbiera la sopa, ¿es eso lo que quieres decir?

—Vuelves a estar a la defensiva.

—Sólo contigo.

Ella suspiró, cansada del continuo enfrentamiento. —¿Qué es exactamente lo que quieres? —¿Necesitas que te lo explique?

—Tal vez ha llegado el momento de que te cuentelo que ocurrió exactamente con Marco Nero.

—¿Por qué? ¿Crees que eso va a cambiar algo? No, claro que no. Al menos, no esperaba un final feliz de cuento, en que la comprensión de lo ocurrido los llevara a amarse eternamente y a ser felices para siempre.

Pero sí .necesitaba aclarar ciertos malentendido s . —¿Qué fue lo que crees que ocurrió, Drew? No fue más que una cita inocente y un beso. Nada más.

—¿Eso es todo? —dijo él con la voz herida—o Me mentiste, Shelley, ¿no es cierto?

—Sí, lo hice —admitió ella—o Pero piensa en el porqué. Tenía miedo de cómo reaccionarías si te decía la verdad. Debería haber tenido valor suficiente para contártelo, pero no lo tuve. ¿No crees que eso dice mucho sobre nuestra relación? Lo siento pero, si no podía ni siquiera contarte que había eometido un estúpido error, era porque algo no estaba bien.

Aquella lejana noche, Shelley había salido del coche de Marco a toda prisa, asustada por lo que acababa de hacer. Al llegar a su casa, su madre la había interrogado.

—¿Qué pasa, Shelley? ¿Qué ha ocurrido? —¡Nada!

—Pero...

—Déjame en paz, mamá.

Shelley se había metido en el baño para despojarse de toda la ropa y lavarse. Se sentía sucia.

Pero no había sido suficiente. Lo que llevaba puesto estaba contaminado y tenía que deshacerse de todo. Metió la ropa en una bolsa y preftrió echada directamente al cubo de la basura.

Bajó desde su donnitorio y salió por la puerta de atrás. Entonces, de entre las sombras, surgió una figura que le interrumpió el paso.

—¡Drew!

—¿ Qué pasa, Shelley? —su voz sonaba monótona, informe. Nunca antes lo había oído así.

—¡Nada! —respondió ella.

—¿Seguro? Estás pálida y te tiemblan las manos.

—Hace... hace mucho frío. "

—Sí, demasiado para salir a tirar la basura ahora.

Shelley debería haber aclarado la situación entonces, pero tenía miedo del desdén y el desprecio. Tal vez, si le hubiera contado lo sucedido en aquel instante, se habría ganado su perdón. Pero el temor la había paralizado, temor a la reacción de Drew. Por eso, eligió la peor opción posible: mentir.

—Quería ayudar a mi madre.

—¡Qué dulce eres! —el tono era sarcástico—. ¿Qué es lo que vas a tirar?

—¿ Qué?

—Ya me has oído. Quiero que me digas qué vas a tirar.

Shelley empeoró las cosas.

—No puedes estar interesado en el contenido de una bolsa de basura.

—¿No me lo vas a decir?

—Drew...

—Déjame ver.

—Drew...

—¡Déjame ver!

Ella le dio la bolsa y se dio media vuelta, con la esperanza de que no se atreviera a abrirla. Pero lo hizo.

Al volverse de nuevo, su rostro parecía poseído por los demonios.

—Tienes la palabra infidelidad escrita en todo tu cuerpo, Shelley.

—Puedo explicar...

—¿Explicar qué? —le preguntó con frialdad—o Explicar que te has ido con ese maldito gigoló italiano.

—Drew...

—¿Te has ido de copas con él al hotel Westward? —No es lo que parece...

—¿ Y qué parece? ¿Parece lo que todo el mundo me ha dicho que es?

Al menos, no lo había visto por sí mismo. Eso le

daba la posibilidad de rectificar, de desmentir los bolos.

—Te ha invitado a champán y tú te reías como una quinceañera...

—¿En lugar de comportarme como la anciana de veintiún años que soy? —disparó ella—o A la que suprometido lleva atada con una cadena.

Él continuó sin escuchar lo que ella aducía. —Luego, te llevó en ese monstruoso coche... —¡Estás celoso!

—¿Celoso de ese coche? No. Un hombre que necesita exhibir su poderío con una máquina es que adolece de lo esencial. Ya sabes lo que dicen: coche grande, pequeña... —no tenninó la frase—o Pero de eso, tú no sabes nada, ¿verdad, Shelley?

—¿De qué estás hablando?

—¡Vamos, por favor! ¡No sigas haciéndote la inocente conmigo! ¡OS he visto con mis propios ojos!

—¿Qué has visto?

—Te he visto en el coche. Te estaba besando... —¡Si es así, también habrás visto que he salido del coche como alma que lleva el diablo!

—¡Porque al menos tienes la decencia de no hacer el amor con un desconocido en un coche delante de la casa de tu madre y la de tu prometido!

—¡Estás loco, completamente loco!

—Sí, desde luego que sí —afirmó él—o De pensar que eras otra persona.

Un brillo peligroso iluminó su mirada.

—Drew... —Shelley sintió miedo.

—¿Qué? —su respuesta fue suave, pero cargada de algo desconocido.

La agarró en sus brazos y la llevó contra la pared. Comenzó a acariciarla con un deseo que siempre antes había controlado. Pero no había cariño.

—Drew... —susurró ella, confusa por su propia reacción.

—¡Estás caliente! Te ha servido en bandeja para mí, caliente y dispuesta.

Shelley abrió la boca para protestar, pero se encontró un beso hambriento. Todo su cuerpo reaccionó a su tacto. Sus pechos se endurecieron y su feminidad se humedeció. Él la acariciaba con urgencia y respiraba como si le faltara oxígeno, como un moribundo... porque algo acababa de morir.

El amor y la admiración que él le había profesado hasta aquel

momento estaban ya sepultados bajo la losa del descrédito y la decepción.

Y, de pronto, se apartó de ella, como si de una apestosa se tratara.

—Me das asco —le dijo—. Vuelve con tu amante rico, Shelley. Dale lo que quiere, lo que tú deseas por encima de la decencia y el honor.

Con eso, se dio media vuelta y desapareció en la oscuridad.

Shelley volvió al presente, miró al hombre que tenía sentado enfrente.

—Fuiste tan duro, tan implacable, Drew. No sabes lo que tuve que superar para ir a tu casa al día siguiente.

—Me habías herido, Shelley, y tenía miedo de mí mismo.

Jennie había sido la que le había abierto la puerta.

—No quiere verte, Shelley. Ha decidido que no quiere saber nada de ti en lo que le resta de vida.

—Toma —Shelley se había quitado el anillo con los ojos llenos de lágrimas—o Devuélveselo.

—No lo querrá.

—Dile que lo tire o que lo conserve, como un recuerdo de lo afortunado que ha sido de no casarse conmigo.

Lo ocurrido fue de boca en boca por todo el pueblo y, hasta su madre, se distanció. Su reputación se ensució y el rechazo fue generalizado. Incluso Geoff, su jefe, y quien había sacado un importante beneficio de la visita de Marco Nero al pueblo, le volvió la espalda.

Shelley se sintió sola y marginada. Desesperada y confusa, optó por agarrar la tarjeta que le había dado Marco y que tenía un número y una dirección de Londres.

Tomó el primer tren que pudo y se marchó a la gran ciudad.

Sintiéndose inadecuada y fuera de lugar, lo esperó en el recibidor del hotel donde se alojaba y a dónde le había dicho que se dirigiera después de una rápida llamada.

—Vamos a dar un vuelta —le dijo él.

La llevó en el coche junto al río y allí le contó la patética historia de lo sucedido.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó.

—No lo sé —respondió ella.

—¿ Vuestra relación se ha terminado?

—Sí. Nos vio —dijo ella.

Él dijo algo en italiano y, aunque ella no hablaba el idioma entonces, pudo entender que estaba jurando.

—¿Conseguiría algo si hablara con él?

—Lo único que conseguirías es que te partiera la cara.

Marco puso las manos sobre el volante. Llevaba unos guantes de piel de marca. Posiblemente costaban lo que Drew ganaba en una semana.

—y eres virgen —fue más una afIrmación que una pregunta.

—Sí, lo soy.

Marco apretó el volante y asintió. Acababa de tomar una decisión.

—Déjame que te cuente una serie de cosas sobre mí y luego decides si quieres venirte conmigo.

Shelley asintió. Aquélla era su única vía de escape.

—¿Señora?

Shelley miró al camarero que llevaba el primer plato. Dejó la mirada baja, perdida en el plato de sopa. Luego, alzó la cabeza y se atrevió a buscar los ojos de Drew.

—Duele recordar, ¿ verdad? —dijo él. —Sí, mucho

—¿No pensaste, antes de regresar, que esto te iba a ocurrir?

—La verdad es que preferí no pensar. El regreso era inevitable. No puedo pasarme el resto de mi vida huyendo. Tarde o temprano tenía que enfrentarme a la realidad, para poder enterrar el pasado.

—¿ y en qué consiste exactamente eso?

—En aceptar que, posiblemente, lo que ocurrió provocó la prematura muerte de mi madre.

—¡No, Shelley! —dijo él con vehemencia—o Hay muchas cosas de las que te puedes sentir responsable, pero no de eso.

—¡No volví hasta pasado un año y, cuando lo hice, ya era demasiado tarde! oo. Estaba en coma y no pude explicarle nada.

—¡Era imposible prever que algo así iba a suceder! Yo también me marché tres años. Podría haberme encontrado algo similar a la vuelta. Simplemente, tuviste mala suerte.

—Sí.

—¡Vamos!

—¿Qué? —lo miró compungida.

—Tu madre superó lo sucedido, Shelley —le dijo con una sonrisa—o La madres siempre superan esas cosas.

—¿Cómo lo sabes?

—Por que me lo dijo.

—¿De verdad? —preguntó ella, esperanzada.

—De verdad —respondió él.

—Gracias —Shelley acababa de sentir que le quitaban un gran peso de encima—o Siento lo que sucedió y, sobre todo, el modo en que sucedió.

Él soltó una escueta carcajada.

—Yo también.

—Yo debería...

—Sss... Ya —la luz de las velas enfatizaba los reflejos dorados de su pelo—. No podemos cambiar las cosas sólo deseando que hubieran sido diferentes. Hay que enfrentarse a las consecuencias, sin más.

—jDrew!

Él la miró y se quedó pensativo unos segundos. —Anda, cómete la sopa —fue todo lo que le dijo.

Shelley siguió su consejo. Y lo hizo con la vehemencia de alguien que tiene mucha más hambre de la que pensaba. Estaba claro que lo que necesitaba era comer, no más palabras que la distrajeran.

Drew no sabía qué pensar. Durante aquellos años de ausencia, había imaginado las más diversas reacciones si volvía a verla. Pero, realmente, nunca había llegado a saber qué sentiría, qué le diría ni qué haría.

Había imaginado que Shelley ya tendría para entonces al menos un niño con su amante italiano y, en la distancia, la veía envuelta en una idílica relación amorosa. Suele suceder con las relaciones que se ven desde lejos.

Durante aquellos años, había logrado ir reemplazando el sentimiento de pérdida y dolor por el de un aprendizaje ganado, una experiencia más en la vida. Eso le había procurado la sensación de haber superado lo ocurrido. .

Pero la vida no era así de simple. Al verla aquel mismo día por la mañana en la playa, el corazón le había dado un vuelco. ¿Podría ser sólo deseo lo que había sentido?

—¡Estaba riquísima! —dijo Shelley y dejó la cuchara junto a la taza.

La sopa le había devuelto el brillo a su mirada. Parecía, otra vez, aquella niña que lo había encandilado...

—¿No has probado la tuya?

—No —dijo él. Había perdido el apetito—. Se me ha enfriado. Pasaré directamente al segundo plato.

Shelley asintió, tomó un poco de pan y se llenó la boca. Sus mejillas habían recobrado el color.

—Cuéntame algo sobre Milmouth —le rogó. Necesitaba desviar su atención, que dejara de mirarla de aquel modo. Pues, de no hacerlo, acabaría poniéndose en pie y lanzálldose a sus brazos—o ¿Ha cambiado mucho?

Él sonrió.

—¿Qué es esto? ¿Un estratégico cambio de tema? —Se llama conversar —respondió ella.

«En contraposición a hacer el amOf», pensó Drew.

Aunque, posiblemente, si Shelley y él llegaran a la cama, no harían el amor, pues no había entre ellos nada más allá de una atracción física. Sería sexo, puro y duro sexo.

—Bueno, tenemos un gran supermercado que le está quitando todos los clientes a las pequeñas tiendas. Hay mucha gente del mundo del arte que se viene a vivir aquí.

—¿A Milmouth?

—Sí. Hay una tienda de artesanía muy importante junto a la playa. Organiza talleres en los que se puede aprender a pintar, a trabajar la plata. Luego han abierto un restaurante vegetariano muy bueno y varios restaurantes más. Lo malo de todo eso es que el precio de las casas ha subido. Pero a la gente le sigue pareciendo que este es un buen lugar para vivir y a precios razonables.

—¿Y se vienen a Milmouth?

—¿Por qué no? Se puede vivir bien. Y hablando de eso, Geoff tuvo que vender la tienda de coches.

—No me extraña. No estaba en el mejor momento cuando yo me marché. ¿Qué hace ahora?

—Se dedica a la agricultura biológica. —¿Geoffl—Shelley se rió —. ¡Increíble!

—Al parecer, le va muy bien. Está haciendo mucho dinero —la

miró fijamente. Era extraño. Se dio cuenta .de que seguía resultándole igual de fácil que antaño hablar con ella. Algo no encajaba en sus planes.

—Así es que Milmouth se ha convertido en un lugar de moda.

Él asintió.

—y es fácil entender por qué: es una ciudad pequeña, con medios, relativamente barata y en un luga paradisiaco.

—Sí, y por eso mismo estoy yo aquí.

—¡Así es que yo no estaba en la lista de prioridades para volver a Milmouth!

—Más bien diría que fue el único motivo por el que casi no me decido a venir —dijo con un tono jovial que arrancó de los labios de Drew una sonrisa.

Comieron el segundo plato y Shelley se pidió una mousse de chocolate para postre.

—¡Cuando tomas una decisión, vas a por todas! —dijo, refiriéndose al ansia con que se tomaba la mousse.

Lo miró a los ojos, en busca de la segunda intención que parecían ocultar sus palabras. Pero no había segunda intención.

La velada había sido muy relajada y había pasado muy deprisa. Drew había evitado las recriminaciones y se había limitado a hacer de la cena un encuentro agradable.

—¿Quieres café?

Shelley bostezó. La comida no sólo había sido un buen entretenimiento, sino que le había llenado el agujero que tenía en el estómago. Se sentía repleta y somnolienta, como si las piernas no fueran a ser capaces de llevarla a su habitación. Eso era, precisamente, lo que necesitaba, pues no quería pasarse una noche entera dándole vueltas a una situación imposible. .

Drew, por su parte, no pudo evitar el instinto de protección que le provocaba verla tan agotada. Ese mismo sentimiento lo perturbó notablemente. No obstante, ~e dijo a sí mismo que eso sería lo mismo que sentiría hacia cualquier mujer que estuviera a punto de desvanecerse.

—Por lo que se ve, estás lista para ir a la cama.

Lo que realmente quiso decir no se correspondió en nada con lo que aparentó, pues la inocente frase sonó insinuante. Tanto fue así, que una mujer que pasaba en aquel momento junto a su mesa, lo

miró realmente sorprendida por lo directo de la propuesta.

Para Shelley fue exceder el límite.

—Así es que piensas que por el precio de una cena con descuento, me voy a meter directamente en la cama contigo.

Su tono fue más agudo de lo que había esperado y el volumen más alto de lo deseado, lo que provocó un inesperado y repentino silencio en el comedor, además de unas cuantas miradas condenatorias.

El malentendido molestó a Drew.

—Ése no es mi estilo, Shelley. Si no recuerdo mal, más bien es el tuyo. Después de todo, eso fue lo que sucedió años atrás y ni siquiera fue una cena.

Lo miró con desprecio. y, sin importarle la atención de los demás comensales, se puso a buscar en el bolso.

—Jamás debería haber aceptado tu invitación. I ¿Qué crees que te da derecho a insultarme? —sacó la i cartera y llamó al camarer<r—. ¿Nos puede traer la I cuenta?

—¿Qué crees que estás haciendo? —protestó Drew.

—¿Qué te parece a ti? Estoy pagando mi parte dela cuenta —sacó un par de billetes—o Así nadie le debe nada a nadie.

El camarero miraba a Drew completamente perplejo.

—Pero el señor Glover normalmente....

¡Así que solía ir allí con frecuencia! Dejó los billetes sobre la mesa.

—¿A cuántas mujeres traes aquí a la semana, señor Glover? —le preguntó.

Drew soltó una sonora carcajada.

—¿Qué puede importarte eso a ti?

—De hecho, nO' has hablado de ti en toda la noche.

Si de lo que hablamos es de ir de enigmáticos, creo que ése es tu juego y no me gusta.

Él sonrió.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Por ejemplo, dónde vives.

Hubo una breve pausa.

—En el caserón de la costa.

¡Aquello era el colmo! Se suponía que iba a ser la casa de los dos, no sólo suya.

—¿Quieres decir que, a pesar de todo, la compraste? Él la miró sorprendido.

—Siempre quise tener esa casa. ¿O creíste que el dolor me iba a impedir seguir con mi vida?

Shelley se daba cuenta de que estaba poseída por un arrebato ilógico, absurdo y egoísta, pero no lo podía evitar.

—,¿ y has llevado a otras...?

—¿ Otras?

—Mujeres —dijo al fin—o ¿Has llevado a otras mujeres allí?

Drew la miró indignado.

—¿Cómo puedes tener el valor de preguntarme algo así? Has estado viviendo con otro hombre durante tres años. ¿Qué esperabas? ¿Realmente esperabas que pasara el resto de mi vida solo, llorando por ti?

Shelley se levantó bruscamente y él hizo lo mismo.

—Te acompaño a tu habitación.

—No te molestes.

—No es una molestia —sonrió él con un brillo insinuante en los ojos.

—A esto se le podría considerar acoso.

—También podría considerarse cortesía.

A Shelley se le hizo eterno el camino entre el restaurante y la escalera de subida.

En la recepción, no había nadie.

—No te atrevas a dar un paso más.

—¿Por qué? ¿No confías en ti misma?

Inesperadamente, le agarró la mano, la atrajo hacia sí y sus labios se quedaron a sólo unos centímetros. El calor de su aliento y la cercanía de su boca eran toda una tentación.

Shelley luchó contra su propia necesidad de besarlo. .

—Déjame, Drew.

Drew respondió en un tono sensual y sugerente. —Repítemelo, pero esta vez trata de que suene máscreíble —hundió el rostro en la tersura de su cuello.

—Déjame —susurró ella. Sus labios masculinos acariciaban la piel suavemente—. ¡No hagas eso!

—¿Por qué? —continuó desde el cuello hasta los labios—. Es delicioso, ¿verdad?

Le rodeó el cuello con el brazo en un gesto que, desde fuera, parecía un abrazo. Pero sus ojos decían otra cosa.

—O me sueltas ahora mismo o te voy a hacer daño, Drew. He tomado clases de defensa personal en Italia y te aseguro que ciertas partes masculinas son tremendamente sensibles a los golpes.

—Shelley, eres una gata salvaje. Me gustas. —Pues me tendrás sólo en tus sueños.

—No lo creo.

—Puedes fantasear a tu gusto.

—¿Es ésa una invitación?

—No —respondió ella sin más.

—¡Qué pena! —dijo Drew y se apartó de ella—o Ten cuidado con esos tacones. Te puedes torcer un pie.

Ella se dio media vuelta y subió los escalones de dos en dos, mieótras él la miraba con una gran sonrisa dibujada en el rostro.

Capítulo 7

ERAN casi las diez cuando Shelley se despertó en la cama más cómoda del mundo.

Se sentía mucho mejor. Había logrado dormir, a pesar de los acontecimientos de la noche anterior y de haber descubierto que Drew había llevado a otras mujeres a la casa que debían haber compartido.

Sin duda, había sido presuntuoso y absurdo por su parte haberse sentido ofendida porque Drew hubiera tenido otras relaciones durante su ausencia. Pero no por eso dejaba de ser doloroso. A pesar de todo, tenía que aceptarlo y lo aceptaba. En eso consistía ser una persona madura, ¿no?

La ventana tenía una pequeña rendija a través de la que se colaba la brisa. El aire movía las cortinas que flotaban con suavidad.

Se estiró y saltó de la cama llena de energía. Sin querer, pisó la ropa que había dejado tirada en el suelo. ¡Se había metido en la cama sin molestarse en recoger, ni en lavarse los dientes ni en quitarse el maquillaje! ¿Qué habría dicho Marco? Un solo día en Milmouth y ya había perdido todas las buenas costumbres.

Se metió en el baño. Se duchó, se maquilló muy ligeramente y se vistió. Como una nueva mujer, bajó a desayunar.

La misma rubia de la noche anterior estaba en recepción.

—Supongo que ya no sirven desayunos.

—Puedo pedirle algo en el bar. Seguro que el chef le hará algo.

—¿Podría tomar un poco de fruta, yogur y café? Que me lo envíen a la habitación. Necesito hacer unas cuantas llamadas.

—Sí, señorita Turner —la mujer sonrió—o ¿Sabe cuánto tiempo se va a quedar?

Shelley se sintió repentinamente intimidada por la grandiosidad del lugar. Alguien había invertido mucho tiempo y mucho dinero en hacer que el lugar volviera a resplandecer como antaño.

Seguía sin saber el precio de una habitación y, aunque Marco siempre le había pagado generosamente, tampoco estaba en situación de malgastar.

—La verdad es que me gustaría ver una lista de precios antes de decidirme.

La recepcionista sonrió.

—No tendrá que pagar nada.

—¿Qué quiere decir? —Shelley sonrió—. ¿Ha habido nuevas leyes en el tiempo que he estado fuera del país? No me diga que ahora ofrecen alojamiento gratis.

—Sólo en ocasiones especiales —sonrió la mujer, y Shelley habría jurado que le había guiñado el ojo.

Shelly frunció el ceño.

Había algo en la actitud de la otra mujer que le recordaba al modo en que la gente la trataba cuando estaba en hoteles con Marco: algo similar a la envidia. En aquellas circunstancias, era comprensible: era un hombre rico y su pareja. Pero le resultaba raro que le pasara eso allí, sin Marco y después de haber pedido una lista de precios.

—No entiendo lo que quiere decir.

La recepcionista se sintió repentinamente incómoda.

—¡No debería haber dicho nada! Olvídelo, no tiene importancia.

—A mí, sin embargo, me parece que sí la tiene. ¿Por qué no voy a tener que pagar mi habitación, si se puede saber?

La recepcionista se ruborizó.

—De verdad que lo siento, no quería ofenderla.

Pero es que ayer el jefe le dio tanta importancia a su llegada: inspeccionó él mismo la habitación, y no sólo la habitación, sino el hotel entero.

Shelley miraba perpleja a la empleada.

—¿El jefe? ¿Quién es, exactamente, su jefe?

La mujer no tuvo más remedio que decirlo.

—El señor Glover.

Shelley estaba cada vez más sorprendida.

—¿Es el director del hotel?

—¿El director? —la recepcionista sonrió—. Es el propietario. Bueno, es una sociedad, pero el tiene casi todas las acciones.

—¿Es el propietario? —preguntó Shelley admirada—o ¿De este hotel?

—Sí.

—¿Algo más?

—¿A qué se refiere? —preguntó la mujer desconcertada.

—¿ Tiene el campo de golf o el club de vela de Milmouth Waters?

La mujer sonrió.

—No. Pero sí tiene unas cuantas propiedades. Es uno de los hombres más poderosos de la zona.

—¿Sí? ~ijo Shelley con cierta soma.

La recepcionista empezó a sentirse realmente preocupada.

—Se supone que ningún empleado debería decirle nada. Nos dijo que lo tratáramos como si fuera un trabajador eventual del hotel. Pero pensé que esta mañana...

—¿ Que esta mañana qué?

—¡El señor Glover me va a matar!

—Sólo si yo le digo que me lo han contado todo.

Puedo decidir no hacerlo.

La mujer la miró esperanzada.

—¿Lo haría?

—Sólo a cambio de información.

—¿Qué tipo de información?

Shelley miró el nombre que llevaba escrito en la placa.

—¿Qué esperabas que ocurriera esta mañana, Mora?

La recepcionista se ruborizó.

—Pensé... bueno, pensé que se lo habría contado todo él mismo durante la noche.

¡Durante la noche! La palabras resonaron en sus oídos pesadas y dolorosas.

Shelley miró a la chica con horror.

—¿Acaso supone que el señor Glover y yo hemos pasado la noche juntos?

La recepcionista claramente deseó que se la tragara la tierra en aquel instante preciso.

—No ha sido mi intención ofenderla en modo alguno. Sólo que, colI\o no ha bajado a la hora del desayuno y tampoco lo hemos visto a él en toda la mañana... Además, alguien me dijo que los vio juntos anoche y que parecían... Así es que dos y dos...

—Son treinta y cinco —replicó Shelley.

—¡Lo siento! De verdad —dijo Mora—. ¿Por qué no me quedaría calladita?

—La verdad es que me alegro de que no lo haya hecho —Shelley suspiró profundamente antes de formular la siguiente pregunta—o ¿Suele traer a muchas mujeres al hotel?

—¡No! Tiene fama de ser muy selectivo. Sí es cierto que las mujeres se lanzan a sus brazos continuamente. Pero él no acepta a cualquiera.

—He decidido saltarme el desayuno. Me voy a hacer la maleta y quiero que me vaya preparando la cuenta.

—¡Pero no puedo hacer eso!

—¿Por qué no?

—Hay una G escrita aquí.

—¿ y qué se supone que significa la G?

—Gratis —respondió Mora.

Shelley tuvo que contener el repentino ataque de rabia que sintió.

—Hágame la cuenta igualmente, Mora —le ordenó con una tranquilidad fmgida.

Volvió en unos minutos con el equipaje y le extendió un cheque por la cantidad adecuada. Consiguió contener el primer impulso de adjuntar una nota con una serie de insultos destinados al dueño del hotel.

Agarró sus cosas, sin preocuparse de la factura. Cuando estaba a punto de llegar a puerta, la recepcionista la llamó.

—¿No quiere su copia, señorita Turner? —preguntó la mujer.

En esa ocasión, la tentación fue más fuerte que ella.

—Désela al señor Glover. Dígale que le podría sugerir un uso apropiado, pero estoy segura de que él lo descubrirá.

Condujo hasta su casa a toda velocidad y, nada más aparcar, Jennie salió a la puerta. Lo primero que pensó Shelley fue que no debía usar aquellos pantalones de cuadros amarillos; no le hacían ningún favor a su trasero. La próxima vez que Jennie decidiera ir de compras, se prestaría a ayudarla.

—¿Qué tal el hotel?

...:.Muy bien —respondió Shelley.

—Pareces cansada —dijo Jennie—. ¿No has dormido bien?

—Al revés, he dormido como un tronco. —Deduzco, entonces, que no has pasado la noche con mi hermano.

—¿Qué pasa con tu hermano? —preguntó Shelley algo

indignada—o ¿Es que cualquier mujer que se cruza en su camino acaba con él en la cama?

—No es eso. Vosotros estuvisteis comprometidos, Shelley, ¿lo recuerdas? Y ayer, cuando entre en la casa y estabais juntos, se producían chispas entre vosotros. El magnetismo es más que patente. Pero, si mi hermano no tiene nada que ver con tu gesto de malhumor, ¿qué es lo que pasa, entonces?

Shelley consideró las opciones que tenía. Su intención era hablar seriamente con Drew sobre lo sucedido en el hotel. Si le preguntaba a Jennie la conexión que tenía su hermano con el hotel, podía estropearlo todo.

—He decidido que no me puedo quedar en el Westward como si estuviera de vacaciones —le dijo Shelley—. Tengo que empezar a poner mi casa en marcha.

Jennie sonrió.

—¡Me alegro! Llevo demasiado tiempo sin una vecina.

—¿Podría usar tu teléfono? Necesito llamar a la compañía eléctrica y a la del agua para que me den suministro cuanto antes.

Jennie señaló la puerta de la casa.

—Todo para ti. Mientras tanto, voy a preparar el almuerzo. ¿Te quedas a comer conmigo?

—¡Sí, estoy hambrienta! —Shelley siguió a Jennie hasta el interior de la casa en puntillas, suponiendo que la pequeña Ellie estaría dormida—o ¿Está en la cama?

—No. Se la ha llevado Drew a la playa. Shelley sintió un vuelco en el estómago. —¿Drew?

Jennie sonrió.

—No te sorprendas tanto. Es maravilloso con ella y

Ellie piensa que es la persona más fantástica del mundo —miró al reloj—. Voy a la cocina. El teléfono está allí.

—Gracias.

Shelley tuvo que luchar desesperadamente contra el demoledor efecto de que Drew fuera magnífico con los bebés.

Se centró en solucionar sus problemas domésticos y pasó veinte minutos tratando de resolver sus asuntos. Finalmente, se dejó caer en el sofá con aire desesperado.

—¿Algún problema? —le preguntó Jennie, que acaba de entrar con una bandeja llena de sandwiches y una botella de vino.

—Burocracia —protestó Shelley—. Dicen que no me pueden dar agua ni luz hasta finales de semana. Cuestión de prioridades.

—¡Qué problema! Bebe un poco de vino, te sentirás mejor.

Shelley dio un sorbo y sintió el reconfortante efecto del brevaje.

—Sí, la verdad es que sienta muy bien —Shelley se incorporó y miró la copa pensativa—o ¿Qué me está ocurriendo, Jennie? Anoche me metí en la cama sin lavarme la cara y ahora tomo vino a la hora de la comida.

Jennie se rió.

—Creo que estás perdiendo las buenas costumbres.

Pero es comprensible, la situación no es para menos. ¿Sabes lo que haría yo si estuviera en tu caso?

—¿Te irías de la ciudad? ¿O te meterías debajo de las sábanas y fingirías que no ha sucedido nada? —Llamaría a Drew y le pediría ayuda.

—¿A Drew?

Empezaba a sentirse incómoda con el repentino poder que parecía tener Drew. Pero Shelley se cuidó mucho de hacer ningún comentario. A pesar de que los dos hermanos peleaban continuamente como el perro y el gato, existía algo llamado amor filial, que estaba por encima del bien y del mal. Tampoco podía decide que era la última persona de la que quería recibir un favor, al menos hasta saber por qué la había llevado a su hotel haciéndose pasar por un don nadie.

—Hace milagros con estas cosas. Consigue que los empleados coman de su mano.

¡Ya había tenido bastante!

—Por favor, deja de hablar de él como si fuera un santo bajado de los cielos. ¿Se te ha olvidado ya su parte dominante y autoritaria? —dijo Shelley, furiosa—. Si no recuerdo mal, es él el que se opone a que estés con Jamie.

Jennie bajó los ojos.

—Afirma que sólo quiere lo mejor para mí. —¡Qué va a decir!

—Él...

Shelley miró a Jennie. Tenía un gesto ansioso, constreñido.

—Vamos, Jennie, cuéntamelo todo. Sé que lo necesitas.

—Sí, lo necesito —reconoció ella—o Cuando Jamie y yo...

Se quedó callada repentinamente.

—Vamos, ¿qué? —preguntó Shelley con mucho tacto—. ¿Es que no puedes decir la palabra «separación» sin que suene demasiado dura?

Jennie la miró sorprendida.

—Sí, es exactamente eso. ¿Cómo lo has adivinado? Shelley hizo un gesto de resignación.

—No he adivinado nada. He estado en esa misma situación y sé lo que es. Puede que a ojos de los demás yo no fuera más que una desalmada, pero te aseguro que me sentí muy triste cuando .mi relación acabó.

La verdad era que más que triste se había sentido desgarrada interiormente. Como si le hubieran arrancado algo esencial.

—Lo querías mucho, ¿verdad?

—Sí, con todo mi corazón —dijo ella y sintió que el recuerdo de aquella lejana sensación comenzaba a ahogarla de nuevo—. Mucho...

—Tu expresión se ha vuelto suave y soñadora.

¿Hay alguna posibilidad de que volváis juntos?

Shelley negó con la cabeza.

—No. Lo único que el quiere de mí ahora mismo es sexo.

—¿ Ya ti no te interesa?

—Soy humana, Shelley. Por supuesto que me interesa. Pero pienso que no nos va a llevar a ningún sitio —se encogió de hombros en un gesto de desprecio hacia el tema. No quería hablar de aquello, y menos con la hermana de Drew—. Háblame sobre Jamie y tú.

Jennie volvió a llenar los vasos.

—El embarazo no estaba planificado —levantó la mirada y buscó los ojos de su contertulia—o Bueno, no fue exactamente así.

—Digamos que no tuvisteis todo el cuidado que se debe para evitarlo.

—Lo quería y no me preocupé de usar anticonceptivos. Y, por supuesto, acabó ocurriendo

—suspiró con cierto desazón—o Jamie no me encontraba nada atractiva durante el embarazo y, cuando la pequeña nació, no podía soportar que llorara todo el día. Jamie más o menos tiene la misma edad que yo. Quizás era demasiado joven. Estábamos viviendo juntos en la habitación que él tenía alquilada y yo lloraba todo el

día...

—¡No me sorprende! ¡Había una explosiva mezcla de estrés y hormonas en tu organismo!

Jennie bajó la mirada.

—Por eso me marché. No quería hacerlo, pero me di cuenta de que aquella situación no podía continuar así.

—¿Qué tiempo tenía Ellie?

—Cinco semanas.

—¿Y te dejó marchar sin más? ¿Qué tipo de hombre es capaz de hacer algo así?

—Eso mismo es lo que dice Drew —respondió Jennie. —¡Ahora lo entiendo! Realmente, Jamie demostró ser un cretino.

Jennie negó con la cabeza.

—Pero las cosas no son como parecen. Jamie no es así. Estamos mucho mejor desde que yo me marché.

—¡Claro! ¡Tiene todas las ventajas de tener una hija y una novia y ninguno de los inconvenientes! —dijo Shelley, pero Jennie no parecía muy de acuerdo con el argumento—. Sigue. ¿Qué ocurrió después?

—Drew me convenció para que me viniera aquí. La casa estaba vacía y es suya. Se la compró a mis padres para que pudieran marcharse a vivir a la isla de Wight. Me sorprendió que se quedara con ella, no es precisamente un palacio —miró de un lado a otro—. Seguramente, no la ha vendido por motivos sentimentales. Pero...

Shelley revolvió el vino en la copa.

—¿Pero?

—No deja que Jamie se venga a vivir aquí conmigo. Dice que ya ha llegado la hora de que Jamie deje de ser un parásito.

—¿ Y Jamie quiere trasladarse aquí?

—La verdad es que Drew se lo ha puesto tan difícil que ahora dice que no quiere. Lo único que quiere es su barco.

—A ver, déjame que entienda la situación —dijo Shelley—. Jamie tiene un bebé al que no mantiene y un barco que sí.

—¡No, no es así! ¡Claro que mantiene a Ellie! Y trabaja muy duro para hacerlo.

—Como todo el mundo —afIrmó Shelley.

—Pero Jamie es muy bueno con los barcos. Tiene un talento natural. Y hay un barco maravilloso que se vende aquí, en

Milmouth. Está en malas condiciones y a Jamie le encantaría repararlo —Jennie la miraba entusiasmada—o ¡Si pudiera comprarlo y arreglarlo, con el beneficio que sacáramos de la venta podríamos comprarle esta casa a Drew o cualquier otra!

—Pero Jamie no tiene dinero y Drew no quiere ayudarle —«Yeso que se ha convertido en un hombre riCO)), pensó Shelley. «Lo único que le importa es tener control sobre todo el mundo)).

—Sí, básicamente es eso.

—Así es que vuestra relación está determinada por esta situación tan inusual.

—Sí.

—Déjame pensar sobre .todo esto. Aunque la verdad es que no soy la más adecuada para dar consejos.

—¿Cómo que no? Tú has estado en otras partes del mundo y has vivido en Italia. Yo jamás he salido de Milmouth, con la única excepción de dos semanas de vacaciones en España, cuando tenía quince años.

Shelley se rió y se tomó todo el vino que quedaba en la copa. En ese instante, sonó el timbre de la puerta.

—Ese debe de ser Drew con Ellie —Jennie suspiró—. ¡Adiós paz y tranquilidad! Porque, te aseguro que adoro a mi hija con devoción, pero también agradezco, de vez en cuando, poder comer sin tener que levantarme cada dos segundos.

—Si quieres, me puedo quedar de vez en cuando con ella, para que Jamie y tú salgáis —le ofreció Shelley.—¿Lo dices en serio? —preguntó Jennie, esperanzada.

Shelley se rió.

—Claro que lo digo en serio. Ahora, será mejor que me vaya si viene Drew.

—No te marches, Shelley. Se alegrará de verte. Shelley sonrió, y no discutió. Pero, en cuanto Jennie salió de la habitación, su sonrisa se desvaneció y trató de oír lo que hablaban, sin conseguido.

Por su cara, dedujo que le había dicho que estaba allí. Llevaba a la pequeña Ellie en brazos y Shelley no pudo evitar el repentino pinchazo que sintió en el estómago. Cualquier mujer con la que hubiera comentado la sensación que sentía, habría coincidido con ella en el diagnóstico: instinto de procreación.

Lo miró involuntaria pero inevitablemente. Le sentaba muy bien

tener un bebé en brazos.

Drew fijó sus ojos en ella. Estaba sentada en el borde del sofá, demasiado recta para ser una postura natural. Le brillaban los ojos zafiro y tenía las mejillas sonrosadas.

—¿Has estado bebiendo?

La pregunta fue como un jarro de agua fría.

—¡Vaya, ya ha llegado el detective Glover! ¿Qué piensa usted, que he estado bebiendo o que no? Pues en este instante no estoy bebiendo, de modo que le quedará siempre la duda de si lo he hecho antes. Pero eso se remedia fácilmente —agarró la botella, se sirvió y se bebió el contenido de un trago—. Antes de que puedas decir nada más, te informo de que no estoy borracha.

—¿Pero sí alegre? —le preguntó él mientras le desabrochaba el abrigo a la pequeña Ellie—. ¿Pensabas emborracharte antes del mediodía?

—¡Ni siquiera estoy alegre! Más bien, todo lo contrario —se defendió ella.

—Pa, pa —dijo Ellie y le agarró un trozo de pelo.

—¡Ay! —protesto Drew y le quitó el pelo de entre los dedos—o Yo no soy tu papá.

Jennie entró en la habitación en ese momento.

—Es un sonido que no significa nada, Drew —extendió los brazos y su hija se fue con ella. Arrimó la nariz a su trasero—. Será mejor que la cambie. En seguida vuelvo. Comed algún sandwich. Drew, sírvete una copa de vino.

—No, gracias —respondió él con cierto desdén, no hacia ella, sino hacia su acompañante—o Tengo cosas que hacer.

—¿Como inventarte otra nueva personalidad, supongo? —preguntó Shelley con malicia—o No sé si podÍ'ás superar lo de hacerte pasar por carpintero, cuando eres uno de los ricos de la zona.

—Todavía no me he unido a ese gremio —respondió él secamente—o De cualquier forma, lo que tenía en mente era conseguir que te dieran la electricidad y el agua. Jennie me ha dicho que se niegan a dártelas antes de finales de semana.

—Eso es lo que me han dicho —apuntó Shelley y lo miró con cierta sospecha—o Pero no sé cómo vas a conseguir tú que sea de

otro modo. Me han dicho que no es negociable.

—Bueno, puedo intentarlo —dijo él—o Vamos a tu casa. Les llamaré y les daré las cifras que hay en los contadores.

—Pero yo no tengo teléfono todavía —respondió ella en un tono irritado.

—Debe de ser tu día de suerte, Shelley, porque yo tengo uno aquí —dijo él.

Con un sonrisa de sorna, metió la mano por debajo del jersey, y rebuscó en los pantalones. Durante unos segundos, Shelley sintió que el corazón se le aceleraba, desconcertada con la intención del gesto, hasta que se dio cuenta de que se buscaba algo en el bolsillo. Por fm, sacó un teléfono móvil. Lo levantó como si se tratara de un trofeo.

—¿ Ves? —le quitó la copa de la mano—. Deja eso.

Ya no necesitas más.

La actitud paternalista la enfureció, aunque tuviera razón, pues empezaba a sentirse mal. Tenía que admitir que había bebido más de la cuenta.

Decidida a no dejar que su malestar la traicionara, se levantó y se mantuvo firme como un soldado.

—jShelley y yo nos vamos a su casa! —le gritó a su hermana, que estaba arriba.

Fuera, el cielo estaba azul y despejado. Las casas se alzaban mirando hacia la luz y los rayos de sol se reflejaban en las ventanas. En el pasado, Drew y ella solían correr de una casa a la otra. Sus vidas, entonces, estaban indisolublemente unidas. Ya no.

—La llave —le pidió él, como un cirujano en la mesa de operaciones.

Abrió la puerta y Shelley tuvo que pasar demasiado cerca de él. Su proximidad le cortó la respiración.

La casa estaba en silencio y Shelley se dio cuenta de que estaban a solas. No podía mirarlo a la cara, temerosa de lo que pudiera encontrarse.

Por fin, alzó los ojos y se dio cuenta de que no la estaba mirando. Había ido a la cocina y estaba mirando las cifras del contador mientras marcaba un número de teléfono.

Shelley lo escuchó fascinada mientras Drew conseguía que le fueran pasando de un cargo a otro, cada vez más alto en la

jerarquía, primero en la compañía del agua y luego en la de la luz.

—Solucionado. Estarán aquí a mediodía.

Shelley se sintió mal. No quería tener que agradecerle nada y, lejos de darle las gracias, lo que realmente quería era mostrarle su desprecio.

—Te crees muy listo, ¿ verdad?

Él se encogió de hombros.

—No hay que ser listo para vencer al sistema. Sólo hay que ser persistente y tener cierto don de gentes.

—y tú lo tienes todo, ¿no es así? —dijo ella con doble sentido—. ¿Cómo describirías, dentro de esos términos, el tener la cara dura de pedirles a tus empleados que mintieran? Y también debiste convencer a Jennie.

—No quería hacerlo —le confesó—. Pero no tuvo más remedio.

Lo miró con sospecha.

—¿Qué fue lo que te empujó a ello, Drew?

Él se recostó contra el piano.

—Quería ver si habías cambiado.

—¿Haciéndome creer que tú no? No lo entiendo. —La verdad es que me divertí mucho, viendo que me tratabas como a aquel muchacho trabajador con poco futuro. La verdad es que me gustó. Las mujeres se vuelven demasiado obvias, cuando saben que uno tiene dinero.

Lo que entendía Drew por «obvias» era más que claro, a pesar de lo inusual del término. y lo que implicaba la expresión fue como un cuchillo, clavado en su estómago con odio.

—¿A qué te refieres con «obvias»? ¿Se van quitando la ropa interior a tu paso?

La mirada de Drew se oscureció y se llenó de de seo.

—No todas. Pero no pierdo la esperanza, Shelley

—le susurró.

El sonido sibilante y suave de sus palabras la perturbó y la encendió como una tea impregnada de petróleo.

Cruzó los brazos en un gesto defensivo, pero se sobresaltó al notar sus senos endurecidos.

Pensó en su trabajo en Milán, en cómo solía tratar a gente como Drew. Buscó la pregunta que le haría, en circunstancias parecidas, a un hombre con el que no tuviera vinculación emocional alguna.

—¿ Cómo te hiciste con el hotel, Drew? ¿Ganaste un premio a la lotería?

—Ahí está otra vez, ese aire de superioridad que te pierde.

—No, la pregunta es en serio. Me interesa realmente.

—i Vaya! Mi pequeña Shelley se digna a tener un cierto interés en mi vida. Por cierto, ¿quién te lo contó?

—¿El qué?

—Dejemos de jugar al ratón y al gato —le rogó él—.

¿Quién te dijo que yo era el propietario del hotel?

Shelley recordó la promesa que había hecho de no decir nada.

—¿De verdad pensaste que podías mantener en secreto una cosa así?

—Un pregunta como respuesta a otra pregunta, nunca es una respuesta de verdad. Veo que eres leal a tus informadores. ¡Tiene gracia! Nunca pensé que la lealtad fuera uno de tus fuertes.

—Yo te hice primero una pregunta, que estabas a punto de contestar —dijo ella—o Si ya has terminado de insultarme, podrías responderme.

Medio sentado en el piano, Drew estiró las piernas y dejó claro a ojos de cualquier mujer que tenía un cuerpo difícil de obviar.

Tenía, además, una medio sonrisa, tremendamente seductora.

—Lo que quieres saber es cómo he conseguido hacer dinero. Trabajando.

—¿Así de fácil?

—No, no ha sido fácil, pero sí simple —sonrió—o

Puede que te sorprenda que todo el trabajo y las clases nocturnas que me impedían verte hayan dado su fruto, pero así ha sido. En un momento dado, me di cuenta de que la gente paga mucho más por el diseño que por la casa en sí. Así es que llegué a la conclusión de que, si hacía ambas cosas, sería muy competitivo.

Shelley abrió los ojos con admiración.

—¿ Te dedicas a diseñar casas?

—Bueno, eso es sólo una parte. Hago otras cosas también.

—¿Qué cosas?

Drew parecía contento consigo mismo.

—Reinvento casas. Todo empezó cuando se me ocurrió comprar una casa medio en ruinas. La adquirí por muy poco dinero, pero tenía una considerable porción de terreno. Pedí los permisos

necesarios y construí otra allí mismo, dividiendo el jardín en dos.

Lo que hace que sea rentable es que no parezca un jardín partido en dos, sino dos casas individuales.

—Así que las vendiste por separado...

—Eso es.

—y obtuviste un gran beneficio.

—No grande, sino enorme. No sé por qué te sorprendes tanto.

—¡No puedo evitarlo! Supongo que invertiste ese beneficio.

Drew negó con la cabeza.

—No tal y como suele invertir su dinero la mayoría de la gente. Lo normal es que, cuando alguien hace dinero, compre una propiedad, una casa. Pero no todo el mundo sabe sacarle partido. Yo sí. Compré varias propiedades y las reformé, al mismo tiempo que construía y diseñaba anexos para otras casas y me iba ganando una muy buena reputación. Si la gente sabe que no sólo le vas a hacer algo bien construido, sino que se lo vas a integrar a la perfección en el resto del conjunto de la casa, te van a llamar. Incluso aprendí diseño de jardines, lo que me ha ayudado notablemente.

—y todo eso, cada vez te reportaba más dinero.

—Exactamente —asintió él—o Cuando lohn Cutliffe se cansó del Westward, tenía muchos reparos a la hora de vender el hotel. No estaba dispuesto a que nadie arruinara el edificio. Quería alguien que lo mimara y preservara su encanto.

—Entiendo que te eligiera a ti —dijo ella.

Drew la miró algo desconcertado.

—j Vaya! Gracias. No esperaba algo así de ti.

—Te habrás gastado millones en arreglar el hotel.

¿Te ha dejado eso en la ruina?

—¿ Qué te pasa, Shelley? ¿Temes que esté arruinado? —antes de dejar que ella contraatacara, continuó con su historia—o El hotel no se estaba explotando debidamente. No se puede esperar a que la gente venga hasta Milmouth sin más. Este lugar está demasiado apartado. Tampoco quería tener que cerrar durante el invierno. Así es que nos hemos especializado en celebraciones. Las bodas son lo más importante. Pero también se hacen cumpleaños y fiestas de empresa, si lo pagan bien. Son las que menos me gustan, porque odio a los ejecutivos borrachos tratando de propasarse con la

recepcionista.

—jEso hacen! —exclamó Shelley, sorprendida.

—Hemos comprado un Rolls Royce y tenemos el chófer del hotel. A las novias les gusta viajar así. Además, contraté a un chef recién salido de la escuela que ha resultado ser una maravilla. Nos hicieron un artículo estupendo en un periódico nacional el mes pasado. Se ha conseguido que los empleados trabajen todo el año.

—¡Eres un auténtico caballero, Drew Glover! ¿ También robas a los ricos para dárselo a los po

bres?

Él sonrió.

—Eso lo hacía Robin Hood y no era un caballero.

Creo que estás mezclando las cosas.

—¡Increíble! Te has convertido en un tipo muy culto, Drew. Sabes de todo.

Drew respondió con firmeza.

—Noto cierta amargura en tu tono. ¿Te arrepientes de algo, Shelley?

—¿Arrepentirme? —rogó para que su desconcierto no fuera patente—o No.

—¿No? —se apartó del piano y se acercó a ella. Shelley retrocedió lentamente—o Eso no es lo que tu cuerpo me dice.

—No sé nada sobre el lenguaje del cuerpo —le aseguró ella.

—Yo sí.

—Eso he oído. Y también que te especializas en cuerpos femeninos.

Se quedó inmóvil.

—No me hables en clave. Dime lo que me tengas que decir.

—Según parece las mujeres se lanzan a tu cuello como desesperadas. Pero te has vuelto muy selectivo.

—¿Y?

Y que dolía saberlo. Pero no lo podía decir. Sintió que se acababa de dejar acorralar en una esquina.

—No sé.

De pronto, se dio cuenta de que él estaba enfadado. No, enfadado no, furioso. Y explotó, aunque fue una explosión contenida.

—¿De verdad que te creíste con derecho a romper nuestro

compromiso?

—¡Me obligaste a hacerlo!

—¿ Te obligué a escaparte con tu amante y a vivir con él durante tres años? Y encima te atreves a regresar después de todo aquello y a comportarte como una esposa engañada, como si tuvieras algún derecho sobre mí.

Algo dentro de ella la incitaba a seguir indagando, a continuar con aquella tortura.

—¿Así que es verdad?

—¿Qué se supone que es verdad? ¿Me preguntas que si me he acostado con cientos de mujeres? ¿ Quieres sus nombres y su descripción?

Shelley se tapó los oídos.

—¡No!

—No, claro que no, porque tú lo que quieres es otra cosa, ¿ verdad, Shelley? —la tomó en sus brazos y ella no se resistió. Muy al contrario, llevaba tiempo deseando que lo hiciera.

Le besó el cuello levemente, apenas sin tocarla y el efecto fue inmediato. Si hubiera querido, la habría podido poseer allí mismo, encima de la vieja moqueta. La habría hecho suya y habría arrancado de sus labios el grito de placer que desde siempre había ansiado escuchar.

Acercó el rostro a su oído y le susurro unas palabras.

—Como ya te he dicho, tu cuerpo dice a gritos lo que quiere.

La apretó aún más contra su piel arrebolada por los besos y ella no se resistió. Muy al contrario, se dejaba llevar por el placer de su seducción sin protes—' taso

Cuando, por fin, sus labios se fundieron en un beso, el placer fue tan intenso que le hizo olvidar quiénes eran, y se fundió con el deseo en un cóctel devastador. Drew siempre había provocado aquel efecto en ella.

Sus manos potentes y masculinas se deslizaron desde los hombros hasta atrapar sus senos turgentes Podría haberlo detenido. Podría haber puesto fin a su viaje, antes de que comenzara a jugar lujuriosamente con ellos. Era un experto, estaba claro, y le dolía que así fuera, pero esa misma habilidad aprendida con otras, le proporcionaba un placer intenso.

Shelley estaba excitada, hambrienta de él y presionó su cuerpo

contra el suyo con ansia. De pronto, él se apartó.
—¡Dios santo, así que es verdad! —dijo, como si hablara solo—. ¡Las mujeres sois tan predecibles! Y tú, más que ninguna.
Lo miró confusa.
—Anoche no te querías dignar ni a aproximarte a mí —la acusó él—o Me mirabas como si fuera culpable de algún crimen cuando traté de besarte. ¡Por supuesto! No me veías más que a un pobre diablo sin ambición y sin medios.
La acusación fue completamente injusta. Desde muy joven lo había deseado, sin importarle lo que tuviera o dejara de tener.
—¡Tú sabes que eso no es verdad!
—¡Lo único que sé es que ahora que has descubierto que tengo dinero, te lanzas a mis brazos como una fruta madura cae del árbol! ¿Estás lista para ser comida? ¿Quieres que lo averigüe?
No estaba dispuesta a dejar que la insultara impunemente.
—¿De verdad piensas que vales tanto? Pues siento decirte que te tienes en muy alta estima, porque para mí no vales nada.
—Pues estabas impaciente por disfrutar de esa nada, princesa.
Ella soltó una carcajada nerviosa.
—Suenas realmente patético, Drew Glover.
—Tal vez, pero sincero —dijo él, con voz seductora. Shelley se sintió vacía y terriblemente decepcionada. A pesar de todo, aún no había aceptado una realidad que acababa de hacerse patente: el amor que un día había sentido por ella había muerto. No quedaba nada más allá de un deseo desaforado. Pero, ¿qué era el deseo sin respeto? Y Shelley sabía que dejarse llevar sólo por la necesidad acabaría destruyendo su autoestima.
—El dinero te ha afectado terriblemente, Drew. Siempre fuiste impositivo y dominante, ahora te has vuelto un dictador. Podría odiarte, si no fuera porque no voy a perder el tiempo en ello.
—Y, muy a pesar tuyo, seguirías deseándome con la misma fuerza, ¿verdad, Shelley?... Tal Y como me sucede a mí —su tono era suave y susurrante, seductor. La tensión entre ellos comenzaba a disiparse de nuevo.
—Será mejor que te vayas, antes de que suceda algo que los dos lamentemos —dijo ella.
—Creo que yo ya tengo de qué lamentarme. He cometido el error de pensar que estaba curado de ti, pero aún estaba

convaleciente, y te tenía todavía dentro, como un virus pertinaz.

Salió de la casa dando un portazo, antes de que Shelley pudiera darle la respuesta que se merecía.

Capítulo 8

SHELLEY se sintió mucho mejor en cuanto aparecieron los técnicos de la luz y el agua. Tener una casa en la que invertir tiempo y esfuerzo le procuraba una agradable sensación de tener cierto control sobre su vida.

—Me alegro mucho de que hayan podido venir tan pronto —le dijo al encargado de la compañía hidroeléctrica.

El hombre se encogió de hombros.

—Drew Glover y mi jefe a veces se toman copas juntos. Ése es el motivo.

Shelley se sintió innecesariamente culpable. —¡Es por eso! ¡Qué horror!

—No para usted —sonrió el hombre y miró la casa de arriba abajo—. ¿Va a vivir aquí?

El tono de su voz indicaba claramente que había algo que no le encajaba. Su traje de diseño contrastaba con el aspecto provinciano y viejo de lo que pretendía llamar su hogar.

—De momento, sí —respondió ella—o Pero antes de nada, voy a redecorarla. Luego, decidiré lo que voy a hacer.

—Ya —respondió el hombre—o La verdad es que esto necesita un buen repaso.

En cuanto se quedó sola, se dedicó a limpiar toda la casa hasta bien entrada la noche. Se preparó una sopa de lata, una tostada con queso y se metió en la cama.

Por suerte, su cabeza fue benevolente con ella y mantuvo a Drew apartada de sus sueños.

A la mañana siguiente, y tras un largo baño, bajó al centro a comprar comida y un periódico. Hacía frío y la neblina cubría el mar como una gasa de seda. El agua tenía un color azul intenso y la atraía como un imán. Decidió darse un paseo antes de comprar.

Fue mirando, uno a uno, los escaparates de la calle principal y se dio cuenta de que no había ni una sola tienda de ropa, ni siquiera para niños. Era un poco contradictorio en una ciudad como Milmouth, que estaba viviendo un gran desarrollo.

Shelley se había vestido de un modo más apropiado. Había optado por dejar su traje de lino enterrado al final del armario

donde, seguramente, permanecería bastante tiempo.

Por suerte, había encontrado en la maleta unos vaqueros negros y un jersey de cachemira, también negro. Sin embargo, ambos eran de diseño y estaban pensados más para llamar la atención que para resultar cómodos.

Muy pronto tendría que hacerse con otro guardarropa. Tal vez, no estaría de más que Jennie y ella se fueran juntas de compras.

El cielo grisáceo anunciaba lluvia. Pero, a Séller decidió arriesgarse y dar un paseo a pesar de todo.

Las gaviotas sobrevolaban el mar en busca de alimento y, en la distancia, se veía un barco.

Caminó y caminó. Era libre de ir a donde quisiera, nada se lo impedía, de modo que tomó un pequeño camino entre las dunas y se dirigió hacia el caserón de la playa.

Pronto, apareció ante ella. En la distancia, le pareció más grande de lo que recordaba. En seguida, se dio cuenta de que el efecto no era sólo visual, sino que se debía a que había duplicado su tamaño, gracias una serie de anejos tan bien construidos y pensados que parecían enteramente parte de la casa original.

Había sido reformada con tacto y estilo. El jardín era precioso, cuidadosamente diseñado y bien cuidado.

Pero Drew no estaba.

Se dijo a sí misma que así era mejor y decidió volver al pueblo para hacer sus compras.

Llegó a la tienda de alimentación. Al abrir la puerta se sintió gratamente reconfortada. El lugar tenía un aire antiguo, había sido diseñado para transportar al cliente a un pasado cálido. Pero no faltaba de nada, ni siquiera ese aceite de oliva virgen muy parecido al que consumía ella en Italia.

En el suelo, había unos grandes sacos de café que expandían un agradable aroma y, en un mostrador, pan tierno y humeante, en nada parecido al que se solía consumir en Milmouth en su niñez.

El tendero se llamaba Charlie Palmer, tenía unos treinta y cinco años y era el propietario de la tienda. Llevaba anillo de casado y tenía una sonrisa satisfecha.

La ayudó a meter en cajas todo lo que había elegido.

—¡He comprado mucho más de lo que esperaba y todavía no he ido a la frutería!

—Espero que vaya aquí al lado —dijo él hombre con una sonrisa —o Tiene la mejor fruta y verdura de todo Milmouth. .

—Lo haré.

—Pues si lo trae aquí después, yo mismo le llevaré el pedido cuando cierre la tienda.

Ella sonrió también.

—¿Haría eso?

—No lo hago desinteresadamente. Así me aseguro de que la próxima vez que tenga que comprar algo vuelva por aquí, y no se vaya a uno de esos macro mercados que parecen hangares. ¿Dónde vive?

Shelley le dio la dirección.

—¿AlIado de Jennie Glover?

Shelley asintió.

—¿La conoce?

—Mi mujer sí. Tenemos una niña de la misma edad de Ellie. A quien sí conocemos es a su hermano. —Ya dijo Shelley, sin darle más importancia. —Proveemos de café y chocolate al hotel—sonrió —.

Y Drew me gana al tenis de vez en cuando.

—¿De verdad? No sabía que jugara al tenis. Charlie la miró con curiosidad.

—Empezó a jugar hace sólo un par de años, pero es muy bueno —envolvió un trozo de queso y la miró—. ¿Es amigo suyo?

La pregunta hizo a Shelley recordar su último y desafortunado encuentro.

—No, la verdad es que no —respondió y Charlie la miró como si hubiera notado algo extraño en su voz—o Amigo, lo que se dice amigo, no es. Pero lo conozco de toda la vida.

—¿ Creció usted por aquí?

—Sí. Acabo de ... —dudó un momento. No tenía por qué contarle a ese hombre toda su vida, por muy agradable que pareciera—o Acabo de regresar a casa.

La conversación acabó ahí.

Durante el resto de la semana, Shelley estuvo dedicada en cuerpo y alma a su casa. —Limpió y reparó todo lo que pudo. Por suerte, el jardín estaba en muy buenas condiciones, lo que le permitió ocuparse de otras cosas.

Jennie la persuadió una tarde para que fueran a ver el barco que Jamie quería comprar y así lo hizo.

Shelley, que había crecido en el mar, supo reconocer a primera vista una belleza como el Misty Mom. Era un barco fuerte y elegante, a pesar de estar en muy mal estado.

Mientras Jennie y Jamie pasaban un rato juntos, Shelley se acercó a Gerald O'Rourke, que seguía tan viejo como lo recordaba desde su niñez, con el cigarrillo colgando de los labios; Había trabajado arreglando barcos desde que ella recordaba.

—A Jamie parecen gustarle mucho los barcos —comentó Shelley.

Gerald la miró interrogante.

—¿Eres una inversora?

Ella se sorprendió de la pregunta.

—No, ¿por qué?

—Porque necesita alguien que confíe en él y le dé el dinero. Quiere comprar ese viejo barco, y alguien se lo va a llevar si no se da prisa.

—Pero, ¿Jamie podría hacer algo con él?

—Es muy buen trabajador, el mejor que he conocido. Y es incansable —le aseguró Gerald.

Eso certificaba que Drew era un cabezota.

Pero los problemas de la familia Glover no eran asunto suyo.

Aprovechó el viaje para acercarse al centro y comprar varios botes de pintura. Si le daba otro aspecto a la casa, lograría incluso un mejor precio si decidía venderla.

Se compró, además, unos vaqueros baratos, unos cuantos jerseys de algodón de varios colores y camisetas. Ya había llegado el momento de dejar de usar colores neutros y de volver al color. i Se le había olvidado lo bien que le sentaba el azul!

Una mañana, mientras plantaba algunas semillas,

Jennie pasó por delante.

—¡No te he visto en toda la semana! —protestó su amiga.

—Pues he estado aquí.

—¿ Y por qué no has venido a casa?

Shelley se encogió de hombros.

—No quiero que me veas como la vecina pesada que viene a fastidiarte los únicos cinco minutos de paz que tienes al día.

—¡Tu sabes que eso no es así —Jennie la miró fija

mente—o ¿Es por Drew?

Shelley trató de ocultar su desconcierto.

—¿Que si es por Drew el qué?

—Pues que evites venir a casa. Está muy claro que ninguno de los dos sabe si estrangular o besar al otro.

—Drew no vive en tu casa, ¿no? —Shelley se rascó la nariz, que tenía manchada de tierra.

—No, claro que no. Y, por favor, que no se te olvide —Jennie pareció a punto de decir algo, pero se contuvo. Miró las macetas—o En primavera estarán preciosas.

—Eso espero —respondió Shelley mientras se preguntaba qué sería de ella la próxima primavera. No sabía si sería capaz de soportar ver a Drew vivir su vida sin ella—o A mi madre le encantaban estas flores.

—Lo sé —dijo Jennie—. Shelley...

—¿Sí?

—Recuerdas que te ofreciste un día para hacer de canguro.

Shelley sonrió.

—¿Cuándo quieres que me quede con la niña? —Si te digo que hoy, ¿te parecería muy apresurado?

—La verdad es que no tengo ningún compromiso que me impida estar donde me pidas. ¡Ojalá así fuera! ¿A dónde vais, a algún sitio especial?

Jennie se pasó la mano por el pelo grasiento.

—Jamie quiere llevarme a bailar. ¡No hemos hecho nada así desde que nació la niña!

—¡Eso suena prometedor!

—Vendrá a recogerme a las ocho.

—Pues, si quieres, iré a las siete a tu casa. Así te podré ayudar con la niña, mientras tú te preparas.

A Jennie se le llenaron los ojos de lágrimas. —¡No sé cómo agradecerte esto!

—¡Eh, tranquila! No tienes nada que agradecerme.

Veo que todavía eres víctima de esas malditas hormonas, ¿ verdad?

Jennie asintió y se marchó.

A la hora convenida, Shelley se presentó en casa de su amiga y

se encontró con un caos nunca visto. Ellie estaba llorando y en la cocina olía a quemado.

—¡Me he dejado la sartén en el fuego y se me ha quemado! ¡Además, Ellie no para de llorar! ¿Por qué tiene que ocurrir esto precisamente hoy? —protestó Jennie—. No voy a poder irme.

—¡No digas tonterías! Yo me encargo de la niña.

Lo primero que voy a hacer es cambiarla. ¿Ha cenado ya?

—Acabo de intentar darle algo, pero no ha querido comer casi nada.

—Bueno —agarró a la niña en brazos—o ¿Te has duchado ya?

—No, pero no sé si me va a dar tiempo...

—¡Claro que sí! —la interrumpió Shelley. No quería sonar excesivamente vehemente, pero tampoco podía permitirle que fuera a una cita con el pelo en ese estado—. Escucha, yo bañaré a la pequeña en la cocina y tú te duchas aquí. Lávate el pelo y ocúpate de ti.

—Veo que te entiendes con los bebés.

—Marco tenía un montón de sobrinos y sobrinas y he pasado mucho tiempo rodeada de bebés. Pero venga, vete —le dijo. Sin duda, Jennie se habría quedado escuchando las apasionantes historias que tenía que contarle. Pero no era el momento—. Vamos, ponte guapa.

Jamie llegó tarde, lo que a Shelley le pareció un detalle de muy mal gusto.

El día que lo había visto en el puerto, Jamie llevaba unos vaqueros y el torso desnudo, pero aquella noche se había vestido para la ocasión. Y la verdad era que era un hombre espectacular.

De adolescente, había sido ya muy atractivo, pero sin duda había crecido hasta convertirse en un verdadero adonis. Tenía la piel tostada por el sol y contrastaba con su cabello rubio, largo y rizado. Su dentadura era tan perfecta, que parecía de dentista.

Por lo demás, seguía siendo un incorregible ligón. En cuanto Shelley abrió la puerta, la acarició de arriba abajo con sus ojos de gato.

—¿Me he muerto y esto es el cielo? —preguntó tentativamente.

—La primera parte puedo hacerla realidad en cuanto quieras. En cuanto a la segunda, dudo que el cielo sea tu destino después de la muerte.

Jamie se rió.

—¡Preciosa!

—No, Shelley.

La siguió hasta el salón.

—El otro día no tuve oportunidad de hablar contigo, pero sé quién eres. Tu reputación te precede. —¿En la escuela?

—No, en el pueblo. Eres la única mujer que ha sido capaz de abandonar a Drew Glover —dijo su nombre con cierto desprecio—. Y no se me ocurre nadie que se merezca algo así tanto como él.

Shelley cambió de tema. No tenía ningunas ganas de hablar de aquello con él.

—¿Quieres ver a Ellie? —le preguntó—. Iré a decirle a Jennie que ya has llegado.

—Puedo ir yo mismo —le aseguró—. ¿Está en el dormitorio?

Shelley había aprendido en Italia que una mujer debe mantener cierto misterio hasta el fmal.

—No te preocupes, yo la avisaré —respondió Shelley tajantemente.

Jennie estaba sentada frente al espejo y a punto de pintarse los labios de un rojo intenso cuando su amiga entró.

—¡No! —le gritó.

—¿No qué? —Jennie se detuvo algo asustada por la reacción de Shelley—. ¿Qué ocurre?

—Prueba éste —'sustituyó el pintalabios rojo por uno mucho más claro que había sobre la mesa—o Te quedará mejor. Es más sutil y pega con el vestido. Jamie ya está aquí...

Jennie se puso rápidamente en pie.

—Bajaré.

Shelley la obligó a sentarse de nuevo.

—Déjalo que espere —le recomendó, sin evitar pensar cómo, conociendo todos los trucos para hacer que un hombre se interese por ti, era incapaz de aplicarlos con Drew—. Te voy a secar el pelo.

Jamie no ocultó su sorpresa al ver aparecer a JenDie, envuelta en una nube sutil de perfume, delicadamente maquillada y con una hermosa y arreglada melena que daba el toque perfecto a su vestido negro.

Jennie sonrió tímidamente a Shelley.

—Gracias —le susurró al oído y siguió con una serie de

recomendaciones en caso de emergencia—o En la libreta tienes los teléfonos del doctor y de Drew. Los dos están en la «d». Espero que no tengas que llamar al primero.

«y yo, sobre todo, espero no tener que llamar al segundo», pensó Shelley, pero no lo dijo.

—Estás guapísima —le dijo a Jennie, se despidió de ellos y cerró la puerta.

Y, mientras los veía marchar juntos en el coche de Jamie, tomó conciencia de su pobre y miserable soledad.

Subió a ver a Ellie y se encontró con que la pequeña aún no se había dormido. Parecía estar incómoda, pues protestaba y se removía sin parar. La acarició y le pareció que estaba más caliente de lo que debía. Pero la habitación tenía la calefacción muy alta y hacía calor.

Shelley le quitó la manta y puso en marcha el móvil musical que pendía sobre su cabeza. Dejó la puerta abierta para oír a la pequeña en caso de que llorara y bajó a la cocina a preparar un poco de café.

Pero Ellie seguía intranquila.

Shelley no hacía más que subir y bajar cada vez que la pequeña protestaba, hasta que, una de las veces, se la encontró boca abajo, con el trasero hacia arriba y gimiendo dolorida.

—¿Qué te pasa, princesita? —le preguntó.

Optó por quitarle el pijama y dejarla sólo con la camiseta y el pañal.

Pero la niña empezó a llorar desconsoladamente y Shelley la tomó en sus brazos para apaciguar el llanto. Estaba mucho más caliente de lo que había notado antes.

Shelley se asustó. No sabía que hacer. Tampoco sabía si lo que tenía era fiebre o sólo estaba congestionada por el llanto.

Decidió llevársela abajo. No habían hecho más que pisar el último escalón cuando la pequeña vomito encima de Shelley.

Ésta sintió un ataque de pánico. Claro que le gustaban los bebés, pero cuando estaban sanos y sabía qué hacer con ellos. ¿Qué debía hacer en aquella situación?

No tenía ni idea de si los síntomas indicaban algo grave o no. Pero, lo cierto era que tampoco tenía por qué enfrentarse a aquello ella sola. Drew podía ayudarla.

Sin pensarlo dos veces, agarró el teléfono.

—¿Sí? —respondió un voz somnolienta.

—¿Drew?

—¿Shelley? ¿Qué pasa?

Por suerte, Drew no malinterpretó la llamada y pronto se dio cuenta de que algo ocurría.

—Jennie se ha marchado con Jamie y yo me he quedado de niñera, pero la pequeña se ha puesto enferma.

—¿Enfenna? —Shelley oyó que había alguien con él que le preguntaba algo—. ¿Cómo de enfenna?

—No lo sé. Acaba de vomitar encima de mí. No sé si es de indigestión u otra cosa...

—¡No te muevas de ahí, voy para allá! —le ordenó innecesariamente, pues no tenía intenciones de irse a ningún sitio.

Colgó el teléfono y se sintió aliviada, pues sabía que podía confiar en Drew. Calculó que tardaría diez minutos en salir de su casa y llegar allí, pero lo hizo en cinco.

Abrió con su propia llave y se encontró a la pobre Shelley completamente lívida y desconcertada en mitad del salón, con la pequeña Ellie en brazos. La niña no paraba de llorar.

—¿ Cómo está? —le preguntó mientras se aproximaba a ambas —o ¡Está ardiendo!

—¿ Qué vamos a hacer?

—Lo primero, bajarle la temperatura —dijo él—o Desnúdala y ponla sobre una toalla. Llenaré el baño de agua.

A Shelley le temblaban las manos y casi no podía ni desnudar a la niña. Pronto, volvió Drew.

—No debemos dejamos llevar por el pánico —le dijo. Shelley le agradeció que hablara en plural, aunque era patente que la única que estaba perdiendo el control era ella—o ¿Tienes alguna idea de dónde ha ido Jennie?

Shelley trató de recordar lo que le había dicho. —Me habló de que iban a Smugglers primero y luego a bailar.

—¡Maldición! Eso significa que habrán ido a Southchester —frunció el ceño y se quedó pensativo. Por fin, tomó una decisión—o ¿Puedes meter a la niña en el baño? Hazlo poco a poco, hasta que la temperatura de su cuerpo baje. Voy a llamar al médico. No nos podemos arriesgar.

Shelley asintió.

—Sí, voy —pensó en el doctor Milne, quien la había atendido durante toda su infancia. No sólo curaba, sino que reconfortaba a los pacientes, haciéndoles sentirse protegidos.

Llevó a Ellie arriba y la metió en el baño tal y como le había indicado Drew. Recordó que había leído algo sobre la parte superior de la cabeza. Aparentemente, es el lugar donde más calor se acumula y desde el que más calor se desprende. Así que le echó agua en abundancia, sin que le cayera sobre los ojos.

Oyó pasos en la escalera y, a los pocos segundos, Drew estaba en la puerta. Era demasiado grande, tenía demasiada presencia como para poder obviarlo.

Miró al bebé y su gesto se ablandó.

—¿Qué tal está?

—El agua la ha tranquilizado. Quizás nos hemos apresurado demasiado al llamar al médico.

Drew no lo creía así.

—No podemos arriesgamos. Imagínate que fuera... no sé, tu bebé, o el mío...

—Sí —dijo ella y trató de imaginarse a Drew con un hijo... un hijo que habría tenido con otra persona. Shelley sintió que los celos la desgarraban por dentro como un cuchillo bien afilado—. Supongo que tienes toda la razón.

Drew la miró de arriba abajo.

—Estás cubierta de vómito —le dijo—. ¿Quieres...

Hizo una pausa. Por irónico que pareciera, la presencia del bebé hacía que Drew se hubiera transformado radicalmente. Aquel hombre no tenía nada que ver con el de su crudo encuentro de la semana pasada.

—¿ Quieres quitarte el jersey? —le preguntó. Shelley continuó echando agua sobre la cabeza del bebé para mantener su mente ocupada en otra cosa.

—Es sólo una pequeña mancha. Esperaré hasta que el médico llegue.

Sus ojos se encontraron, como si una fuerza exterior los hubiera empujado. Y ella lo retó, lo retó a que le hiciera algún comentario rastrero sobre quitarse el Jersey.

Drew mantuvo el decoro y no lanzó ningún desafortunado comentario.

—El médico está a punto de llegar. Bajaré a llamar al pub, a ver si localizo a Jennie.

Unos minutos más tarde, sonó el timbre. —Shelley, ¿podrías bajar a Ellie?

Envolvió a la niña en una toalla y se dirigió al salón. Cuál fue su sorpresa al descubrir que no se trataba del viejo doctor MUne, sino de un médico joven y guapo de unos cuarenta años.

Shelley dejó a la niña sobre el sofá y abrió la toalla. El médico la auscultó.

—¿Cómo está? —preguntaron Shelley y Drew simultáneamente.

—No tiene el pecho congestionado. De momento, sólo tiene fiebre. Tendréis que vigilarla por si le sale algún tipo de sarpullido o algo así. Os daré algo para que le baje la fiebre. Si bajáis la calefacción, le ayudará —miró a Drew—. Dile a Jennie que me llame si está preocupada. Que no se preocupe de la hora que sea. ¿De acuerdo?

—Muy bien —Drew asintió—. Gracias, Jack.

—De nada —el médico miró a Shelley con curiosidad—o Permíteme que me presente: soy Jack Simpson. Con la urgencia se pierden las buenas maneras.

—Shelley Turner —dijo ella—o Encantada de conocerte, Jack.

—¡Así que tú eres Shelley! —Jack asintió y miró primero a uno y luego a otro—. Le diré a mi mujer que tenemos que invitaros a cenar un día.

«Mejor que no», pensó Shelley.

Drew se acercó a él y le murmuró algo.

—Estoy aquí sólo por lo ocurrido con Ellie. Shelley y yo no estábamos pasando la noche juntos. —Entendido.

En cuanto el médico se marchó, Shelley sintió que sobraba en aquella casa. Sobre todo, se sentía incómoda, con el jersey lleno de vómito y no se atrevía a quitárselo.

Pero, después de pensárselo un poco, se dio cuenta de que el olor era insoportable y que no iba a quedarse en sujetador, sino que llevaba una camiseta debajo. Sin darle más vueltas, se lo quitó y se dirigió a la cocina para meterlo en la cesta de la ropa sucia.

Enseguida, volvió al salón.

—¡Así estoy mejor!

Drew la miró y no pudo evitar que su atención se centrara en sus

senos.

—Estás más fresquita.

Shelley llevaba una camiseta blanca, ajustada, nada provocativa. Pero, de pronto, se sintió como desnuda.

Drew se levantó como sobresaltado y centró su atención en la pequeña.

—Vamos a darle la medicina.

Shelley le ayudó.

—¡Buena chica! —exclamó él.

La niña parecía mucho más tranquila y, poco a poco, fue durmiéndose en brazos de Drew. —¿Quieres que la agarre yo? —preguntó ella. —Estoy bien así —respondió Drew.

—Entonces, haré café. ¿Te apetece?

—Me lees el pensamiento...

Ojalá hubiera sido así de verdad.

Se fue a la cocina y volvió en seguida.

—Sólo hay café instantáneo.

—Me vale —respondió él.

—¿ Tienes hambre?

Estaba a punto de cenar cuando recibió la llamada, pero la visión de aquellos maravillosos pechos encerrados en aquella sencilla camiseta le había abierto otra clase de apetito.

—No —respondió Drew.

—De acuerdo.

Hizo café y puso en un plato unas galletas saladas con queso fresco.

Al entrar con la bandeja, a Drew se le iluminó la mirada. ¿Cómo había adivinado que tenía hambre?

— Yo la tendré un rato —le dijo, refiriéndose a Ellie—. Pónmela en los brazos y trata de no despertar la.

—¿No vas a tomar café?

—Puedo esperar.

Drew dejó a la niña en sus brazos con mucho cuidado. Ellie se agitó un poco, pero no se llegó a despertar.

Drew tomó el café. :

—Menuda vida se pegan estos pequeñajos dijo él. —Sí, es una vida fácil.

Hubo un silencio.

Drew untó queso en una galleta.

—¿Cómo fue tu vida en Italia? —le preguntó—. ¿Fue fácil?

Ella sonrió. El tono de la pregunta era conciliador. Estaba claro que no se podía entrar en batalla teniendo a un bebé en los brazos.

—Es un mito eso de que la vida es completamente diferente en otros países —le dijo—. Sigues teniendo que comer, dormir, hacer la compra. Eso sí, el clima era fantástico, y la comida también. Pero las cosas no eran más fáciles. Vi muchas cosas maravillosas y tuve experiencias inolvidables… Supongo que como tú cuando te fuiste de viaje.

—Debes de echar todo aquello de menos —Drew no podía evitar preguntarse cuánto echaría de menos a Marco.

Shelley dudó un segundo y Drew se dio cuenta. —No te preocupes, no me voy a sentir herido por que me digas que sí.

—Pero la cuestión es que realmente no echo aquello de menos tanto. Como yo creía —le dijo y vio cómo Drew apretaba la taza de café. Sólo pedía que no la interrogara respecto a Marco. Eso estropearía la agradable situación que se había creado y de la que Drew era partícipe, no le cabía duda, pues estaba mucho más relajado que en ningún otro de sus encuentros.

—Me recuerda a los viejos tiempos —dijo él.

Ella miró al bebé que tenía en brazos.

—Bueno, no exactamente.

—No —sonrió él—o No exactamente.

Pero, en lo fundamental, la situación sí tenía algo que parecían haber perdido. Se sentían cómodos y la atmósfera que se había creado era muy agradable.

Alguien que viera la escena desde fuera, sin saber en qué consistía, sin saber cuál era de verdad la situación, podría haberlos tomado por una familia. Lo más curioso era que, si las cosas hubieran seguido el curso que llevaban, aquel podría haber sido su bebé. Lo cierto era que dolía.

—¿Quieres irte? —le preguntó ella—o Es tarde. Jennie no volverá hasta la una.

—No —dijo él—o Vete tú, yo me quedaré.

—Pero Jennie esperaba encontrarme aquí.

—Lo que espera es un adulto responsable que esté cuidando de su hija y ambos entramos en esa categoría.

—Bueno, gracias, pero… —murmuró ella.

—Digas lo que digas, me quedo —dijo él obstinada

mente—o Soy su tío y perfectamente capaz de cuidarla. Tú puedes hacer lo que quieras. Pero pareces realmente agotada. ¿Por qué no te vas a la…

Cortó la frase, temeroso del efecto que había provocado aquella palabra la última vez que la había utilizado, aquella noche en el hotel.

—¿Por qué no te vas a la cama? —dijo finalmente, sin poder evitar que sonara provocadora.

—Creo que lo voy a hacer —respondió ella, ignorando el tono y rogando para que no notara el rubor de sus mejillas.

—Claro que… también podrías quedarte aquí a hacerme compañía…

La propuesta no pasó desapercibida, pero también despertó ciertas preguntas, como, por ejemplo, si estaba o no solo cuando lo llamó. Sin embargo, no tenía ningún derecho a interrogarlo… derecho que iba a ejercer aunque no lo tuviera.

—¿Te espera alguien en casa?

—¿Por qué lo preguntas?

No tenía sentido disimular o dar rodeos innecesarios.

—Oí que había alguien contigo cuando te llamé. La miró directamente a los ojos.

—¿Y quieres saber quién es? ¿Quieres saber si alguien me está calentando la cama en casa?

—¡No es eso lo que yo te he preguntado, Drew!

—¡Mentirosa! —el brillo de sus ojos se intensificó—.

No con esas palabras, pero estaba muy claro el contenido de la pregunta. Querías saber si estaba con una mujer… con todo lo que eso conlleva. La respuesta es sí.

Jennie se quedó lívida. Se levantó lentamente y le dejó a la niña, tratando de combatir el dolor que le había causado la noticia.

—Ya veo.

—¿Sí?

—Sí —tragó saliva con dificultad—o Creo que será mejor que me vaya.

Drew la miraba fijamente, como si estuviera ansioso de que le preguntara. Pero no podía hacerlo, pues él aún no había preguntado

nada sobre Marco.

—Se llama Amanda y es una amiga.

—¿Una amiga?

—Sí. Tengo muchas amigas. ¿Tú no tienes amigos? —le preguntó—. ¿Quieres conocerla? Podemos esperar a que llegue Jennie y te llevaré a casa conmigo. Así te la podré presentar.

—Paso —le dijo.

—En otra ocasión

—Ya veremos —respondió ella.

Shelley no sabía qué papel pretendía él que desempeñara en su vida. ¿Quería que fuera otra de sus amigas? Pero aquélla no era una pregunta que pudiera hacerse a ningún hombre, ni siquiera al hombre con el que había estado comprometida una vez, o, mejor dicho, menos aún al hombre con el que había estado comprometida.

Agarró las llaves y tanto el bebé como el tío la miraron con curiosidad al escuchar el tintineo. —Siento haberte estropeado la noche —dijo ella. Él sonrió, pero fue una sonrisa vacía.

—Ésa es, posiblemente, una de las mayores mentiras que me has dicho en tu vida.

Capítulo 9

JENNIE visitó a su amiga al día siguiente para contarle que lo que la pequeña Ellie había tenido era un virus de esos que duran doce horas y que ya estaba repuesta.

—¿Ya está bien? —preguntó Shelley.

—Sí, perfectamente —dijo Jennie—. Me quedé de piedra cuando entré y vi a Drew. A Jamie no le gustó nada.

—Te aseguro que para mí tampoco fue nada fácil. Tenemos una relación un tanto conflictiva, y tú lo sabes —suspiró—. Lo que sí tengo que reconocer es que supo llevar la situación prodigiosamente... aunque he de admitir que esperaba que así fuera.

Jennie sonrió.

—Tiene gracia. Él dijo exactamente lo mismo de ti. —¿En serio? —Shelley no pudo ocultar su entusiasmo—. ¿A qué hora regresaste?

Jennie sonrió avergonzada.

—A las dos.

—¿ Y Drew no dijo nada?

—Sí, protestó un poco. Pero adujo como motivo de su enfado lo que habrías pensado tú. Al fin y al cabo te dije que volveríamos antes. Lo siento.

—No te disculpes, por favor. Te aseguro que me habría dado lo mismo. ¿Qué tal fue tu cita?

—¡Maravillosa! Si Jamie no estuviera tan preocupado por el dinero, todo sería mucho mejor.

Shelley lo dudaba. Aquella era la típica conclusión de que, con dinero, todo sería perfecto. Como cuando alguien cree que por perder peso todos sus problemas se resolverán.

—¿Cuánto necesita Jamie para comprar el barco? La cantidad que dijo Jennie sonó insignificante a oídos de Shelley, acostumbrada a las cifras descomunales que se manejaban en la galería de arte.

—¿ y no ha intentado conseguir un crédito? Jennie soltó una carcajada irónica.

—Claro que sí. Pero los bancos sólo le prestan dinero a quien ya lo tiene. ¿No es absurdo?

—Sí, supongo que visto de ese modo, sí.

Shelley había tomado la deCisión de darle a la casa un estilo diferente.

Quitó el papel pintado del recibidor y lo pintó de un azul intenso. Las paredes estaban en buen estado y admitían colores fuertes. Compró un gran espejo que colocó junto a la puerta, para que el pequeño espacio pareciese mucho mayor.

Decorar era, sin duda, un trabajo agotador. Pero eso le aseguraba un merecido descanso por las noches. Cenaba frente al televisor y se dormía con un libro en las manos.

Todas las mañanas se daba un largo paseo por la playa y a veces se llevaba a Ellie con ella. Tenía que resistir la tentación de recorrer el pequeño camino que llevaba hasta la casa de la playa. No quería que Drew la pillara husmeando en sus posesiones.

La verdad era que Shelley se sentía frustrada, pues, después de aquella agitada noche con Ellie, no había vuelto a saber nada más de él.

Pero una mañana, recibió una invitación. Reconoció su letra nada más agarrar el sobre y se sorprendió de que enviara invitaciones como aquélla. Pero estaba claro que Drew había cambiado en muchas cosas.

Leyó todo hasta el final. Era una fiesta de pirotecnia.

No hace falta confirmación, puesto que es una reunión informal. Ven si te apetece.

Aquellas últimas frases le resultaron tremendamente irritantes. No tendría que decidir si iba o no hasta el último momento. De cualquier forma, sólo iría si iba Jennie.

—No, yo no voy a ir, porque no me ha invitado. —¡No! ¿Y no te importa?

—Pues no. Es mi hermano, no un amigo. Además, no iría sin Jamie y no hay ninguna posibilidad de que Drew lo invite. No quiere saber nada de él hasta que no cambie de forma de vida. Pero de lo que Drew no se da cuenta es de que es precisamente eso lo que a mí me gusta de él. Yo no quiero un hombre aburrido que tenga un aburrido horario de nueve a cinco.

Quiero un alma libre.

Shelley se preguntó si Drew realmente pensaba que con meter a Jamie en el sistema conseguiría que tratara mejor a su hermana, o si realmente le daba igual, era un reto a conseguir por sí mismo, no por ella.

Cambió de opinión respecto a la fiesta unas diecisiete veces, hasta el día señalado.

El peor problema era el pelo. Con un corte tan moderno como el que llevaba, cuando el cabello empieza a crecer, se estropea el efecto rápidamente. Y, desde luego, no estaba dispuesta a teñirse cada seis semanas. La idea le parecía sencillamente descabellada allí en Milmouth.

Pero las mechas que llevaba estaban en muy mal estado. ¡Se le veían las raíces!

Definitivamente, no podía ir. Además, no tenía nada que ponerse para una cosa así.

Finalmente, se lavó la cabeza, se secó el pelo y le dio una forma bastante aceptable. Se prometió a sí misma que sólo se acercaría un rato. Si la fiesta era aburrida, se volvería, lo que era bastante improbable. También se volvería si Drew andaba con alguna mujer colgada del cuello, lo que sí era bastante probable.

Ahogaría sus penas en un gin—tonic y se convencería de que había sido simplemente una experiencia más.

Se puso los vaqueros negros y el jersey de cachemira. Ni el uno ni el otro le quedaba tan grande como antaño. ¿Había engordado? Se miró el trasero en el espejo y tuvo que reconocer que no le quedaba nada mal tener unas cuantas curvas más.

Era una noche perfecta para fuegos artificiales: oscura, fría y sin nubes, con un cielo repleto de estrellas.

Llevaba una botella de vino y unos trozos de madera para la hoguera, tal y como se indicaba en la invitación.

Mientras caminaba en dirección a la playa, comenzó a escuchar el estallido de los fuegos artificiales.

Recorrió el camino que llevaba a la casa y pronto pudo oír el ruido de las voces de los invitados. Estaban congregados en el jardín sembrado de antorchas.

Shelley se aproximó en silencio. Al ver las siluetas dibujadas contra el resplandor del fuego, sintió miedo. Estaba a punto de

darse media vuelta, cuando una voz la detuvo.

—¡Shelley! —era Drew.

Las veinte personas que estaban en ese momento más próximas se volvieron a mirarla.

Drew se dirigió hacia ella.

—Hola.

—Hola.

—Me alegro de que hayas venido.

—Me alegro de que me hayas invitado. —¿Estamos siendo educados? —dijo él con sorna—o

Vamos progresando.

—No hagas juicios apresurados —le advirtió ella con la misma intención burlona—o En cualquier momento, puede empezar la batalla.

Drew sonrió.

—Por lo que me han dicho, Ellie no sólo está completamente recuperada, sino que ha empezado a gatear.

—Sí, ya está bien —dijo Shelley—. Esta mañana la he sacado a dar un paseo.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Te he visto.

Shelley se quedó perpleja.

—Pero yo no te he visto a ti.

—También lo sé. Estabas demasiado lejos y te habías agachado a recoger el osito que Ellie se empeñaba en tirar al suelo.

Shelley se rió y Drew se sorprendió de la sinceridad de su risa. Hacía mucho que no la veía relajada, distendida... tampoco él había hecho mucho por facilitar las cosas, hasta aquel momento.

Shelley sintió de pronto ganas de abrazarlo, como si acabara de recobrar a un viejo amigo. No lo hizo.

Se limitó a observarlo, a mirarlo de arriba abajo, como si eso pudiera darle algún consuelo.

Llevaba unos vaqueros negros, como ella, y un jersey rojo.

A Drew no le pasó desapercibida su mirada. —¿Te gusta? —le preguntó.

—Me encanta —respondió ella—o No pasarías jamás desapercibido.

—Esa es la regla número dos para el éxito de una fiesta: que el anfitrión esté siempre localizable. ¿Quién le habría enseñado aquello?

—¿ y la regla número uno?

—Invitar sólo a gente que realmente te gusta.

Shelley se quedó un segundo en silencio.

—¿Eso significa que ahora sí te gusto, Drew? —Siempre me has gustado, Shelley. Todo habría resultado más fácil de no haber sido así.

—j Vaya! —Shelley se ruborizó de placer y rogó por que en la oscuridad de la noche él no fuera capaz de apreciar el color escarlata de sus mejillas. ¡Aquello era absurdo! Después de tantas cosas juntos, todavía sentía vergüenza.

Le tendió la bolsa.

—¿Qué es esto? —preguntó Drew.

—Son restos de un armario que he deshecho cuando estaba decorando.

—¿El que había en el recibidor? —preguntó él. —Sí. Lo siento, pero no me gustaba nada.

—A mí tampoco —dijo él.

Se estaban acercando a una zona de peligro: la de compartir recuerdos del pasado.

—He traído vino —dijo rápidamente ella.

—Gracias.

—y bengalas.

—Gracias de nuevo. Por cierto, me gusta tu pelo. —Está hecho un desastre. Tengo que cortármelo. —Yo lo prefiero largo —le aseguró Drew.

De pronto, Shelley deseó tenerlo por debajo del trasero.

—Ven conmigo, te presentaré a los que no conozco caso

—¡No conozco a nadie!

—No digas tonterías. De entrada, conoces a Jack, el médico, que ha venido con su mujer. Luego está Charlie, el tendero. Además, hay dos personas del colegio.

Shelley sintió un nudo en el estómago.

—Drew, todos son amigos tuyos. Deben de odiarme...

—¿Por qué?

—Por lo ocurrido.

—No, nadie te odia.

—Pero me acuerdo de lo que sucedió entonces... —Eso es pasado. Nadie recuerda aquello.

—¿ y si no es así?

—Ése es un problema entre tú yo, nada más.

Shelley se estremeció.

—¿Prefieres que te enseñe la casa antes? —preguntó él.

El corazón de Shelley dio un doloroso vuelco. —No, todavía no.

—¿ Qué quieres beber?

—Cualquier cosa.

—Una mujer decidida —comentó él con soma. Drew había hablado de flirteo aquella noche en el hotel Westward. Pero entonces había habido demasiada tensión, demasiada rabia contenida. El verdadero flirteo estaba empezando en aquel instante y ella estaba dispuesta a seguirle el juego.

—Depende de para qué...

Drew trató de parecer calmado, pero había creado una tensión latente en el aire.

Por suerte, una voz interrumpió el conflictivo momento.

—Venga, Drew, deja de monopolizar a las mujeres bonitas y llena las copas de tus invitados. ¡Eres el anfitrión!

Era Jack Simpson, acompañado de una mujer en avanzado estado de gestación.

—¡Largate, Jack! Estás interrumpiendo —bromeó Drew.

—Es una venganza por interrumpinne a mí la otra noche.

—¡Aquello era por motivos de trabajo!

—Esto también —le aseguró Jack—. Alguien me ha preguntado cómo funciona el equipo de sonido y no tengo ni la más remota idea. Me temo que te toca, amigo.

Drew forzó una sonrisa.

—Voy —no se movió—. Iré a buscarte algo de beber. —Gracias —dijo Shelley.

Su marcha le provocó un dolor inesperado. Lo necesitaba junto a ella, y no sólo su cuerpo, sino también su alma. ¿Era, de verdad, demasiado tarde para volver a retomar su relación? Prefirió no pensar en la respuesta a semejante pregunta.

Jack abrazó a su mujer en un gesto protector. —Shelley, ésta es Rebecca, mi esposa. Rebecca sonrió.

—Así es que tú eres la amiga de Jennie.

—Sí —sonrió Shelley—. Tu marido fue estupendo con Ellie el otro día. Ya se ha recuperado.

—Lo sé. Me pasé por su casa a la mañana siguiente, antes de ir a la consulta —dijo él—o ¡Huele a salchichas!

—¿Sólo piensas en comer? —lo reprendió su esposa con un tono jocoso.

Él miró su abultado vientre.

—No sólo.

Shelley se estaba preguntando dónde estaría su bebida cuando una mujer alta y delgada, vestida toda de negro, se aproximó a ellos.

—¡Hola, Rebecca, Jack! —se besaron—o Sé que tú eres Shelley, aunque tú no sabes quién soy yo. Soy Amanda. Drew me ha pedido que te traiga algo de beber y aquí estoy.

Shelley trató de contener el temblor de sus dedos y agarró el vaso.

Se llevó la bebida a la boca para poder mirar a la otra mujer sin que ella lo notara. Era morena, con el pelo brillante y una larga trenza que le llegaba a media espalda. Tenía una aire femenino y vibrante, que hizo que se sintiera tremendamente vulnerable.

Rebecca se volvió hacia su marido.

—¿Podemos ir a buscar un sitio donde sentamos? Jack sonrió.

—Me vas a hacer sufrir este embarazo como si el peso lo llevara yo —dijo con sorna.

—Es lo que te mereces por hacerme esto ya cinco veces —respondió ella con una espléndida sonrisa y una envidiable calma.

—Perdonadnos —dijo Jack.

En cuanto se marcharon, Shelley no pudo evitar una exclamación.

—¡Cinco!

—Sí. Esa mujer de aspecto sereno tiene cuatro monstruos de los que ocuparse en casa. No sé lo que come para ser así, pero yo quiero la receta.

El batir de las olas llenó el repentino silencio. Al fondo, se veía a Drew echando leña a la hoguera.

—Es maravilloso —dijo Amanda—. Me encanta este lugar. Drew tiene la mejor casa de todo Milmouth. Ya le dije la otra noche que,

si alguna vez la vende, yo soy la primera compradora.

—¿Hace mucho que lo conoces?

—Como un año. Nos conocimos cuando Charlie abrió la tienda.

Shelley frunció el ceño.

—Charlie es tu marido.

—Claro, ¿no lo sabías? Pensé que Drew te lo había dicho. Estábamos tomando algo con él la otra noche, cuando llamaste por lo de Ellie.

—Bueno, sí, me dijo algo —pero no le dijo que también estaba Charlie con ellos, ni que Amanda tenía un marido. ¿Por qué había omitido esa información?

—Mira —las dos observaron a Drew, que acababa de darle vida a la hoguera. Las llamas se apoderaban de la nueva madera y la devoraban con avidez.

—Te presentaré a más gente. Drew me ha pedido que esté contigo. Ya sabes que los anfitriones siempre tienen que estar con todos los invitados.

Shelley miró de nuevo a Drew. De pronto, junto a él, había una mujer joven con una minifalda cortísima Pero evitó sacar conclusiones, pues ya se había equivocado bastante respecto a Amanda.

Recorrieron la fiesta. Shelley charló un rato con Charlie, conoció a dos personas que habían estado de vacaciones en un pueblo cercano a la villa de Marco y se encontró con las dos compañeras del colegio que Drew le había mencionado. Ambas estaban casadas y una de ellas esperaba gemelos.

—¡Todas estáis embarazadas! —exclamó Shelley.

—Debe de ser algo que hay en el agua —exclamó Marianne—. ¿Te acuerdas aquella vez que tomamos el sol en topless?

—¿Que si me acuerdo? Demasiado bien.

—Drew se puso como una fiera contigo —le recordó Nicola.

Por supuesto, a continuación la bombardearon a preguntas sobre Drew y ella. Pero no pudo responder, porque, realmente, no sabía qué tipo de relación había entre ellos, ni hacia dónde se dirigía.

—Me vaya buscar otro poco de ponche, antes de que empiecen de nuevo los fuegos.

—Van a empezar antes de tiempo, si mi marido sigue bebiendo de esa forma —dijo Nicola, refiriéndose a un hombre que había al

otro lado del jardín y que se sujetaba con dificultad a la balaustrada.

Shelley miró de un lado a otro buscando a Drew, pero no lo encontró, así que se dirigió al interior de la casa.

La decoración era muy sencilla, pero elegante. Destacaba la belleza del entorno, en lugar de llamar la atención sobre la espectacularidad de la decoración.

La cocina estaba amueblada en tonos turquesa y le gustaba mucho. De pronto, sintió una tremenda curiosidad por ver el salón.

El suelo era de madera, pero no sonaba. El pasillo había sido decorado con una serie de espejos, a cada cual más bonito.

De pronto, un ruido captó su atención. Provenía de la habitación que había al final del pasillo y que parecía un estudio.

Se aproximó un poco. Había dos personas. Una de ellas le resultaba muy conocida: un hombre alto y fuerte, de cabello oscuro con brillos color miel. La otra no le era familiar, pero era una mujer. Al fijarse más, se dio cuenta de que era la mujer de la minifalda. Le había llamado la atención que en una noche tan gélida en la que todas las demás iban con vaqueros, ella llevara tal escasez de ropa.

Pero quizás no fuera tan descabellado como ella había pensado en principio, pues había logrado captar la atención de Drew.

Shelley se apoyó en la pared y continuó observándolos, sin ninguna intención de marcharse de allí. Por un momento, le pareció que Drew la había visto. Pero no, estaba demasiado entretenido como para reparar en ella.

Vio cómo la mujer se agarraba al cuello de Drew y lo besaba sensualmente mientras apretaba la pelvis contra la de él. y él no hizo nada para evitarlo.

Shelley vio que ella se reía, le decía algo y, acto seguido, lo besaba.

Quiso gritar, pero no lo hizo. No habría soportado la humillación de ser descubierta en aquellas circunstancias.

Recorrió el pasillo, como un ladrón, y dejó el vaso sobre la mesa de cristal.

Se marchó por la parte de atrás para que nadie en la fiesta se percatara de su partida. Conocía aquella zona como la palma de su mano y sabía cómo salir de allí sin problemas.

No quería que nadie la pudiera seguir.

De pronto, se dio cuenta de lo absurda que era su suposición de que la siguieran. ¿Quién iba a hacerlo?

En cuanto estuvo lo suficientemente lejos de la casa como para no llamar la atención de nadie, echó a correr.

Los fuegos artificiales comenzaron a estallar en ese instante, llenando el cielo de luz y color.

Shelley no se detuvo hasta llegar a su casa.

Al pasar por delante de la casa de Jennie, la vio a través de la ventana. Estaba recogiendo los juguetes dispersos por la habitación. Todo su cuerpo transmitía un aire cansino, como si la vida hubiera dejado de interesarle. Estaba enamorada del padre de su hijo, al que Drew consideraba inadecuado porque tenía que trabajar mucho para sobrevivir. Era curioso que Drew pensara así, cuando había estado en la misma situación.

¿Por qué no le daba Drew el apoyo económico que necesitaba?

Ella había visto el barco con sus propios ojos y sabía que podía ser una buena inversión para alguien con la capacidad de Jamie.

De pronto, se le ocurrió una idea. ¿Y si ella se convertía en su benefactora? Podría prestarle parte de sus ahorros, sin esperar nada a cambio.

¿ y Drew?

¡Que se fuera al infierno! Desde luego que no compartían los mismos criterios en la vida.

La cantidad que Jennie le había dicho no era una fortuna. Tampoco era una nimiedad, pero estaba a su alcance. ¿Qué habría pensado Marco de todo aquello?

No tenía que tomar una decisión en aquel mismo instante. Por la mañana lo vería todo con mucha más claridad.

Capítulo 10

A MEDIODÍA, el timbre comenzó a sonar con impaciencia. Shelley se apresuró a abrir la puerta y se encontró a Drew, que entró como un torbellino directamente al salón.

Ella lo siguió calmadamente. Había estado esperando aquella visita. Y fuera lo que fuera lo que él dijera, no estaba dispuesta a perder ni un ápice de su dignidad. Le daba igual que alegara que el beso de anoche no había tenido ninguna importancia.

Por la hora del día que era y las ojeras que tenía, estaba claro que había pasado la noche con ella.

Se cruzó de brazos y lo miró fijamente.

—¿Sí? ¿A qué se debe esta agradable visita? —¿Le has prestado a Jamie una considerable suma de dinero?

Ella frunció el ceño ante lo inesperado de la pregunta.

—Eso es sólo asunto mío.

—Creo que te equivocas, porque mi hermana y mi sobrina están por medio y ellas son directamente asunto mío.

—¿ y qué si se lo he prestado?

—Que me gustaría saber a qué se supone que estás jugando —su mirada era desafiante. Pero ella no estaba dispuesta a dejarse intimidar.

—No estoy jugando a nada. Simplemente, Jennie me contó cuál era su situación, y lo poco que te has prestado a colaborar y...

—¿De qué estás hablando?

—De que te has negado a ayudarles, sabiendo que la propuesta de Jamie era interesante. He visto el barco y es perfectamente reparable. No entiendo cómo tú, precisamente, no quieres a ayudar a alguien que intenta salir de donde está. Drew se impacientó.

—Primero, porque yo no le pedí a nadie que me ayudara, lo hice por mis propios medios, trabajando sin parar.

—Lo que, en parte, motivó nuestra ruptura: tu empeño en dedicar tu vida entera al trabajo. Sólo que nosotros no teníamos dinero.

Drew hizo un gesto ambiguo.

—No.

—y tampoco teníamos nadie a quien pedírselo. —y si lo

hubiéramos tenido, tampoco habríamos recurrido a eso.

Shelley suspiró. Precisamente, aquél había sido el problema. Era demasiado cabezota y había querido hacerlo todo por sí mismo. Pero, ¿a qué precio?

—La cuestión, ahora, no somos ni tú ni yo —Shelley se apartó un mechón de pelo de los ojos—o Tenía unos ahorros que no pensaba usar de momento y pensé, ¿por qué no prestárselos a Jennie y a Jamie? Como te he dicho, he visto el barco, incluso estuve hablando con Gerald O'Rourke. No hizo sino alabar las cualidades de Jamie como trabajador. i Y ya sabes lo cínico y crítico que es el viejo Rourke. El barco tiene un buen precio, así es que Jamie no puede perder nada. La verdad es que no entiendo realmente cuál es el problema, Drew. Se trata de conseguir que tu hermana sea feliz.

Drew se desesperó.

—¡Qué infantil eres, Shelley! Si eso fuera realmente así, yo mismo le habría dejado el dinero. Pero hay una razón de peso para no haberlo hecho. Conozco a Jamie bastante más que tú y sé que se gastará el dinero en juergas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Shelley, alarmada.

—Pues que el barco sigue atracado en el mismo sitio que ayer y que anteayer, y Jamie parece haber desaparecido de la faz de la tierra. Nadie sabe dónde está: ni su madre, ni su jefe, ni Jennie...

—¡No puede ser!

—Sí, claro que puede ser.

—¿ y qué vamos a hacer?

—¿Cómo que qué vamos a hacer? ¡Yo creo que la que tiene un problema aquí eres tú!

—¡Vamos, Drew!

—Escucha, Shelley Tumer, voy a buscar a Jaime sólo por Ellie. No creo que tener un padre en la cárcel sea un buen comienzo en la vida —le dijo Drew furioso—. Y te diré algo más, estoy convencido de que tus motivos para darle el dinero a Jamie no han sido tan altruistas como tú quieres hacemos creer.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy seguro de que lo que buscabas era hacerme daño.

—¡No!

—Sí, claro que sí. Sabías que yo me negaba a dejarle el dinero, y

has decidido llevarme la contraria. —¿ y por qué iba a querer yo hacer eso?

—Tú sabrás cuáles han sido tus motivos —sacó las llaves del coche y se dirigió hacia la puerta—o Piensa en ello.

En cuanto Drew se marchó, Shelley se apresuró a visitar a su amiga Jennie. En cuanto le abrió la puerta, vio que estaba congestionada de tanto llorar.

—Lo siento —dijo Shelley. Jennie negó con la cabeza.

—Es culpa mía. Yo te hice creer que Drew era la causa de todos nuestros males, cuando la realidad era mucho más complicada. Lo que sucede es que nunca me he querido enfrentar al hecho de que Jamie es un irresponsable. ¡Si al menos me hubieras contado antes lo que pensabas hacer!

Pero ni ella misma lo había sabido hasta el último momento, pues había sido un acto impulsivo, más que un acto pensado y recapacitado con calma.

—Jamie me hizo prometer que no te diría nada. Quería darte una sorpresa. Me dijo que le iba a poner un gran lazo al barco y te lo iba a ofrecer a tí, en señal de amor. Por eso le he dado el dinero en efectivo.

—¡En efectivo! ¡Dios santo! ¿Y si se lo ha gastado para cuando Drew lo encuentre?

—Si es que llega a encontrarlo.

—De eso no te quepa la menor duda —le aseguró Jennie.

—En tal caso, tendré que ponerlo en la lista de una nueva experiencia que me enseñará a no ser una necia.

Las horas pasaron con agónica lentitud. Pero ShelIey no se atrevía a marcharse de casa, por si acaso había noticias nuevas.

Por fin, sonó el timbre de la puerta y la espectacular silueta de Drew se dibujó a contraluz en el vano de la puerta.

—Hola, Drew —dijo ella.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto —dijo ella, apartándose.

Hasta que no llegaron al salón Shelley no se atrevió a preguntar qué había sucedido.

—¿Hay noticias de Jamie?

—Lo he encontrado.

—j Gracias a Dios! ¿Está bien?

—¿Cómo que si está bien? Alguien agarra tu dinero y desaparece, ¡y preguntas si está bien!

—Podrían haberle robado o haberle dado una paliza. —jShelley! —inesperadamente, sonrió—o Sí, está bien. Por suerte di con el cuando sólo se había gastado un par de cientos. Me dijo que pensaba regresar, pero estaba como una cuba cuando lo encontré, así es que no sé si creerle o no.

—¿Dónde está ahora?

—En casa de su madre —dijo Drew—. Durmiendo la borrachera.

Drew sacó del bolsillo un fajo de billetes y los lanzó sobre la mesa.

—Aquí tienes tu dinero.

—Menos lo que se ha gastado.

—No. Está todo. Yo he puesto la diferencia. —Pero, Drew, no puedo...

—Shelley, no admito discusiones. Jarnie es, en parte, familia mía y me siento responsable de sus actos. —No me merezco este favor.

—No, probablemente no te lo mereces —admitió él, pero su gesto no era tan tenso como lo había sido hasta entonces.

Shelley sintió la obligación de decirle la verdad.

—Tenías toda la razón, Drew —las lágrimas comenzaron a descender por sus mejillas.

—No llores, Shelley. Me niego rotundamente a que me manipules con tus lágrimas —dijo Drew con el ceño fruncido—. ¿A qué te refieres?

—A que todo esto no ha sido más que una venganza por mi parte.

—Ya... ¿Y cuál ha sido el motivo de esta espectacular venganza? —preguntó él calmadamente.

—Te vi besar a aquella mujer en tu fiesta...

Drew abrió los ojos con sorpresa.

—¿ Y qué te importa a ti eso?

Shelley se volvió hacia él con rabia.

—¿Quieres que te diga el motivo? ¿De verdad hace falta?

—Sí.

—¿Necesitas que te diga que te quiero, que siempre te he

querido? Yo creo que lo sabes más que de sobra.

Él no respondió, se limitó a buscar una silla y a sentarse, como si lo que acabara de decir Shelley no tuviera ningún sentido. Su mirada era fría como el hielo.

—Te enamoras y te desenamoras muy fácilmente, Shelley, ¿no te parece? Hace un mes era Marco y ahora soy yo.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca estuve enamorada de Marco.

—¿No? —él soltó una carcajada amarga—o .Pues has vivido con él tres años. Algo habría entre vosotros.

—Sí, lo había, pero no era amor —respondió ella—o

Nunca ha habido nadie más que tú.

Hubo un silencio y Shelley bajó la cabeza.

—¿Por qué no regresaste antes, entonces? ¿Por qué te quedaste con un hombre al que no amabas?

Shelley levantó la cabeza y se enfrentó a sus ojos desafiantes.

—Cuando tu madre murió, pensé que vendrías a mí, que me necesitarías.

—Te he necesitado siempre... Y habría regresado antes, si hubiera sentido que me habías perdonado. Pero ni siquiera querías hablar conmigo. Sólo esperaba una mínima señal por tu parte. A veces; incluso soñaba con que venías a Italia en mi busca...

—¡Estabas viviendo con otro hombre, Shelley, por amor de Dios! ¿Qué esperabas, que llegara y te arrancara de sus brazos? Lo siento, pero ese' no es mi estilo.

Ella abrió la boca para responder, pero no lo hizo. Lo único que importaba era si había regresado demasiado tarde o no.

—¿Drew?

Shelley reconoció aquella mirada y, de pronto, se avivó su esperanza.

—Por favor, no me preguntes si todavía te quiero, porque nunca he dejado de amarte —con eso, se levantó, la tomó en sus brazos y la besó tiernamente.

Después de un largo y profundo encuentro, él se apartó de ella.

—Respecto a la mujer que viste en la fiesta...

—No tienes que justificarte.

Él continuó, haciendo caso omiso de su advertencia. —Yo sabía que tú estabas allí —le dijo.

Shelley se quedó paralizada.
—¿Me viste?
—Sí.
—La estabas besando...
—Sólo estaba dejando que ella lo hiciera.
—¿ y piensas que eso te exime de culpa?
—Lo único que yo hice fue no negarme. Pero, si te hubieras quedado, habrías comprobado que yo volví a la fiesta poco después. Salí a buscarte
—¡Debiste imaginar que me había ido! No me podía quedar allí pensando que tú estabas con otra.
—Sí, supusiste mucho más de lo que había, como me ocurrió a mí hace algún tiempo, con Marco. ¿Te das cuenta de lo peligrosa que puede ser la imaginación? Eso era, precisamente, lo que yo quería demostrarte. Cuando hace tres años os vi en el coche, tú te encogiste de hombros y me dijiste: «Sólo ha sido un beso». En la imaginación del otro, nunca es sólo un beso. Siempre me acusaste de reaccionar desmesuradamente por un simple beso, pero tú has hecho lo mismo.
Tenía toda la razón.
—Sí, es verdad. Yo me fui al banco y saqué el dinero, pensando en tú reacción. La verdad es que no me paré ni un segundo a considerar los intereses de Jamie y Jennie. Sólo quería ponerte furioso.
Él asintió.
—Ambos besos fueron inocentes y la lógica no para de decírtelo. Pero la lógica no funciona cuando hay amor de por medio. La pasión domina —la miró fijamente—o y creo que ha llegado el momento de que demos rienda a esa pasión. Hemos esperado demasiado tiempo.
Shelley le pasó un dedo por la mejilla.
—Pero, antes, necesitas afeitarte —le susurró sensualmente.
—Creo que necesito algo más, y es a ti. Pero no aquí.
—¿Por qué no? —preguntó ella intrigada.
—Demasiados recuerdos... Vamos a casa —le agarró la mano y se la besó. .

Capítulo 11

LA LUNA llena iluminaba con sus rayos blancos el interior del dormitorio y los dos cuerpos que yacían sobre la cama.

Drew escuchó durante unos segundos el incesante latido del corazón de su amada, antes de apartarse de ella.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, Shelley?

Ella abrió los ojos y bostezó. No iba a fingir no saber de qué hablaba.

—No encontré el momento adecuado...

—Podrías haberlo hecho, justo antes de... —Drew no podía borrar aquella estúpida sonrisa de su cara—o Antes de hacer el amor.

Shelley se apoyó en el brazo y levantó medio cuerpo.

—Creo que, sencillamente, no quería decirte nada. —¿Por qué no?

—Porque eso habría cambiado las cosas...

—¡Es lógico que hubiera cambiado las cosas que todavía fueras virgen! —dijo él y ella se rió—. ¡Deja de reírte y explícame cómo puedes seguir siendo virgen!

—¡Muy fácil! —respondió ella—o Nunca he hecho el amor con nadie.

—No hagas juegos de palabras. Necesito saberlo —le rogó él

Shelley se dio cuenta de lo importante que era para él conocer la verdad.

—Marco era... No, mejor dicho, Marco es...

—¡Vamos, Shelley, no me tengas en suspense!

—Es homosexual.

—¿Homosexual?

—Sí. No le interesan para nada las mujeres. Aquel estúpido beso no fue más que un beso de agradecimiento, que duró más de lo que debía haber durado. Hemos vivido durante tres años como hermanos, hasta que, finalmente, se ha enamorado de alguien —miró a Drew —. ¿Sorprendido?

—¿Sorprendido, me preguntas? —Drew sonrió feliz—. Estoy

anonadado y feliz. ¡Vaya!

Volvió la mirada hacia el techo. Su rostro mostraba un gesto tan lleno de alegría, que parecía estar admirando la capilla Sixtina.

—¿Por qué, entonces, has vivido con él?

Shelley sonrió.

—Es un hombre muy atractivo y tremendamente rico. Las mujeres no lo dejaban vivir, y algunos hombres tampoco. Pero Marco no cree en el sexo sin amor. Yo le servía de barrera. Estaba convencido de que algún día encontraría su verdadero amor Y me había advertido que entonces me tendría que marchar. Y así ha ocurrido.

_y de no haber sido así, ¿cuánto tiempo te habrías quedado allí?

Shelley se encogió de hombros.

—Me aterraba tomar una decisión. Lo que realmente anhelaba era regresar, pero sabía que lo nuestro era imposible, si habías encontrado a otra persona

—No he encontrado a nadie —le aseguró él—o La verdad es que habría preferido que me dijeras que era la primera vez...

—Yo tenía mis motivos para no hacerlo. Necesitaba saber si me amabas a pesar de todo, aunque hubiera tenido amantes, como tú..

—No tantas como piensas.

—El número no importa, Drew. Lo que yo quería era que me trataras como un igual, que no volvieras a ponerme en un pedestal, en el que me encontraba tremendamente sola.

_¿ y te he tratado como a una igual?

—Sí, lo has hecho.

—Bueno, pues ahora es mi turno. En cuanto a amantes...

—¡No quiero saberlo, Drew!

—Pues no vas a tener más remedio que escuchar me. Quiero que sepas que, desde que te marchaste, no he estado con nadie.

—¿Cómo?

—Lo que oyes —le aseguró él, con una sonrisa—o Me he centrado tanto en mi trabajo que, por la noche, lo único que hacía era caer rendido en la cama. Pero la razón principal es que nadie me ha cautivado como tú, ni antes ni después de tu partida.

Shelley sintió cierta desesperación.

—¡Cuando pienso en todo el tiempo que hemos perdido!

—No lo veas así. Creo que, sencillamente, no estábamos

preparados. Yo cometí el error de querer controlar nuestros impulsos, aun cuando mis motivos fueran honorables. Tu madre estaba obsesionada con no permitir que su historia se repitiera y me hizo prometer que cuidaría de ti, que no me aprovecharía del encaprichamiento que tú tenías por mí.

—¿Por eso no querías hacer el amor conmigo? —Exacto. Después de aquel día en la playa, me di cuenta de lo que sentía por ti. Pero eras demasiado joven. Te deseaba desesperadamente. Tú tenías sólo dieciocho años y yo veinticinco. Le había dado mi palabra a tu madre y no podía romperla.

—y te agradezco mucho que no lo hicieras —dijo ella, en reconocimiento a su esfuerzo.

—Luego, cuando sucedió lo de Marco, el orgullo me impidió recapacitar. Una vez que te habías ido, ese mismo orgullo me impidió pedirte que regresaras. Pero tu madre, siempre me dijo que volverías a mí.

—Tú no la creíste.

—Una parte de mí quería creerla. Pero el orgullo es muy peligroso. Me convencí a mí mismo de que ya no me importabas, de que no te quería, hasta que te vi aparecer hace un mes en la playa… —la besó tiernamente —. ¡Hemos esperado tanto para esto!

—Lo sé —dijo ella—o Pero ha valido la pena.

—Más que eso. Esto es lo mejor que me ha ocurrido en la vida. ¿Quieres hacer el amor otra vez? Shelley lo abrazó amorosamente.

—Ya no quedan barreras entre nosotros, ya no hay secretos… Nos hemos entregado el uno al otro en cuerpo y alma.

—En cuerpo y alma —repitió él y la besó tiernamente.

Pasaron las veinticuatro horas siguientes en la cama y debieron de quedarse dormidos en algún momento.

En esos momentos, estaban los dos en la bañera, sentados uno enfrente del otro.

—¿Qué va a pasar con Jamie y Jennie?

—Ya le he advertido a Jariúe que, si le hace daño a mi hermana, lo va a lamentar toda su vida —hizo una pausa—o Pero le he dejado el dinero que necesita para el barco. De él depende hacer las cosas bien a partir de ahora. Espero que no lo estropee.

Shelley se inclinó sobre él para besarlo, pero antes de posar sus

labios se apartó sobresaltada.
—¡Drew, el dinero! ¡Me he dejado todo el dinero encima de la mesa del salón! ¡Cualquiera puede haber entrado y haberlo robado!
—Vamos —Drew se levantó, salió del baño y la ayudó a ella.
Se vistieron a toda velocidad. A pesar de la tensa situación, Shelley se sentía sonriente y feliz.
Se metieron en el coche y llegaron a la casa en pocos minutos. Al llegar a la casa, el dinero no estaba.
—¡Se lo han llevado!
—¡No me extraña! —dijo él y la miró dulcemente—o La única excusa que podemos alegar es que teníamos otras cosas en mente...
Shelley se acercó a él, se puso de puntillas y lo besó.
—Sí, y muy importantes.
—Tenemos que llamar a la policía —suspiró Drew. —A lo mejor hay huellas —dijo Shelley.
—Sí, no deberíamos tocar nada —Drew miró por toda la casa—o ¿Me pregunto cómo habrán entrado? No hay ningún cristal roto, ni ninguna cerradura forzada.
En ese preciso momento, sonó el timbre de la puerta. Shelley abrió la puerta. Eran Jamie y Jennie. Jamie agarraba amorosamente a su novia y sonreía.
—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Drew secamente. —¿Habéis perdido algo?
—¿Cómo qué?
—Como todo este dinero —preguntó Jamie. —¿Dónde lo has encontrado?
—Jamie vio, a través de la ventana, el dinero encima de la mesa y vino a avisarme —dijo Jennie, agarrando el fajo de billetes y tendiéndoselo a Shelley—. Entramos con la llave que me diste, Shelley, y lo llevamos a casa, para que estuviera a salvo.
Drew miró a Jamie durante unos segundos y le tendió la mano.
—Gracias.
Jennie se rió.
—Cuando me lo contó Jamie, pensé que no podía haber sido Drew el que dejara todo eso ahí encima. ¡ Cómo ibas a hacer tú algo tan irresponsable!
Shelley y Drew se miraron.
—Lo siento —dijo Drew—. Creo que voy a tener que correr un

tupido velo sobre todo esto. Y hablando de velos...

—¿Sí? —preguntó Jennie incrédula.

—Desaparece de mi vista, hermana. Estoy hablando con Shelley.

Shelley sonrió.

—¿Qué tipo de velos?

—Bueno, yo estaba pensando en un velo de novia. Shelley abrió los ojos sorprendida y feliz.

—¿ Te refieres a casamos?

Drew sonrió.

—Sí, eso es exactamente a lo que me refiero. Aquella primavera, sonaron campanas de boda.

Shelley llevó un velo bordado con perlas que le enviaron Marco y su nuevo amor. Fue la novia más feliz del mundo.

Pasaron dos semanas de luna de miel en la suite lila, donde tantas veces Drew había soñado con seducirla.

—La realidad excede con mucho a la fantasía —le aseguró él. y ella estaba completamente de acuerdo, especialmente cuando la miraba con tanto amor y ternura.

Porque las cosas buenas de la vida merecen una larga espera.

Sharon Kendrick — Compromiso roto (Harlequín by Mariquiña)